

Otto Rühle

**el alma del
niño proletario**

editorial psique

El Alma del Niño Proletario

por

OTTO RÜHLE

Las reacciones mentales del niño no responden a una psicología inmanente, nacida con él, sino a un desarrollo de su personalidad condicionado al medio en que le toca desenvolverse.

Por lo tanto, al querer profundizar en sus problemas, antes de estudiar la sola psicología infantil, de acuerdo con las normas clásicas, es necesario comprender la psicología del niño según las influencias que sobre él se ejercen. Es precisamente lo que se planteó el conocido investigador Otto Rühle.

Por otro lado, vale la pena preguntarse, ¿cuándo advierte el niño diferencias de clase? ¿Cómo influyen en él cuando las experimenta y cómo reacciona cuando las conoce? ¿Cómo suple el sentimiento de menorvalía que lo invade? ¿Cómo se refleja en el alma del niño el principio de autoridad? ¿Están libres de ese principio los mismos individuos proletarios y en general los que propugnan una honda reforma de las instituciones?

La respuesta a estas preguntas constituye el objeto de la obra de Rühle.

Las paradojas entre la prédica y la realidad y el drama de la vida cotidiana del niño, aparecen nítidamente en las páginas del libro de este psicólogo y educador contemporáneo que no cierra los ojos ante ninguna miseria y cuya grandeza reside en su intenso esfuerzo por conocerlas y remediarlas.



00179022

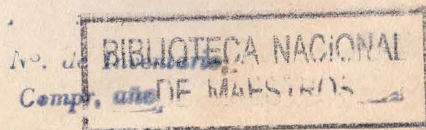
40.21
35.1

Teresa Suppa de Pella

EL ALMA DEL NIÑO PROLETARIO



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES PEDAGÓGICAS



Traducción del alemán por

JOSÉ SALGADO

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
EDITORIAL PSIQUE — Juncal 1131, Buenos Aires

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINE

A

*Alfredo Adler,
en prenda de veneración.*

*Nuestra común empresa:
Cohumanidad.*

INTRODUCCION

La exploración científica de la vida psíquica infantil, hecha según métodos de trabajo investigador exacto, no tiene una historia muy larga todavía. Apenas si comprende más de una centuria toda la serie de esfuerzos teóricos y prácticos, dedicados a este orden de estudios, que puedan presentar aspiraciones de carácter científico. Mientras no se veía el alma humana más que como una parte del espíritu divino —inspirado al barro hecho hombre— careció de toda razón de ser el dedicar a su investigación y sondeo atención especial alguna. La teología venía a proveer de explicaciones suficientes en tal asunto; con la doctrina del pecado original, de donde partía, y de la culpa hereditaria que infería de aquél, está ya caracterizada su orientación en este tema.

Como su concepto del alma humana descansaba solamente en abstracciones mentales, la filosofía especulativa que siguió a la metafísica bíblica tampoco supo hacer gran cosa en el estudio del alma del niño. Tanto racionalistas como románticos recurren, para representarse la condición interna de la naturaleza infantil, a una imagen general caprichosa eto-estética, a una construcción ideal, fantástica. Unicamente la escuela materialista, que clarificó todos los misterios y, práctica y austera, empezó a aventar las nieblas que se extendían sobre las relaciones oscuras de las cosas, echó las bases de la investigación psicológica infantil, propiamente dicha, bajo la dirección de la medicina empírica.

En 1858 publica su autor Berthold Sigismund, médico de

Rudolstadt, *El niño y el mundo* (*Kind und Welt*), que al igual que otro trabajo mucho más antiguo (1787) y ya sumido en olvido completo, de Tiedmann, profesor de Marburgo, procedía de las páginas del Diario de un padre sobre el desarrollo psíquico de su hijo.

En 1859 el profesor Kussmaul publicó sus *Investigaciones sobre la vida psíquica del recién nacido* (*Untersuchungen über das Seelenleben des neugeborenen Menschen*).

En 1872 aparece el trabajo de Hellwig, sobre los *Cuatro temperamentos de los niños* (*Vier Temperamente der Kinder*).

Si todas estas publicaciones, por su contenido y carácter, tenían únicamente la significación de trabajos preparatorios y primeros jalones para una investigación sistemática del alma infantil, en 1882, Preyer, profesor de Jena, con su voluminosa obra *El alma del niño*, de importancia relevante en el círculo de conocimientos de entonces, asentó la psicología infantil sobre una base amplia y firme, dejándola constituida en ciencia independiente. Partiendo de observaciones sobre el desarrollo psíquico de su niño pequeño, y aplicando y poniendo a contribución todo el material conveniente que pudo allegar, hizo Preyer, en su obra clásica, una exposición del desarrollo de los sentidos y de los sentimientos, de la voluntad, del intelecto y del lenguaje del niño, que durante decenios y decenios ha venido sirviendo de cantera para la investigación científica infantil en todo el mundo.

Preyer tuvo muchos continuadores, y más en el extranjero que en Alemania, su patria, donde la psicología especulativa de la escuela herbartiana —la “psicología sin psique”— entabló largo e indeciso combate con los nuevos conocimientos de la psicología empírica. Singularmente en América se publicaron numerosas notas en forma de diarios, entre las cuales se encuentran como las más importantes las debidas a los estudios de miss Shinn. Una muestra de cómo la nueva ciencia hizo rápidos progresos la da el hecho de que, bien pronto, a los diarios siguieron vistas de conjunto sistemáticas y exposiciones recapitulares en el dominio de la constitución y actividad psí-

quica infantiles. Entre los autores norteamericanos citaremos a Trancy, Stanley Hall, Barnes, Russell, Baldwin; a Sully, Warner y Pollok, entre los ingleses; a Compayré, francés; a Lombroso y Ferriani, italianos; al ruso Sikorski; al húngaro Georgov.

Al comenzar el último decenio del siglo pasado la psicología infantil había cobrado, aun en Alemania, gran impulso como disciplina autónoma y la más importante de las ciencias auxiliares de la pedagogía, y esto sobre bases biológicas, fisiológicas, experimentales y científico-evolutivas.

Un plantel de sabios se dedica al campo de investigaciones recién alumbrado. Hartmann, que ya había emprendido en 1885 un análisis del área mental infantil, prosiguió sus trabajos en la materia. Ebbinghaus investigó la capacidad infantil. Kemsies y Lobsien difundieron, con publicaciones que suscitaban mucha atención, sus estudios sobre fatiga, memoria, *surmenage*. Wundt, en sus *Fundamentos de Psicología*, trató el desarrollo psíquico del niño desde el punto de vista fisiológico, dando con ello vivo impulso a la observación y esclarecimiento de los fenómenos psicofísicos infantiles. Gutzmann, Lindner, Ament, Neumann y el matrimonio Stern eligieron especialmente el lenguaje del niño como objeto de sus extensas y profundas investigaciones. Lay y Schneider dirigieron su atención al cálculo; Pappenheim, Lewinstein y otros, al dibujo infantil. Jaspers y Spranger han creado la tipología psicológica del medio (ambiente). Strümpell escribió una obra sobre el niño patológico; bajo la dirección de Trüper y Ufer, un grupo de psicólogos y pedagogos emprendió la investigación de los defectos psíquicos infantiles. Recientemente, con ayuda de los procedimientos de pruebas Binet-Simon, han alcanzado múltiple difusión los métodos experimentales de psicología con fines de orientación profesional. Con los avances de la americanización y la difusión del taylorismo en los diversos sectores de la vida económica, se van destinando, cada vez en mayor medida (mediante el estudio del mecanismo del alma humana), al proceso de la producción, los métodos más racionales, a fin de obtener en éste la productividad máxima.

De este modo la ciencia se pone al servicio inmediato del capital. Y hasta el psicólogo se convierte en su asalariado.

¿Cómo no iba a tener entonces el proletariado interés en asegurarse las conquistas de la novísima psicología para sus propósitos y fines? El desarrollo de esta ciencia durante los últimos decenios ha conducido justamente a resultados propios, a destacar y favorecer del modo más vigoroso las tendencias directrices y los fines del curso general evolutivo de la sociedad, marcados por la investigación económico-social y singularmente por la dialéctica del materialismo histórico. Menos puede decirse esto de la doctrina de la sugestión y sus representantes Bernheim y Coué, y en cierto sentido y ya antes, del psicoanálisis, cuyo caudillo y fundador, Sigmund Freud, hizo hasta ahora cuanto le fué posible, por obra de cierto elemento conservador domestizante, en rendirlo útil a los intereses del orden social en predominio. En cambio, la psicología individual de Adler conviene a aquella finalidad por completo. Es una teoría psicológica de carácter fundamental, enteramente revolucionaria, cuyas consecuencias coinciden con las de la sociología revolucionaria marxista.

No es lugar éste en que podamos echar una ojeada sobre el contenido, método y carácter de la sociología individual adleriana; en el libro de mi esposa acerca de Freud y Adler está ya hecho de un modo suficiente para una orientación preliminar.

La aspiración de realizar una síntesis de Marx y Adler lleva consigo la exigencia de comprobar e investigar no sólo cuestiones cuya materia estén por ambos aspectos, tanto el sociológico como el psicológico, conocidas claramente y firmemente fijadas, sino que también requiere hacer así con aquellas otras que confluyan en utilidad esencial con los intereses del movimiento proletario socialista. No cultivamos la ciencia por la ciencia, ni mucho menos por afición o deportismo; antes bien, ponemos todo conocimiento científico al servicio inmediato de la lucha de clases.

Cuando, hace más de una década, apareció por vez primera mi libro *El niño proletario* (*Das proletarische Kind*),

no se me ocultaba que en esa monografía se enfocaba sólo uno de los aspectos del modo de ser característico de los hijos del proletariado, esto es, su perfil sociológico. La esperanza, tanto de que encontraría aquel estudio una continuación y ampliación en su mismo sentido, cuanto —y sobre todo— de que por parte de médicos, pedagogos, psicólogos y sociólogos habría de ser completado en su aspecto psicológico, infortunadamente, no ha llegado a realizarse.

Ninguno de los “peritos profesionales” ha respondido; la finalidad no les ha parecido bastante compensatoria del esfuerzo. Pero es más desconsolador aún que ni los mismos gobiernos socialdemócratas, aunque les tocaba más de cerca la obligación de hacerlo, no hayan puesto de su parte esfuerzo alguno para fomentar los intentos dirigidos a la observación sistemática y a la investigación científica de la índole del niño proletario. No es de esperar, ni deseable, la ayuda de partidos políticos, sindicatos obreros, ni de otra clase de entidades, porque siempre hay que contar con que los resultados se pondrían al servicio de intereses parciales. El llamamiento que yo hacía al final de mi libro cayó en el vacío. El niño proletario, pobre paria, es la criatura más desvalida que vive bajo el sol.

Extensos estudios psicológicos, a los que he podido dedicarme con cierto sosiego después de duros años de lucha, singularmente el de la psicología individual de Adler, me animan a acometer ahora también el intento de esbozar el perfil psicológico de la juventud proletaria, o, por lo menos, a dar los primeros pasos en ello, descubriendo y aclarando su especial índole psíquica. Nada más que los primeros pasos. Sin embargo, abrigo la esperanza de que también con esto se habrá conseguido algo.

Es de recomendar —e imprescindible como se verá—, juntamente con la lectura de la obra presente, la de mi primer libro antes citado sobre el niño proletario, que este segundo presupone; y ello porque los materiales y conclusiones de carácter sociológico que allí se consignan y aquí no pueden

repetirse resultan, según podrá comprobarse, de gran utilidad y trascendencia para profundizar en el conocimiento de una psicología como ésta que, en sus más íntimos fundamentos, se halla orientada sociológicamente. En ocasiones se hizo necesario, para el presente libro (de Psicología), remontarse a estados sociológicos de hecho, pues de otra suerte apenas si hubiese sido posible lograr inteligencia de ciertos fenómenos psicológicos.

Llegaremos a comprender al niño proletario y verlo de muy distinta manera, en el momento en que, conocido que nos sea su medio social, consigamos, coherentemente con ese medio, atisbar en su vida psíquica. En ella descubrimos cosas conocidas y cosas nuevas y extrañas, muchas presumibles y muchas más aún insospechadas, y lograremos —así lo espero— atraer algún respeto hacia él y hacia su modo de ser. Esto será un bien para esos tan despreciados, humillados, desamparados, hijos del hombre. Tendremos también que someter a una revisión radical toda nuestra actitud para con el niño proletario y para con el niño en general. Sí, no podremos menos nosotros, los adultos, padres y educadores, de bajar al fin del pedestal de nuestra superioridad, de nuestra autoridad y dignidad, para alargar la mano en fraternal camaradería a los niños, quienes no deben ser en modo alguno subordinados nuestros, sometidos nuestros, sujetos de nuestro despotismo, sino amigos y compañeros, equiparados a nosotros, y con nosotros unidos solidariamente en la vida.

Cuando hagamos esto sin pesar, habremos al fin superado dentro de nosotros el espíritu de tiempos viejos.

Y por primera vez podremos, con derecho, llamarnos revolucionarios.

I

INSEGURIDAD

La Naturaleza ha dispuesto las cosas de manera que el hombre llegue al mundo bajo la forma de niño pequeño.

El concepto de pequeñez, en primer término, representa sólo una declaración de masa corporal. Pero en el hábito mental e idiomático de los hombres se ha convertido de antiguo en un juicio de valor. Llamamos pequeño al niño para denotar con esta palabra también su debilidad física y psíquica, su inexperiencia, su menorvalía. Pequeño, en la estimación corriente, es cualitativamente, menos —es decir, peor— que grande. Ambos conceptos (grande-pequeño) expresan cosas opuestas entre sí.

Grandes —mayores— son los adultos que acogen al niño pequeño desde su nacimiento.

Ser adulto no sólo significa estar ya formado y maduro corporalmente, sino también ser experto, capaz, eficiente, válido plenamente. Si ser pequeño es el principio, ser adulto es el término, la cima lograda. El pequeño ser humano se encuentra, pues, al momento de entrar en la vida, en oposición con lo que le rodea.

Bien es cierto que esta oposición es para él aún desconocida; pero sabemos que hay una esfera del inconsciente en la vida psíquica del hombre y que de ella provienen la gran mayoría de los estímulos e impulsos determinantes del obrar y

proceder humanos. El niño entra en el mundo con un legado de instintos más o menos diferenciados, todos los cuales tienen impreso por la naturaleza, el sentido de asegurar su existencia contra los múltiples peligros que le acechan. Uno de esos peligros es el de ser oprimido por la prepotencia de los adultos. Contra ello reacciona el instinto infantil.

Pues, lo que es los adultos están bien poseídos de su adulticia, de su propia personalidad. En la actitud total que guardan hacia el niño, en su pensamiento, en sus palabras y en sus hechos así lo expresan terminantemente. Todas sus relaciones con el niño se hallan definidas por este respecto.

El hecho de que se encuentren frente a frente unos de otros hombres pequeños y mayores, jóvenes y adultos, menorválidos y válidos, plenamente, trastrueca la relación en una pseudorelación, la comunidad en una adversidad, la equiparidad en supremacía. La situación en que el niño se ve sumido tiene que conducir inevitablemente a un manantial de conflictos.

Los adultos deben su posición preponderante y sobrepotente respecto del niño no tanto a su superioridad corporal y espiritual cuanto, y más propiamente, a circunstancias que residen en la constitución de la sociedad y condicionadas por ella, circunstancias que los hacen sostenes y representantes de una cultura social que se nos aparece manifiestamente como cultura de adultos. Su superioridad es, pues, predominantemente, una conquista social. Nada nos impide imaginar que, en un mañana, ya los mismos niños tomen participación cooperativa y cocreadora en el rendimiento cultural de la sociedad, y que esa posición productora y activa en la obra de la cultura habría de asegurarles frente a los adultos una situación distinta de la que hoy tienen, la cual sólo les permite ser receptores pasivos y consumidores de una cultura ajena.

Claro es que tampoco hoy todos los adultos tienen parte en la producción y representación de la cultura. Bajo esta palabra —cultura— comprendemos cuantas medidas y disposiciones han sido arbitradas por la sociedad humana en bien

del mantenimiento de la existencia y de su aseguración contra los peligros que a aquélla, a su descendencia y a su raza, les amenazan por parte de la naturaleza. Si seguimos el proceso formal y sustancial constructivo de la cultura a través de todas las fases de su desarrollo, llegaremos a la conclusión de que aquélla —antes obra de la comunidad— ha tomado el carácter de cultura clasista desde la instauración de la propiedad y economía privadas, cuya resultante fué también la división de clases de la sociedad.

La clase poseedora —capitalista— ha usurpado el mecanismo cultural de toda la sociedad, poniéndolo al servicio de su seguridad de clase. La lucha del hombre contra la naturaleza se tornó desde este punto en lucha del hombre contra el hombre; los esfuerzos en pro de la seguridad vital se convirtieron en esfuerzos por adquirir el poderío; la capacidad dispositiva cultural se identificó con la capacidad del dominio social, consecuencia, a su vez, de títulos económicos de propiedad y de fuerza material productiva. Y a partir de entonces también, la generación adulta de los poseedores, a la vez que empezó a representar un orden económico y político, se hizo sostén, forjadora y representante de la cultura e ideología sociales. Hablando con exactitud, esto sólo aconteció con el sector masculino de la generación adulta de la clase propietaria, pues todo su sector adulto femenino quedó —de igual modo que la clase desposeída en ambos sexos y todas sus edades— excluido de la actividad cultural, ya que la dependencia material de la mujer respecto al hombre, que data del final de la fase del matriarcado, implica también su dependencia cultural. No pueden calcularse las conquistas y riquezas culturales que ha malogrado a la sociedad humana durante siglos y siglos esta anulación y exclusión de sus más valiosas energías y capacidades.

En la sociedad actual, la clase poseedora es la burguesía; la desposeída, el proletariado. Ambas se encuentran enfrentadas en recíproca hostilidad económica, cultural y social, pues cada ventaja de seguridad vital de la clase dominante es una

desventaja en la seguridad de la dominada, y viceversa. Cada una se siente expuesta y amenazada con el triunfo de la contraria. Y en particular el proletariado, que por no poseer una cultura propia, y estarle impedido crearla por el poderío de la burguesía, se ve forzado a aceptar los desechos y maúlas culturales de ésta. Al primer examen que profundiza en la íntima relación de los fenómenos, la clase proletaria advierte en la cultura burguesa una tendencia fundamentalmente hostil a sus intereses vitales. Y con razón. Por eso le hace siempre frente con recelo, ira, rencor y en interna posición defensiva.

Pero tal actitud respecto a la cultura burguesa no es la misma en todos los miembros de la clase proletaria. A la mujer le afecta con más rigor que al hombre la postergación del orden plutocrático. Como quiera que depende del varón en lo económico y social, y está también a su merced sexualmente por la institución del matrimonio, resulta duplicada su opresión bajo la cultura capitalista, puesto que ésta es al mismo tiempo masculina. Y si bien el varón proletario se ve excluido del derecho de codeterminación en la obra de la cultura y aun de la coproducción de ella, goza, sin embargo, como tal varón, de libertades y derechos sociales y culturales que le están prohibidos a la mujer sólo por serlo.

La mujer no es más inepta e incompetente que el varón—incluso en los casos en que, circunstancialmente y sin que se nieguen, fuera menorvaliosa comparada con él, y no a consecuencia de sus disposiciones y condición propia, sino por razón de una postergación y preterición cultural milenarias—; la mujer es, aunque con índole distinta del varón, apta, eficiente y plenamente válida en campos de actividad diferentes que aquél. Pero como sea que los terrenos que representan el monopolio de la actividad varonil están valorados más elevadamente por la sociedad —merced a la orientación plutocrática y masculina de la misma—, por eso, y sólo por eso, el varón goza de más alto precio que aquélla y de más libertades y ventajas.

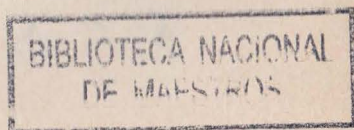
El niño proletario se halla culturalmente postergado en

mayor medida aún que la mujer proletaria. Se encuentra frente a una cultura plutocrática y masculina que es a la vez cultura de adultos, de *seniores*. Y si nos referimos a la muchacha proletaria, entonces la opresión gravita con una triple preponderancia sobre su situación psíquico-social. Se encuentra culturalmente menoscabada, preterida y estafada, como miembro de la clase proletaria, como mujer y como niña. No por eso es en manera alguna menorválida en comparación con el niño, ni lo es tampoco comparada con el adulto, no, sino que es diversa, únicamente. Lo que acontece es que tal diversidad aparece en el área visual de la sociedad presente como menorvalía. Nada tiene de sorprendente que ante sesgo tal de las circunstancias, frente a tanta adversidad de las condiciones de seguridad vital, los instintos se despierten a la máxima vigilancia, la circunspección y el recelo se hallen constantemente en acecho, todos los órganos y energías psíquicas estén apercebidos y en espera nerviosa de peligros inminentes.

No es de sorprender tampoco que el niño recién nacido, desde el primer momento de su vida, sienta la inanidad de su propia minúscula existencia en el caos de relaciones que le son extrañas, incomprensibles, hostiles, y que ante cada menoscabo real o presumible reaccione con instinto seguro, quizá incluso con irritación nerviosa. De esto se sigue inmediatamente que, bajo el influjo de su constitución concreta y de sus condiciones vitales, sopesa bien la proporción de fuerzas existente entre sí y su contorno, atento siempre a no perder en el logro de su finalidad próxima el punto de apoyo de su orientación, la posición de equilibrio psíquico.

En un principio encuéntrase, como ya se hizo notar, el sentimiento de la inseguridad y menorvalía, que reclama una fijación de objetivos conductora, corroborativa y tranquilizadora que haga soportable la vida.

El estudio del alma del niño ha de comenzar, pues, con la observación del sentimiento insurgente de menorvalía. El



servicio de Alfred Adler como iniciador, consiste en haber llamado la atención sobre el hecho de que los defectos orgánicos y las menorvalías constitucionales tienen por resultado despertar en todos los niños sentimientos comunes de inseguridad y menorvalía, o de reforzarlos en alto grado. "Esa sensación de menorvalía orgánica se convierte para el individuo en acicate constante del desarrollo de su psique" (Adler).

Tales defectos orgánicos e imperfecciones constitucionales son principalmente: raquitismo, anomalías gástricas e intestinales, escoliosis, conformación de joroba, pies planos, tartamudez, sordera, defectos de visión, zurdismo, deformación o pequeñez de los órganos sexuales, enanismo, bocio, rubicundez del cabello, labios leporinos, pecas, rostro picado de viruelas, etcétera.

Ahora bien, el influjo de las anomalías y defectos corporales sobre la psique infantil se verifica aproximadamente a tenor del siguiente proceso. En primer término, la atención del niño —como consecuencia de la posición especial en que se encuentra entre los demás por la singularidad de su fenómeno— se vierte con impresión extraordinaria, precisamente sobre esa su rareza. El niño empieza a preocuparse, a pensar constantemente en ella, a compararse con los demás, a medirse por lo normal, a fantasear con tal motivo y a hacer cada vez más definitivamente de su defecto el punto central de su vida psíquica. Si entonces acontece lo que a consecuencia de eficiencia disminuía es inevitable que suceda siempre que existen anomalías y defectos que la producen, es decir, que el niño incurre en faltas, equivocaciones, fracasos, censuras, la susceptibilidad del mismo sube al más alto grado de excitación. El niño se vuelve angustiado e inseguro, evita ciertas personas y situaciones, de las que teme humillación o que se ponga en evidencia su inutilidad y defecto, y se arredra ante los nuevos intentos de atravesar el escollo peligroso con desembarazo, dominio, conciencia de sí y audacia. Los reflejos que la posesión del órgano menorválido proyecta sobre el alma del niño se hacen cada vez más fuertes. Y, finalmente, se llega a en-

contrar a sí propio el ser más odioso, inhábil e inepto, no hecho a las exigencias de la vida, en la que nunca espera hallar su lugar propio, y que, perseguido por la adversidad de la suerte, siempre tendrá que lamentar una existencia fracasada y manca. En peraltado contraste consigo ve y siente a todos los demás perfectos, aptos y capaces; al mundo lo ve hostil, preñado de peligros, y a las oscuras potencias del destino, crueles, inevitables, trágicas. Todo lo extrema, lo sobreprecia, lo exalta. Las relaciones entre el mundo y los hombres se le presentan como un embrollo de caricatura grotesca, de contrasentidos y exageraciones. El resultado final para su alma es la saturación completa de sentimientos de menorvalía: la formación del complejo de menorvalía. Innecesario es decir que el espíritu del niño padece atrocemente bajo tales depresiones, irresoluciones y estados emotivos. Para salir de este tormento aventura, más pronto o más tarde, ensayos de un arreglo o compensación de la falta o debilidad que le aqueja.

El segundo paso en el estudio del alma infantil es el hallazgo y descubrimiento de los métodos de que el esfuerzo del niño por la seguridad se vale para mantener la posición de éste frente al mundo. En este respecto la Naturaleza le muestra el camino. Por la biología sabemos que todo órgano considerado anormal tiene la tendencia a compensar su déficit mediante una función más intensiva, un ejercicio mayor y un rendimiento incrementado. De impedirlo la disposición natural del órgano mismo, interviene entonces en su auxilio el sistema nervioso central "hasta desenvolver en su medida más intensa todos los fenómenos psíquicos de previsión y presentimiento, con sus factores operatorios, como la memoria, intuición, introspección, endopatía, atención, susceptibilidad, interés y, en una palabra, con todas las fuerzas psíquicas de aseguramiento vital" (Adler). Con ayuda de estas acciones auxiliares y de revaloración consiguió Demóstenes, tartamudo, ser el orador máximo de Grecia, y Beethoven, enfermo del oído y más tarde sordo,

ser el mayor de los músicos, así como Helen Keller, con dos únicos sentidos, ha sabido hacerse una persona de educación amplia y esmerada. El niño poseído de sentimientos de menorvalía sigue el camino marcado por la Naturaleza y fuerza inconscientemente la intensidad del desarrollo hacia el sector afectado por su defecto, se entrega a un entrenamiento consciente, y, en último término, sitúa sus esfuerzos en un terreno y campo de acción diferentes, en el que pueda disponer de órganos más capaces de actividad y de mecanismos más perfectos. El recurso psíquico es siempre de elaboración y fortificación de todos aquellos modos de comportamiento que forman líneas de conducta adecuadas para superar las dificultades y para robustecer y recobrar el íntimo sentimiento del valor abatido, y de ese modo, mediante el trazado de cierto plan de vida que se sigue ya sin remitencia, reducir o eliminar totalmente la inseguridad vital. Así se construye, de una forma por completo insensible, pero con tenacidad incesante, un camino, el camino de la propia afirmación en la lucha tumultuosa y en el caos del mundo. Una vez seguida y probada la línea de conducta, el niño se afianza en ella; es su hilo de Ariadna que debe conducirle a la salida. Cuanto más y mejor sigue todas sus funciones psíquicas la dirección de esta línea conductora, más y mejor los procesos psíquicos que parten de ella toman su imagen típica y se forma un conjunto de disposiciones, comportamientos, capacidades, que comprenden y encierran un plan de vida determinado: a esto llamamos carácter.

Ahora bien; si se establece el plan de vida y el carácter se forma de tal modo que las dificultades resulten vencidas de hecho, y que jamás el sentimiento de valer quede disminuído bajo el límite de cierta medida soportable, entonces el complejo de menorvalía desaparece mediante una compensación afortunada. En caso contrario, los sentimientos de menorvalía insaciados yerguen sus exigencias de satisfacción que, sobrepujando la lógica de la vida, hacen caer al sujeto en la neurosis.

Los fenómenos descritos afectan en general, más o menos, la constitución psíquica de todos los niños.

Pero las circunstancias que les acompañan y bajo las cuales se producen son singularmente desfavorables para el niño proletario.

La constitución orgánica total del niño proletario es considerablemente inferior a la del niño burgués. Empieza por descender de una clase casi degenerada por completo. Está engendrado por padres que se hallan gastados por el exceso de trabajo, nerviosismo profesional, accidentes, alcohol. Conciben a estos niños madres cuyos organismos, agotados por la desnutrición, los partos y la esclavitud de la casa y de la fábrica, sólo pueden prestarles un mínimo de fuerzas vitales. Ya en el claustro materno y en la fase aún embrionaria padecen del hambre, les envenenan las actividades nocivas para la salud en que la madre tiene que emplearse y vienen al mundo con una constitución débil y desmedrada, degenerados, deformados o encanijados. Se crían después en sótanos y buhardillas, en cuartos interiores hediondos, húmedos y sin luz, en casas de vecindad o barracas superpobladas, y crecen atacados de escrofulosis, atrofiados y empobrecidos por el raquitismo, afligidos por toda la plaga de enfermedades infantiles que pupulan y se ceban en el vaho asfixiante de los barrios míseros. La patizambía, escoliosis, joroba, hidrocefalia, son heridas y señales de la lucha enconada que sostienen años y años con la muerte. Y el enanismo, insuficiencia torácica, tisis, la escualidez, los cólicos intestinales, las erupciones, la incontinencia de orina y epilepsia, debilidad mental e idiotez, muestran la crueldad y rigor de un destino que arrebató en la juventud y detenta todo aquello cuya posesión podría asegurar la capacidad orgánica y plenitud de valor.

Estos pequeños leprosos — su número forma legión —, atormentados por la tos y sacudidos por calambres, enfermos del oído y de los ojos, yacen acurrucados como fardos sucios en los umbrales de las puertas o en los rincones, y mientras los otros niños brincan y juegan, ellos tienen que contemplar

pasivamente su actividad en el patio y en la calle, sin poder participar en ella, porque sus piernas raquílicas no pueden soportarles el peso del cuerpo, o porque se convierten en el hazmereír de sus camaradas tan pronto como se mueven en grotescas contorsiones. Siempre resultan perjudicados y menoscabados, siempre salen malparados y se ven excluidos en todas partes. ¡Cuántas restricciones tienen que aguantar, cuántos malos tratos soportar, cuántos dolores sobrellevar, cuántas reprimendas, durezas, transportes de cólera o groserías tienen que sufrir en un ambiente incomprensivo y brutal! El número de ocasiones de satisfacer su necesidad de sentirse válidos queda enormemente reducido; las oportunidades de tomar parte activa como compañero de juego, harto menguadas; en tales circunstancias, el naciente sentimiento de personalidad disminuye progresivamente, el aprecio de sí mismo decae cada vez más; la confianza en las propias fuerzas, en el poder propio, se desvanece al cabo por completo. El alma así dispuesta es verdadero campo abonado para los sentimientos de menorvalía. Como los hongos en la humedad, brotan en ella torpezas, apocamientos, depresiones de todas clases.

La pertenencia al sexo femenino puede considerarse como una menorvalía orgánica en las muchachas proletarias. En un sentido lato, la interpretación masculinamente matizada de todas las relaciones culturales y humanas estigmatiza la feminidad como una mácula que, con harta frecuencia, se conceptúa un mal nativo psíquico o corporal. La decepción abiertamente manifiesta de los padres cuando el recién nacido es una niña, las alusiones, faltas de tacto y sensibilidad de éstos y de los educadores a la pertenencia al sexo femenino, juzgada como menorválida, son elementos apropiados para producir muy pronto en las pequeñas la idea de que su papel sexual, natural e inmutable es una fatalidad. La niña se siente agraviada por la naturaleza por el solo hecho de ser niña. La comparación de sus órganos sexuales con los de sus hermanos, le sugiere

la representación de que ha sido privada, de que se la ha despojado de algo, o más bien —según ella cree comprender por burlonas indirectas— de que se le ha “cercenado” algo.

Aun cuando, por parte de padres y personas que están en su relación más próxima, no se cometieran estas faltas de tacto que tan hondamente influyen en la impresionable alma infantil; aun cuando —y qué raro es este caso— en la educación y trato corriente las niñas sean igualadas a los niños, aun entonces la estructura enteramente masculina de todos los fenómenos culturales y sociales determinará que las muchachas, indefectiblemente, vayan a caer en el sentimiento de postergación e insignificancia. Presa de todas las debilidades orgánicas y de todos los defectos del ambiente de su clase, predispuesta, al igual que el niño, a todos los sentimientos de menorvalía, éstos se ahondan más en la niña proletaria, merced al influjo de un medio cultural universalmente masculino, en el cual hasta los proletarios más inteligentes, incluso los revolucionarios, se comportan en el seno familiar autoritariamente, con autoritarismo que se debe de modo único y exclusivo a su calidad varonil.

Es bien cierto que el daño que trae sobre la niña proletaria pertenecer al sexo femenino lo comparte en común con sus compañeras de sexo de la clase burguesa. Pero mientras en ésta se dispone de todas las ventajas de los cuidados higiénicos, de la educación y porvenir seguro para aminorar aquel daño, en el ambiente proletario se reúnen, para agravar el momento crítico, todas las demás desventajas, y ello hace de la niña proletaria la más desamparada y débil de todas las criaturas débiles y desamparadas de la tierra.

A la constitución física del niño proletario —la cual hay que sostener que no es circunstancia baladí— se agrega su constitución social, que significa una doble pesadumbre.

Ya se mostró en qué elevada medida el niño proletario está ligado, en cuanto a su conformación vital, al destino de

la clase de que procede. La base económica de esta clase es la suya misma, su marco social da forma a su existencia y su propia ideología la constituye la atmósfera en que se halla sumergido su ser espiritual y psíquico.

Al ser, hecho consciente, se le llama conciencia¹. El punto cardinal de la conciencia en la clase proletaria es la conciencia clasista, que fundamentalmente no es otra cosa que el conocimiento de lo que, con respecto a relaciones y circunstancias de vida, delimita a los que pertenecen a una clase de los de otra distinta. Esta conciencia de clase es producto de la evolución social, favorecido por la ilustración y enseñanza metódicas.

Puede suceder, y sucede, que la peculiaridad social de la clase proletaria esté ya acusadamente caracterizada, sin que la conciencia clasista correspondiente se haya desenvuelto vigorosa. Ese era el caso de Alemania, antes de advenir el movimiento socialdemócrata. Pero a medida que para los proletarios se fué haciendo más clara la comunidad de los intereses, en el dominio de sus observaciones y experiencias; mientras más patente se les mostró la contraposición de los propios con los intereses de las otras clases, por el hambre, la penuria, la miseria, la inseguridad de subsistencia, las torturas del trabajo, y, cuanto más claramente una labor de propaganda e ilustración incesante llevó a sus conciencias la lógica íntima de esos fenómenos, con tanta mayor fuerza se desenvolvió su conciencia clasista. Por lo menos así ocurrió en las grandes ciudades y centros industriales, donde el proletario se despojó rapidísimamente de todo lastre y restos de su procedencia campesina o pequeño-burguesa.

Las primeras mociones de la conciencia clasista pueden quizá caracterizarse como un sentimiento instintivo todavía latente de interdependencia mutua de opresores y explotados. Paulatinamente se adensa, conservando siempre el matiz sen-

¹ En alemán la palabra conciencia (*Bewusstsein*) significa precisamente eso, ser consciente. (*N. del T.*)

timental, hasta transformarse en una especie de espíritu de cuerpo. El proletario se siente separado de los individuos pertenecientes a las otras clases sociales por un abismo, más profundo cada vez que aquél se ve más atraído por sus camaradas de igual clase y más unido a ellos. El sentimiento clasista surge, y por la actuación, educación y perfección deliberada se convierte en conciencia de clase. La conciencia de clase confiere el aplomo de la seguridad. Los oprimidos descubren su potencia. Proceden al ataque contra sus enemigos o se aprestan cerradamente a la defensa, si son acometidos por ellos. De ambas partes los intereses enconados estallan unos contra otros. Surge la lucha de clases. La vida espiritual y anímica del proletario moderno es eso: lucha de clases. Para llevarla a cabo se ha creado a sí mismo una ideología de esta lucha. Y Marx le proveyó del instrumento científico de la teoría que la informa. A medida que va aceptando el proletariado, cada vez más decididamente, la lucha de clases como medio apto para la afirmación y aseguramiento de la existencia, más progresivamente se va tornando la conciencia clasista en auto-conciencia, en orgullo de la clase propia. El proletariado descubre al fin la plenitud poderosa de su fuerza, aprende a emplearla consciente de su fin, se sabe seguro de la asistencia de todas las fuerzas de la evolución general, y lucha convencido de lo incontrastable de sus armas, así como de la inevitabilidad de su victoria. Así se presenta ante la faz de su tiempo y de la Historia el proletario moderno.

El niño proletario llega a adquirir el mismo sentimiento clasista, y, por tanto, la misma mentalidad, la misma psique de clase, por motivos análogos y camino semejante que el proletario adulto. Hay un instante en que, por obra de una vivencia adecuada, el niño adquiere conciencia del hondo abismo que se abre ante él y el niño de la clase burguesa.

He aquí un caso típico: varios niños juegan en el patio. Un pobre pequeñuelo, hijo de un barrendero, les contempla

tristemente. Los chicos necesitan de uno a quien en el juego del carnicero corresponda velar¹. Entonces llaman al otro. Afortunadamente, acude a la llamada. El niño del barrendero se deja atrapar paciente y complaciente, y que le amarren al palo; deja que le golpeen y empujen, contentándose con reír sin gana. El juego ya casi ha durado media hora. Cada niño ha pasado el turno de "cortador" lo menos tres veces. Ya se les hace aburrido. A Fernandito se le ocurre algo nuevo. "Venid conmigo, que me ha comprado mi papá una caja grande de soldaditos de plomo. Vamos a jugar con ellos." Los compañeros de juego aceptan. A todo correr llegan hasta la escalinata de entrada. El último de todos, Paco, apocado. Ya en la puerta se vuelve Fernandito y le dice brutalmente: "Pero tú, ¿qué te has creído? ¡Cuidadito con entrar! ¡Mira que se lo digo a mi papá! Tú no eres quién para jugar conmigo". Y al decir esto descarga en el pecho de Paco un golpe con el puño, que le derriba y hace chocar su cuerpecillo contra la pared. La pandilla desaparece tras la puerta. El niño del pobre obrero allí queda, solo, expulsado. (Broda-Deutsch.)

Este suceso es típico; pues tarde o temprano, así o de modo semejante, le acontece a todo niño proletario, mostrándole la contraposición que existe en la esfera de sentimientos e intereses dentro de la sociedad dividida en clases. Ya Hebbel, que era hijo de un pobre albañil, cuenta en su biografía que, siendo niño, cuantas veces se acercaba a la valla de un jardín próximo, otras tantas la dueña le gritaba: "¡Ya te estás marchando de ahí, o te echo a latigazos!" Entonces surgió en él, como confiesa más adelante, "el primer sentimiento proletario", o, para expresarnos más psicológicamente, el sentimiento de la proscripción, la menorvalía, como consecuencia de pertenecer a distinta clase social. Si se les hubiese formulado en alguna ocasión al mayor número posible de niños proletarios la pregunta de en qué ocasión y forma se hizo presente en su conciencia la contraposición de las clases, se habría obtenido

¹ Desempeñar el peor papel.

una clave preciosa para el descubrimiento de la psique de la clase proletaria.

Fehr, maestro de la colonia minera de Wehofen (Rhin inferior), ha señalado el camino a seguir en este sentido. Distribuyó entre ciento veinte mineros un cuestionario que, además de otras, contenía esta pregunta: "¿Observó usted si sus niños se han dado cuenta de que son hijos de obreros? ¿Cómo y cuándo?" De las respuestas transcribimos las siguientes, muy características: "Ya en la casa-cuna miman más a los hijos de los capataces y les alzan en brazos". "Cuando llevan a la escuela y los traen de ella, en coche, a los hijos de los principales, cuando éstos comen mollete, mientras mis hijos muchas veces no tienen más que zanahoria." "Siempre se están quejando los niños de que a los hijos de los oficinistas y a los que van bien vestidos les colocan en los primeros puestos en la escuela." "El que los niños estén separados unos de otros en la escuela, aviva también el odio contra el bien vestido." "El mayor de los míos manifestó un día: yo también podría ingresar en la escuela superior; sé leer y calcular tan perfectamente como lo hacen los hijos de los empleados." "La envidia no es sólo cosa de los mayores, sino también de los niños. Pronto echan de ver que ellos tienen que andar descalzos, mientras que los otros llevan excelentes zapatos." "Los hijos de obreros quedan bien pronto al margen de la escuela." "No tienen más que seis años, y ya hay niños que piensan: ¿por qué los otros tienen bocadillo con lonchas de jamón?" "Los niños andaban mal trajeados y estaban descalzos de pie y pierna, porque yo me encontraba enfermo. Al ir el domingo a la iglesia, los mejor vestidos no los dejaron sentarse en los bancos." "Me dice el pequeño: Papá, a los niños del cura y del maestro les llaman por sus nombres (de pila). Y a nosotros, ¿por qué no?" "De sobra notan mis hijos que los del comerciante son preferidos a los del obrero." "Cuando uno sale con los niños, si pasa un automóvil o un coche de caballos y se les ocurre preguntar por qué nosotros no lo tenemos, hay que responderles: vosotros sois los hijos de unos pobres

mineros. Nos piden bizcocho y pan blanco cuando no podemos darles ni todo el amargo y duro pan de munición que quieren.”

Las palabras que siguen corresponden asimismo a los primeros recuerdos infantiles de un proletario (Aktion). “Era aún algo inconsciente, o más bien instintivo, lo que yo sentía cuando con palabras desabridas se nos mostraba a menudo la puerta y a veces hasta soltaban el perro contra nosotros; cuando nos denunciaban al alguacil, que tenía un placer especial en perseguirnos y molernos las costillas a palos. ¡Qué cruelmente resonaban en nuestros oídos los insultos a coro de los demás chicos! ¡Todos tenían piedras para nosotros! Y ¿por qué? Porque éramos pobres; porque nos criábamos ya huérfanos de padre; porque la madre no ganaba lo bastante para tapar cada día cinco bocas hambrientas”. De igual modo que al proletario adulto le hiere impresionantemente en su conciencia percibir por vez primera su proscripción social, así también para el niño tiene fortísima acentuación afectiva el darse cuenta por vez primera de la contraposición de las clases. Un proletario que en la infancia hubo de ser vendedor callejero, describe esa situación muy gráficamente con las siguientes palabras: “Muchas veces pasaban por delante de mí niños bien vestidos que eran compañeros míos de la escuela. Apenas me divisaban, se daban seña con el codo, cuchicheaban y hacían como si no me conocieran. Esto me agobiaba hondamente: pero lo que más acrecía mi amargura era el pensar que estos niños, menos inteligentes que yo, se sentaban en los primeros bancos de clase, mientras que yo estaba en los últimos, entre los demás hijos de obreros, pobres, descalzos, mal vestidos; entre aquellos camaradas que pasaban hambre como yo y como yo tenían que ganarse la vida de cualquier modo, sin que nos quedara rato ninguno libre para jugar. Las lágrimas que me arrancaba el humo del brasero mezclábanse a menudo con lágrimas de sentimiento humano mortificado y de alma niña ansiosa de libertad”. Con frecuencia los afectos son aún más vivos. El niño responde a la postergación y al

agravio que se le infligen con un desgarrador alarido de su alma. “¡Ah, qué envidia tenía yo entonces a los niños de familias acomodadas, que siempre comían panecillos rebozados de manteca, y estaban vestidos con trajes tan lindos... El destino de proletario oprimió muchas veces penosamente mi ánimo de niño” (Aktion). De la envidia nacen el odio y el rencor que queman el pecho infantil. “La indignación que me dominaba se convirtió en odio, y la condición de proletario, en que me veía sumido, era para mí un tormento afrentoso.” Así escribe el minero Lotz (Levenstein) sobre los sentimientos que le asaltaron cuando por primera vez se dió cuenta de su destino de clase. Análogas sacudidas emotivas pueden reflejarse en el alma de todo niño proletario al caerse el velo ilusorio del paraíso de la niñez. Siente dentro de sí el gesto humillante y brutal de verse arrojado de ese paraíso, sin más culpa que la de ser vástago de la clase socialmente proscrita.

Esta mancha ha de expiarla con un doble estigma cuando a la fatalidad de su origen proletario se añade la fatalidad de su nacimiento inmatrimonial. La sociedad capitalista, de economía privada, ha forjado una moral sexual encaminada a asegurar el porvenir de madre e hijos, por lo cual todas las actividades del instinto genésico se canalizan en ella, dentro del orden honorable del lecho nupcial reglamentario. Al comercio sexual extraño al matrimonio, es decir, sin la garantía de provisión económica registrada oficialmente mediante la boda, se le trata con desprecio, se le sabotea y lastima con las medidas de protección social, y a la madre soltera y a su hijo —absolutamente inocente— se le castiga con la proscripción de la sociedad. A la madre se le escupe el nombre de “puta”, y los “hijos de puta”, todavía hoy, están librados a la postergación y al desprecio sociales. Cuando Stine Hijadelhombre vino a este mundo, nacida de la soltera Sörines (M. Andersen Nexø) “fué tratada en seguida sin miramiento alguno a su frágil desamparo. Hija natural —ilegítima— rezaba la cé-

dula que la comadrona entregó a su maestro; ilegítima, vino a constar en la partida de nacimiento. Era como si esos funcionarios —la comadrona, el maestro y el párroco— ejerciesen ya para con ella de algún modo su autoridad. Eran los primeros vindicadores de la burguesía, legitimados por ella, y empezaron a golpear sin duelo sobre la recién nacida. ¿De qué le servía a la criaturilla el que las gentes la señalasen como hija de un rico granjero, si éste no reconocía el hecho, antes, por el contrario, se desentendía de boda y de todo? La niña era un absurdo, una mancha, para la sociedad ordenada meticulosamente.

La ilegitimidad —la inmatrimonialidad en el nacimiento— viene siendo aceptada de antiguo por la demografía como un fenómeno de degradación social, que repercute en el cuerpo de la sociedad con una perturbación funcional condicionada económicamente. En íntima relación con esto se encuentra el hecho de que la mayoría de los hijos naturales pertenecen a la clase proletaria. Son hijos de doncellas, criadas, obreras, dependientes, empleadas. Al no estar el padre unido matrimonialmente a su madre, la ley los califica como de “padre desconocido”, y su constitución social queda definida por la misma categoría social de la madre. Con esto su destino está ya marcado.

En la fraseología de la sociedad burguesa desempeña un papel importante el tópico, un tanto patético, de la reconciliación de las clases sociales. Pero los usos y costumbres de la vida en esta sociedad desenmascaran bien pronto ese patetismo, que es una huera mentira. Con el niño proletario “ilegítimo” —víctima inocente de una moral social inhumana— tendría esa sociedad ocasión propicia y obligación ética sobradas para comenzar a poner en práctica el principio de que alardea. Prisionera, sin embargo, de su conciencia de clase, no puede atentar impunemente contra los imperativos de su interés clasista. Este le exige el sostenimiento de su prestigio, de su preponderancia, sobre la clase proletaria, bajo cualesquiera circunstancias y a cualquier precio.

El niño proletario reacciona ante ello con las disposiciones psíquicas y formas de conducta que ya dimos a conocer, Analiza y compara, mide y sopesa, sobreprecia y menosprecia, de todo lo cual resulta acrecentado el sentimiento de su inseguridad, que le hace tomar el mundo circundante como se pueda.

Junto al hambre, a la esclavitud del salario y a la degradación social, la carencia de terruño, el desarraigo de domicilio, representa una señal característica de la existencia proletaria.

Mientras para cuantos pertenecen a la clase burguesa es un supuesto fundamental que corresponde como base precisa a la esencia y textura de su existencia social el tener una tradición familiar, un terruño, un hogar, a los que cada cual se encuentra ligado con más o menos fuerza por bienes de propiedad, vivencias infantiles y relaciones anímicas, la existencia social y generativa del proletario, por lo menos del proletario puro, flota, por así decirlo, en el aire. Nada de autoctonía, de arraigo, de asiento, hay en ella. El proletario es casi siempre un extraño, un advenedizo, en el lugar y comarca en que vive y produce. Un día, aparece de pronto ahí, traído por una ola que allí le arroja; otro día estará ya lejos de nuevo. "Su patria —dice Sombart— es el mundo. Es un cosmopolita. Ha perdido el olor de la tierra, ha perdido la concreción. Y gracias que conserve su propio lenguaje, porque hasta hay veces en que también lo pierde." Sus bienes ascienden a lo sumo a una carretilla de mano, acaso se limitan a un hatillo colgado de un palo. Habita en casas de vecindad, tabique por medio con cientos de familias; en casas que se alzan hasta el cielo, en calles desnudas y desiertas, cuyo nombre les es indiferente. El día menos pensado puede presentarse cualquier motivo que le obligue a seguir errante, a abandonar la calle, el lugar, el país. Su asiento, hoy forzado por la escasez de viviendas, es siempre sólo una interinidad. Pronto volverá, como Ahasverus, a errar por el mundo, sin raigambre, sin pensamientos de patria, sin esa seguridad de la comunión familiar, de la parentela.

El niño proletario viene a nacer en medio de esa permanente inseguridad de domicilio. Sabiendo que antes de la guerra europea, cambiaron de residencia en Alemania, durante un año, más de cuatro millones de personas, trasladándolas de un punto a otro, y que, por ejemplo, en un solo lugar industrial (Hamborn), de 106.990 habitantes en 1911-18, inmigraron nada menos que 37.601 y emigraron 32.240, se puede ya con esto formar una idea acerca de la gran medida en que la vida errabunda sirve de ambiente a las generaciones proletarias. Pero nadie fuera de la misma clase tiene una representación exacta de lo que esta carencia de arraigo y de patria significa anímicamente. Por eso, su espíritu carece de puntos de partida y fundamento estables y seguros para la formación de series asociativas de conceptos; no hay en el mundo de sus vivencias circunscripciones, delimitadas distintamente, para la concepción y depuración de ciertos sentimientos, ni hay procesos organizados y comprobados para la compensación reparadora de los gastos de energía psíquica; antes al contrario, la cinta cinematográfica de su caótico vivir se desarrolla con una rapidez y apresuramiento tales, que no queda espacio ni poder interior para reunir, ordenar y consolidar los elementos de la personalidad propia. Terruño: un horro señuelo verbal; hogar: una sombra que de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, de casa de vecindad en casa de vecindad, se desdibuja y desvanece; patria: un vocablo internacional equivalente a *ubi bene*...

¿Y el desquiciamiento anímico de esta vida, de ese ir arrastrado de acá para allá, del niño proletario? El profundo sentimiento de sentirse constantemente extraño y desamparado, la continua preterición, la persistente inseguridad de vivir... "El hijo del pobre, hoja juguete del viento."

Cuando el hombre no halla, en su afinidad con los demás, fuerzas para reanimarse, fortalecerse y asegurarse, las encuentra en sus relaciones e intimidad con la naturaleza.

Los antiguos campesinos poseían el sentimiento incomparable de compenetración íntima con la tierra, de identificación con la naturaleza. Araban la gleba, cuyo humoso vaho era para ellos aliento y vida; sembraban el grano en el surco, permaneciendo llenos de recogimiento ante la maravilla de la germinación; cuidaban y criaban los animales, y comprendían su lenguaje y todos sus movimientos. También el artesano, aunque alejado ya un paso de la naturaleza y confinado a su taller con sus artefactos, tenía aún bastante tradición y necesidad de relaciones vitales con el campo —con la labranza—, el prado y el monte, para no perder el sentimiento de la afinidad y pertenencia común del que provenían seguridad, arraigo, afincamiento. Pero cuando se alzan muros y murallas en torno de las ciudades comienza a desligarse el hombre de la naturaleza. Las fábricas absorbieron la mano de obra de la aldea y del campo de cultivo, sepultándola entre paredes, vidrieras y rejas, y, haciéndoles depender de las propias manos, incesantemente productoras, sólo dejaron ya, a quienes eran seres humanos vivos, escasas horas de penoso y premioso respiro para comer y para dormir. De generación en generación las relaciones de estos hombres con la naturaleza se fueron haciendo cada vez más pobres, más raras, más indiferentes. Hoy, en las grandes ciudades, se reducen por lo común a un par de plantas de tomates y esquejes de geranio, plantados en el balcón de la cocina.

Nada podría ilustrar de un modo más drástico y doloroso el desmedro indecible y la sequedad del mundo natural íntimo del hombre que esta pérdida del sentido de la naturaleza, así como de las relaciones con ella, que existe entre las masas proletarias.

Es cierto que hay un fuerte anhelo de ella, de sus encantos y de sus goces en todos estos desheredados. Arden de avidez y de alegría el domingo que pueden salir del mar de piedra ciudadano, al bosque, por entre los sembrados, por las praderas florecidas, a orillas de un arroyo. Pero lo impetuoso de ese anhelo muestra sólo precisamente todo cuanto les falta,

y en qué medida extrema se hallan empobrecidos, y cómo añoran el perdido contacto con la naturaleza, sus relaciones con ella.

Al llegar el domingo, en cualquier clase de vehículo, en tranvía, en bicicleta, a pie, marchan a las afueras, formando alegres pandillas, con niños y con balones. Pero sólo allí, ante la naturaleza, es cuando se muestra con evidencia impresionante qué extraños han llegado a ser estos seres humanos al paisaje, a la flora, a los animales, y qué vilmente les engañó la suerte haciéndoles creer que pasarían gozosamente una buena tarde.

El padre proletario, pequeño-burgués fracasado, con su sombrero rígido, cuello y puños planchados, chaqué que no ha sido hecho a su medida; la madre, con su cochecillo del niño, termo, paquete de la merienda y vestido pasado de moda; los niños, con sus trajecitos recién lavados y planchados, que no hay que manchar con la más pequeña brizna de hierba, tinte de bayas o salpicadura de lodo, que no les permiten tumbarse en la pradera, ni trepar por los árboles, ni vadear los arroyos o esconderse entre las matas, porque es menester tratarlos con cuidado, pues su limpieza cuesta tiempo y dinero; todos, padres e hijos, se hallan en lamentable desamparo esta tarde soleada frente a la naturaleza, que les resulta extraña en absoluto.

Prueban a distraerse cantando, voltean el bastón por el aire, se sientan aburridos al borde de la carretera o en la terraza de cualquier puesto de cervezas, en donde muy pronto el padre "arrastra" su tresillo o "golpea" su dominó, comen y beben todos juntos, y al anochecer regresan de nuevo a la ciudad en un coche de ínfima clase, abarrotado de viajeros. entre polvo y estrépito, derrotados, con el vacío del descon-suelo en la cabeza y en el corazón, burlados plenamente en su anhelo de goce y distracción y sin hallar el descanso reparador que la naturaleza puede prestar al hombre.

El proletario moderno carece ya de toda relación con la naturaleza. La juventud hace excursiones, sale, cultiva los

deportes de la naturaleza, ensaya mil expedientes para llegar a adentrarse en ella y sus secretos. Pero mientras más diligentemente se esfuerza y con más ahinco se afana, más lejos le queda la naturaleza. Al muchacho proletario le falta también para llegar a ella la disposición anímica necesaria, disposición que le niega su mundo, su vida; le falta la varita mágica sólo a la cual es dado abrir la maravilla deseada del sésamo.

El comercio con la naturaleza fué para los hombres de los tiempos antiguos una especie de culto religioso. Ellos, para quienes la prosperidad y la ruina dependían de la fertilidad del suelo, de la benignidad del tiempo, del buen resultado de la cría de animales, librados al amparo de las fuerzas naturales, veían en el producto conjunto de su trabajo y de la naturaleza la bendición divina. Como dejaban toda responsabilidad al cielo y confiaban su alma a la merced de una fuerza omnipotente, gozaban de una fe y una seguridad maravillosas, de una paz hondamente deleitable.

La desdivinización de la naturaleza, con toda la impiedad que lleva la investigación aguijada por el ansia de riquezas, el reintegrar sus fenómenos a la seca legalidad de fuerzas físicas susceptibles de número y medida, fué obra de la ilustración capitalista.

Con trampas y fusiles, telescopios y microscopios, bisturíes y retortas, la Física, la Química, la Zoología, la Botánica, la Biología, la Fisiología, la Geología y todo el enjambre de sus ciencias auxiliares penetraron en las maravillas más íntimas de la naturaleza. Se apuraron todos los secretos, como dice Marx, en el sorbo glacial de su conocimiento. Pero apenas se arrebataron todos sus tesoros a la naturaleza, apenas las fuerzas naturales fueron puestas al servicio del lucro, la burguesía, violadora de todos los sagrarios divinos, se hizo otra vez piadosa, se hizo otra vez devota. Y al mismo tiempo que imponía su autoridad sobre el pueblo, arrancándole de granjas y corrales para utilizarle en sus fábricas como

instrumento de producción, reunido bajo su férula, se aseguraba la permanencia de su posición con la autoridad suprema del cielo, sellando sus paces con la Iglesia.

Pero el racionalismo se había infiltrado, contra su deseo, ampliamente en las venas del pueblo, corroborando su opinión sobre las relaciones entre las autoridades celestes y terrenas. A esto hay que añadir que el obrero industrial moderno ya no tiene por qué contar, como el antiguo pastor, cazador, pescador o labriego, con las fuerzas de la naturaleza como factor inmediato de su bienestar material. "Trabaja en una fábrica y su relación con las fuerzas productoras, así como la que le une a la sociedad, es al fin y al cabo, si no muy fácil de concebir, sí por lo menos concebible racionalmente. En las fábricas y talleres modernos todos los misterios se han desvanecido. Para el proletario moderno, las fuerzas del destino ya no quedan fuera de toda comprensión concebible, en una oscuridad misteriosa; bien al contrario, le resultan inteligibles claramente, humanas, vulgares. El patrono es el dueño de los medios de producción, lo cual le pone en circunstancias de explotar a los trabajadores. Ningún juego mítico de fuerzas oculta este hecho. Y como, en sus relaciones con la producción, el obrero no tiene ninguna razón fundada para creer en causa sobrenatural, por eso no cree en ella" (Broda-Deutsch).

Porque la religión no brota ni de la naturaleza externa de las cosas en torno de los hombres, ni de la naturaleza interior del hombre mismo; no es cosa alguna revelada, ni cosa tampoco natural-humana: es, pura y simplemente, negocio económico-social.

La disposición anímica del hombre para la creación de representaciones religiosas procede, a la vez, del sentimiento de menorvalía surgido tan luego como se hizo sentir menorválidamente la eficiencia del hombre en el seno de la sociedad. Para compensar esa menorvalía los hombres buscaron ayuda y protección en las ánimas y espíritus de los difuntos. La primera comunidad religiosa se encuentra en esa fe común en

la ayuda de los espíritus, que más tarde se amplía con el culto y veneración a un ascendiente prestigioso (patriarca). Mediante los tratos culturales, las oraciones, los sacrificios, trataba de conciliarse la gracia del poder al que se transfería la responsabilidad de la existencia terrena, muchas veces insoportable. Los hombres, que ya no veían en sus semejantes más fuertes o de mayor capacidad de trabajo hermanos dispuestos a la ayuda, sino únicamente concurrentes ansiosos de presa, se hostilizaron entre sí, haciendo alianza con los entes de clase superior que su espíritu necesitado de ayuda había sacado de la nada. El primer momento determinante del origen de las religiones lo constituye, por tanto, esa fuerte adhesión a su puestas fuerzas sobrehumanas, para defenderse contra el ataque de grupos de hombres socialmente privilegiados; ese desvanecimiento de la confianza en sí mismo, provocado por la debilidad, y una exoneración de la propia responsabilidad, que viene a ser transferida precisamente sobre aquellas fuerzas sobrehumanas. Por consiguiente, la religión ha venido siendo hasta hoy el refugio ideológico de todos los pobres y oprimidos, que en las múltiples aflicciones de la vida no supieron encontrar ni otra solución consoladora ni otra ayuda mejor.

El proletariado cree hallarse en el camino de esa solución y de esa ayuda mejores. Ha descubierto su situación clasista frente a la burguesía, ha emprendido la lucha de clases, ha desarrollado su propia ideología clasista. La religión en ella, como expresión de debilidad, de temor, de sentimiento de menorvalía, de inseguridad de vida, no tiene sitio alguno. El proletariado lucha por una comunidad que represente la manifestación del ánimo, de la energía, de la conciencia del poder, del sentimiento de plenavalía, de la seguridad de vivir. Y esta comunidad nueva espera encontrarla en la sociedad socialista.

La conciencia religiosa —eclesiástica— del presente se halla, pues, representada de un modo esencial por la burguesía. Ser devoto es algo —un vestido anímico— pasado de moda. En la urbe, al igual que en los centros industriales, donde pre-

domina el proletario puro, se pone de manifiesto palmariamente que la mayoría de los creyentes que asisten a las iglesias, la mayoría de los fieles, proceden en masa preponderante de los sectores de la pequeña burguesía. Sólo entran proletarios dentro de ese número en la medida en que, por su extracción mesócrata —pequeño-burguesa—, por su carácter y tipo mental, aún no se han emancipado y superado interiormente. “No existe una conciencia de piedad cristiana —eclesiástica, más bien— compatible con un pensar específicamente proletario-socialista”, hace constar Günther Dehn; y añade: “Mientras más burguesoide es una profesión, más benévolamente se comportan los que la ejercen con la religión; mientras más proletaria, más apartada es, o se siente, de todo lo religioso. Todos los oficios en los que exista una posibilidad, aunque sólo sea perceptible, de emancipación futura, tienen alguna tendencia favorable a la religión, hecho acusado en grado máximo en los panaderos y reposteros, al contrario de los zapateros, de antiguo propensos al radicalismo. Los albañiles, radicales según se sabe en política, son por de contado refractarios a la religión.” Hace treinta años, cuando Gohre trabajaba en una fábrica, decíanle los obreros: “La religión sólo se sostiene aún para tener amedrentado y sometido al pueblo”, o “La Iglesia no es más que una institución política bien ideada para embrutecer a las gentes.” Finalmente, a la cuestión de por qué se enseñaba la resurrección y el encuentro ultraterreno, respondían: “Para que los hombres sigan lindamente siendo tontos y continúen contentos”. En los treinta años transcurridos desde entonces, naturalmente, se han aclarado todavía un poco más las cosas en la cabeza de los proletarios; para muchos, la religión hoy ya no es siquiera objeto de odio y de guerra: es —según pronosticó Engels—, algo así como un cohete inerte, abatido por su propio peso y sencillamente inútil.

Sobre el alma del niño proletario se proyectan todos los reflejos de su medio social. Este medio, en incontables casos, significa irreligiosidad. Y así, el niño proletario se encuentra

frente al mundo religioso del presente, sin una relación viva con él, sin una tradición piadosa, sin una participación íntima. Queda fuera de la comunidad, que representó para la juventud, para las generaciones del pasado, manantial de ahondas condiciones vitales y de seguridad intensa de vida.

El pastor (sacerdote) Günther Dehn ha pretendido descubrir la constitución religiosa de la juventud proletaria de las grandes ciudades, mediante una encuesta hecha con 3.600 niños y niñas de Berlín, cuyos padres correspondían a toda clase de oficios conocidos, habiendo llegado a las siguientes conclusiones: El influjo religioso del hogar es, en general, defectuoso en cuanto a sus efectos. La enseñanza religiosa en las escuelas la juzga con el máximo escepticismo. ("Todo esto no son más que boberías y desatinos.") Le parece singularmente abominable el aprenderse de memoria los textos y tener que recitarlos a la letra ("¿Religión esto? ¡Bendito sea Dios! ¡Aprender de memoria cada trozo de catecismo, y luego, todavía el machaqueo!") La enseñanza catequística preparatoria de la confirmación¹ apenas si deja huella alguna ni produce efecto de ningún género. La confirmación, aunque constituye un suceso y un día destacado, sólo en muy escasa medida obra como vivencia religiosa, particularmente entre los niños. Las niñas son aún más efusivas, pero sus manifestaciones de conformidad y emotividad llevan un sello sentimental harto ñoño y sensiblero para que puedan tomarse en serio. Con respecto a la frecuencia del culto y de la Iglesia, la juventud proletaria se muestra unánime en el parecer de que no tienen objeto alguno. Encuentra a la Iglesia completamente desplazada de su ambiente. ("¡Le resulta a uno tan chocante encontrar una iglesia en medio de Berlín!") Todos son a hablar mal del cura. ("El cura predica porque se lo exige su profesión. El mismo no cree absolutamente nada de lo que está diciendo.") Desapareció la antigua relación existente entre la Iglesia y el pueblo. Es evidente que esta ju-

¹ Como la de la comunión en los países católicos. (N. del T.)

ventud desentendida de la Iglesia, lo está también de la religión. En todo caso no ha podido comprobarse en la juventud algo que se asemeje a un rasgo de evolución religiosa, en el sentido de progreso. Ni se percibe que exista relación subjetiva alguna con la personalidad de Cristo, entre los muchachos ni entre las muchachas. Las cuestiones estrictamente cristianas no preocupan a la juventud íntimamente, en absoluto. Algunas muchachas rezan aún; pero para los chicos, en su gran mayoría, eso se ha terminado. La creencia en Dios es en ellos un reconocimiento de la imperfección y debilidad humanas. La conclusión final de la encuesta dice así: "El cuadro religioso de la juventud proletaria de la gran ciudad es un completo desastre. Esto lo muestra la falta de progreso religioso gradual de una edad a otra, lo muestran los elementos de descomposición que todo lo invaden, lo muestra por último el patrimonio del clero, paupérrimo. Para la juventud está fuera de dudas que la religión ha cesado de ser un poder decisivo en la totalidad de la vida. Y, sin embargo, no se trata de una juventud incapaz (de religión) en modo alguno; lanzada muy tempranamente al rigor de ganarse la vida, trabaja y aprende e incluso busca a su manera rendir honradamente su tributo vital. No es que se halle desprovista de intereses espirituales, muy al contrario, se afana seriamente por resolver toda clase de cuestiones sobre la vida y el mundo. Tal es la juventud moderna del proletariado".

La pérdida de la religión es más que nada vista en conjunto un síntoma solamente del trastorno que existe en la vida actual de la comunidad humana. Se corresponde con los fenómenos de descomposición y ruina de todos los demás sectores de esta cultura burguesa, y brota de una sola y misma raíz. En primer término, representa algo negativo; al hombre se le ha perdido algo, echa de menos un asidero interior y acaso también externo, se advierte débil. De ahí que la falta de relación religiosa, el desligamiento de la Iglesia y separación de cierta comunidad, sean, en numerosos casos, elemento propicio para despertar por vez primera el sentimiento

de soledad, desamparo e inseguridad, y acrecentar la flaqueza y sentimiento de minorvalía. Pero si el hombre trueca esta pérdida por algo mejor y más plenamente valioso, entonces el apartamiento de la religión puede representar para él un gran beneficio y progreso.

Se plantea el problema de si el niño proletario se encuentra en esas condiciones y puede sacar partido de esa pérdida, compensar ventajosamente la falta de religión. La educación le prestará en este respecto excelente servicio.

La primera etapa educativa del niño proletario transcurre en el seno de la familia. Aunque la familia, para la parte más progresiva del proletariado, representa una institución periclitada hace tiempo, tanto interna como externamente, sin embargo, existe aún, funciona todavía, aunque ¡con qué resultados!

Un examen histórico de las formas generativas de la vida nos demuestra que la familia pertenece a las modalidades más antiguas de comunidad organizada; procede de uniones consanguíneas (parentesco), realizadas cuando la productividad naciente del trabajo llevó a la institución de la propiedad privada y en conexión con ella a una completa transformación de las condiciones de vida. La familia ha seguido todas las fases del progreso humano, desplegando en cada una de ellas las formas que correspondían al imperativo de los tiempos. Durante el período feudal, la familia era patriarcal y numerosa; con el advenimiento del capitalismo se transformó en un pequeño núcleo. El sentido miope del indocumentado en la historia del progreso y de los pueblos creyó que este pequeño núcleo familiar era algo que respondía a la naturaleza permanente del hombre, que desde un principio la comunidad vital de los hombres había decretado tal forma, y que desde el presente, y para toda la eternidad, había de seguir siendo lo mismo. En realidad, el pequeño núcleo familiar de nuestros días es sólo la última preferible de las mo-

dalidades familiares históricas, es la forma de familia de la pequeña industria correspondiente al sistema de producción labradora y al artesanado. Como tal forma, en la época de su florecimiento, tuvo el sentido de una comunidad de trabajo, de economía, de vida y de educación, pasando por cuna de toda la cultura social. Su persistencia, que es un efecto de la propiedad privada, depende a la vez en lo más íntimo de otra consecuencia de la propiedad privada también, cual es el matrimonio, el que encarna —según hemos visto— una medida social de protección en favor de la madre y del niño, medida necesaria dentro del cuadro y época de ese sistema económico.

La familia presta al niño que se encuentra baja su tutela y protección el necesario sentimiento de confianza y seguridad. “Dentro del círculo estrecho de usos y costumbres especiales en que han sido educadas generaciones tras generaciones, el individuo se movía en el seno de la familia, siempre como al abrigo seguro, como si se hallara entre muros y trincheras que contenían todos los ataques del exterior. Desde la cuna al sepulcro, la comunidad familiar le acompañaba con su simpatía, le mostraba el camino por donde tenía que ir. Las canciones que cantaba, las fiestas que celebraba, los trajes que vestía, los santos a quienes rezaba, los enemigos que combatía, todo se lo prescribía la comunidad en cuyo seno se criaba. Ella pensaba por él y velaba por él, para que no tropezara ni se desviara del camino recto. Le acompañaba durante sus viajes por el extranjero, por lo menos en espíritu; en dondequiera que se hallaba y a dondequiera que iba seguíanle las imágenes, los hábitos, los usos, que le habían inculcado desde la niñez, al igual que a sus padres y abuelos, como artículo de fe. Le seguían los recuerdos de su infancia, mil vínculos de afinidad y parentesco le rodeaban dondequiera que fuese” (Sombart).

Con el capitalismo se ha iniciado una nueva era en la economía. Ha cesado de existir la producción privada para el sostenimiento de la casa. La pequeña industria ha quedado desplazada y vencida por la manufactura en gran escala. El

campesino se ha convertido en productor de mercancías, y el artesano se ha hecho obrero de fábrica. También la mujer ha sido esclavizada al salario.

La familia existe aún, es cierto, pero ¡qué cambiada! Existe como residuo final de un proceso de descomposición y disolución; ella, que fué en un tiempo recipiente de vida fructuosa de comunidad, campo abonado de cultura, y semillero ideológico, ya no es más que cáscara, corteza, forma forzada que sobrevive. Del mismo modo que ha perdido sus funciones económicas y sociales, tampoco puede ya cumplir su misión educativa. El proceso de la producción se ha desgigado de ella, la comunidad vital está destruída, la economía familiar privada consume por su atraso y costo demasiadas energías, tiempo y dinero; al niño se le mantiene en general apartado de la creación productora, así como del proceso de la economía; la vida, en la angostura y pesadez pequeño-burguesa de la familia, hace al hombre mezquino, pusilánime, egoísta, apagado. De modo que la familia, tal como es en su constitución actual, ha venido a convertirse en guarida de apocamiento y estrechez de miras filisteos, en semillero de egoísmo miope, en último reducto de pensamientos e ideas reaccionarias. No sólo porque, misonéista, rechace sistemáticamente todo lo nuevo, sino que constituye el más grave obstáculo de todo progreso social, la rémora más seria de todo avance revolucionario.

Como falta el vínculo de trabajo y de vida común entre padres e hijos, éstos se han convertido en seres extraños unos para otros. De 1.514 niños de 32 escuelas municipales berlinesas, sólo 614 comen a mediodía con el padre, 658 hacen juntos con él únicamente la comida de la noche; por la noche, después de concluída la jornada de trabajo —diez, doce o más horas junto a calderas encendidas y máquinas estruendosas, en medio del polvo, el estrépito, la temperatura nociva y circunstancias ingratas—, cuando regresa a su casa fatigado, agotado, nervioso o de mal humor. No tiene muchas ganas de hablar, ni pensar, y menos de divertirse con sus hijos; nece-

sita quietud, sosiego interior y exterior. Sin contacto en todo el día con sus familiares, sin un minuto de tiempo ni ocasión para estar con sus niños, de charlar y jugar con ellos, de observarlos y estudiarlos, su disposición, a la verdad, no es la más apropiada para poder actuar educativamente. No teniendo ni un solo camino para llegar al corazón de su hijo, mucho menos podrá encontrar gusto en pensar seriamente sobre cuestiones educativas. A la mañana siguiente le reclama de nuevo la fábrica.

Otro tanto sucede con la madre. También ella abandona muchas veces hogar y familia para prestar un trabajo servil, al precio que sea, en cualquier fábrica; para asistir al gobierno de casas ajenas y de éste o de otro modo de ayudar a las cargas familiares propias. Abrumada de un triple o cuádruple peso de trabajo, reclamada por las exigencias de su marido e hijos, esclavizada al gobierno de la casa y entregada sin resistencia, como su compañero masculino, a la explotación industrial, la mujer se cuenta entre las criaturas humanas más vejadas y dignas de lástima. En Alemania hay cuatro millones de mujeres, en números dedondos, dedicadas a la industria, es decir, que de 10 a 12 millones de niños carecen prácticamente de madre, habiéndoles sido robada por el trabajo la asistencia cuidadosa y fiel guarda de su alegre compañera de juegos, de la educadora de su espíritu; 10 ó 12 millones de niños que no tienen un hogar agradable ni juguetes, que no tienen calefacción ni vestidos limpios, ni comidas en común regulares, que no tienen, en fin, asistencia en los muchos cuidados y necesidades que agitan y oprimen a un corazón infantil. Perdieron la antigua familia, aquel regazo cálido y de seguro resguardo y educación; y no ha surgido todavía una vida nueva de comunidad que pueda suplirles esa pérdida, interior y exteriormente. Y así, entre dos mundos, entre ruinas de un lado y gérmenes de otro, se encuentran sin sostén ni favor, sin protección, faltos de la mínima seguridad de vida. Están como

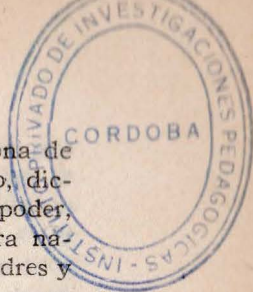
pájaros sin nido, que habiendo perdido a sus padres caen desamparados, víctimas del primer peligro que les sale al paso.

Cierto es que no todos los proletarios se encuentran, punto por punto, en todas y cada una de las circunstancias tan tristes que se han mostrado en esta exposición sumaria y de conjunto; es cierto también que un sector, relativamente considerable de entre los padres proletarios más avisados e instruidos, se esfuerza lo más honrada y celosamente que puede por dar a sus hijos una educación tan excelente y progresiva, tan socialista como se lo permiten las circunstancias de tiempo y de lugar. A pesar de ello, el beneficio para el niño resulta siempre harto problemático. No tanto ya porque las circunstancias objetivas de actuación favorable alcanzan estrechas barreras a los mejores deseos y aminoran el buen resultado, sino más que nada, porque hasta las capas proletarias más avanzadas viven hoy totalmente encerradas en hábitos mentales e ideas pequeño-burguesas. Punto central de estas ideas y hábitos mentales es el principio de autoridad. La autoridad es el precipitado ideológico de la realidad social que llamamos posesión privada. Mientras exista esta clase de posesión que permanece unida a una persona, la cual puede justificar mediante títulos legalistas de propiedad, fuerza de disposición y usufructo, y facultad representativa con relación al objeto poseído; mientras la sociedad, ante esos títulos, otorgue a tal persona el respeto de su reconocimiento, estima y protección, la autoridad será la expresión ideológica de la relación existente entre posesión y desposesión, opulencia y miseria. Y como la sociedad regula las relaciones recíprocas de los hombres, todas, a tenor de los bienes que poseen, por eso también la posesión se reflejará ideológicamente en la autoridad, como relación entre los hombres, sobre todo en los tiempos presentes.

Análogamente a la posesión, que es disponibilidad sobre las cosas, se nos aparece el señorío, que es jurisdicción social sobre las instituciones y organismos, y la autoridad, jurisdic-

ción espirituanímica sobre los hombres. Pero posesión, señoría y autoridad no son otra cosa que miembros de una misma y única relación. En el dominio económico con la posesión se corresponde la desposesión; en el social, el vasallaje con el señoría, y en el dominio anímico, la autoridad supone el sentimiento de hallarse sometido. El déficit económico y social que se manifiesta en la carencia de bienes y en la opresión, al principio solamente es un hecho, pero este hecho, al ser apprehendido por la conciencia, provoca en ella hondos sentimientos; ya no sólo se está, sino que, además, se siente uno oprimido social y económicamente. Y es entonces cuando surgen los impulsos que hacen recorrer de regreso (y ahora conscientemente) el camino que lleva a la relación de las cosas, del que inconscientemente se había partido.

Por hallarse desposeído, el proletariado se encuentra sin autoridad frente a la burguesía. Pero su familia es una célula importante de la sociedad burguesa. En ella late la vida del conjunto social, y en ella actúan las leyes universales de la sociedad. Aunque sólo es una representación de la familia pequeño-burguesa trastornada y en progresivo estadio de descomposición, ante los ojos de la burguesía basta esa cáscara, que a duras penas se le sostiene, para hacerla pasar por una familia verdadera. A través del microcosmos que ella constituye, la cultura social actúa sobre el individuo y especialmente sobre el niño. Y como se trata de una cultura de adultos y además de una cultura masculina, del padre de familia hace su representante y abogado. El encarna, en el pequeño reino familiar, la misma autoridad que en la sociedad encarna el burgués. Como su factor económico principal, su sostén y tutor, aquél se da cuenta de que la familia está materialmente en sus manos, y esto le da una preponderancia todavía más destacada. El es, además, ante las autoridades administrativas, el responsable por toda la familia. De este modo su sentimiento de valer se ha transformado en sentimiento de poder, quedando legalizado como tal. La tradición y la costumbre concurren a este mismo efecto en su ayuda. Y todo hace que



el padre aparezca en el reino de la familia como persona de respeto y última instancia, juez y ejecutor del derecho, dictador o tirano. Si llega a compartir con la madre el poder, esto será cuestión de sus relaciones personales, de mera naturaleza privada, y no de causas sociales y jurídicas. Padres y madres se han formado dentro de un concepto del mundo, cuyo punto de apoyo era la autoridad. Ellos han tenido también que obedecer, fueron castigados, sufrieron opresiones y violencia para llegar finalmente a adquirir personalidad completa. Unos quedaron blandeados; su sabiduría vital suprema consiste en que "no se puede meter la cabeza por la pared", que precisa que haya autoridades, que las empresas tienen que tener patronos empresarios; el Estado, una superioridad; las organizaciones, un caudillo. Otros se sublevaron, yendo a dar, por la conciencia y el orgullo clasista, en el camino del movimiento de protesta, de la lucha de clases. Pero éstos tampoco hacen uso de sus mismos principios revolucionarios en el seno de la familia, pues la única posición de superioridad que aún les queda es el ser cabeza de familia con derecho de mandato y castigo. De este modo, las relaciones entre padres e hijos son una imagen exacta de la relación superior-inferior, encimadabajo, que encontramos en todo el mundo de la cultura presente.

En la educación no hay voluntad ni realización alguna, sin que exista un educador, que merced a su autoridad se encuentra sobre los niños. El es el sujeto, el niño el objeto de la obra educativa. El manda, el niño obedece. El exigirá obediencia y gratitud, el niño está obligado a otorgárselas. El se asemeja al acreedor, el niño al deudor. Frente a toda denegación hecha por parte del deudor a las reclamaciones del acreedor, se responde como ante una negativa o resistencia de pago hecha de mala fe; todo incremento de los derechos del niño se toma como menoscabo o lesión en los derechos del educador. Por esto el educador se ha hecho fuerte, ha rodeado su autoridad como por una verdadera trinchera de garantías, prescripciones, órdenes, reglas de conducta, mandatos, prohibicio-

nes, controles, admoniciones, represiones, violencias, castigos. Y ¡ay del niño que se atreva a traspasar esos límites!

La creencia en el poder de la autoridad, la perpetua tirantez anímica ante el superior, se les ha infiltrado al burgués y al obrero en el cuerpo y en la sangre de tal modo, que no pueden en absoluto concebir y representarse otra ordenación recíproca de los hombres que no sea la orientada en el principio autoritario. Consciente o inconscientemente el obrero sigue arrastrando consigo las cadenas de su vasallaje. “La masa de los trabajadores —así dice un *Boletín de los Grupos Comunistas Infantiles*— está corrompida intensamente todavía por sentimientos y pensamientos burgueses.”

Es cierto que el viento revolucionario de la lucha de clases ha desalojado ya mucho polvo y moho de las mentes proletarias, pero apenas si ha penetrado hasta el momento presente en el círculo de las relaciones familiares. En él impera aún, harto ilimitadamente, el poderío paterno. Por cierto que, de cuando en cuando, esto produce choques violentos entre las generaciones viejas y las nuevas. En tales casos los padres descargan toda su superioridad física y económica en el platillo de la balanza. “¡Tú, mequetrefe! —suele decir el buen padre entonces—. ¿Me quieres dar lecciones a mí? ¡Como si alguna vez hubieras hecho algo de provecho! ¡Como si hubieras ganado alguna vez el dinero que gastas!” Y en muchas ocasiones termina así el altercado: “Cuando te mantengas por tu cuenta, entonces puedes hacer lo que quieras; pero mientras te sientes a la mesa de tu padre tienes que hacer lo que a mí me dé la gana. ¡Y hemos terminado! Si no, ya verás tú...” Los padres proleatrios que se conducen de semejante modo con sus hijos, aunque no lleguen en todos los casos a una actitud tan drástica y brutal, no obran mejor que el capitalista logrero que se aprovecha de la dependencia económica de los trabajadores para someterlos a toda clase de molestias, vituperios y vejámenes. El resultado de todo ello es que también el niño proleatrio se apropia este proceso mental de la explotación burguesa, y después, por su parte, cuando

llega a ganarse por sí mismo la vida se revuelve contra sus padres con toda su fuerza material y económica. Los padres se asombran entonces de la perversidad e ingratitud del hijo, sin pensar que fueron ellos mismos los que sembraron en él la semilla de esta posición vital violenta, por cuanto le tuvieron oprimido por su superioridad corporal y económica.

Es un hecho probado por la experiencia que mientras más oprimido se encuentre el hombre, más fuertemente lucha por compensar esa opresión. El proletario moderno está avasallado en todas partes con dureza máxima: en el taller donde trabaja, dentro de la organización social y política, por las leyes y las autoridades, como soldado, como contribuyente, como miembro de un partido. En todos los sitios se le da a entender más o menos claramente que él no es nada, no sabe nada, no puede nada, no vale nada y no tiene que decir nada. En todas partes se le humilla, se le veja, se le hace sufrir, no permitiéndosele otros papeles que el de pagano, mirón, pordiosero, bestia de carga y víctima a la que van a parar todos los golpes. Cuantas circunstancias le afectan, influyen en él deprimientemente, le rebajan, le empequeñecen y privan de importancia. Su sentimiento de valer, clama, literalmente, por exaltamiento, consideración y mayor aprecio. Pero no le queda otro campo de acción más que la familia. Aquí crece y se yergue su sentimiento de señorío, su prestigio; aquí él, que todo el día estuvo siendo esclavo, máquina, número, vuelve a ser hombre, esto es, valor, calidad, autoridad. "En parte alguna es uno nada, ni cuenta para nada —exclama desesperado—, de modo que si tampoco en su casa va a significar nada delante de esos chiquilicuatros, no sé para qué sirve vivir..." De esta manera el proletario se hace fuerte en su último reducto —la familia—, después de haber perdido todo, tierra y solar, oficio, profesión, taller, absolutamente todo, y en ella desempeña su papel de pequeño dios omnipotente, o, por lo menos, de varón fuerte, de autoridad.

Ahora bien; esta autoridad del padre, y también igualmente de la madre en su lugar, representan, hoy por hoy, el

fondo de la educación doméstica. La autoridad actúa por todo un sistema de medios en cuya cima está el mandato. Por inmediata afinidad, éste recibe en caso necesario auxilio y refuerzo de la imposición, la violencia, el premio o el castigo. Siempre se ve como finalidad, la incondicional sumisión, la renuncia el niño a hacer valer la voluntad propia. Tal es la imagen con que aparece ante nosotros una educación que, en base a la esencia burguesa, es casi por completo, en nuestros días, la educación del niño proletario.

Al hogar sucede la escuela; al padre, el maestro. Viene ahora la autoridad con su gesto de poder político, frío, codificado, dominador. Ella es factor y órgano de esa potencia oscura y molesta que, acogida siempre como extraña y hostil, se entromete en nuestra vida invadiéndola, arrogándose importancia, ordenando, amenazando, castigando, dominándonos y sin soltarnos nunca de sus garras, controlando cada uno de nuestros pasos, sopesando y registrando en sus libros cada uno de nuestros actos. La encarnación de esta autoridad en la escuela es el maestro.

Si el padre todavía era un semejante para el niño —aunque el más respetable ante sus ojos, el de más autoridad, el de mayor experiencia—; si, a pesar de toda distancia, estaba confiado y ligado a él íntimamente, como muy cercano a su corazón, el maestro ya es un extraño, un funcionario accidental, representante de una relación que se ha establecido de modo mecánico, constructivo, y no orgánicamente. “En donde comienza el funcionario —dice Oscar Wilde— acaba el hombre.” Procedente, por su extracción social, de la pequeña burguesía y del bajo funcionariado que, con exiguas fuerzas vitales, vegeta semiparasitaria, semiproletariamente, en turbia carencia de principios, con un bagaje espiritual mantenido artificialmente por debajo del nivel mental de la burguesía científicamente culta, desatendido materialmente, y con tanta penuria que la mayor parte de su interés y de sus energías vienen

a quedar absorbidos por los problemas de subsistencia, cálculos sobre el porvenir, posibilidades de trabajos auxiliares e ingresos complementarios —agobios que restan amplitud a su personalidad—, el magisterio representa hoy, junto a la policía y la burocracia, la protección y sostén más importante del estado político. Y precisamente al lado de la burocracia y de la policía queda, a pesar de su importancia, relegado a un orden jerárquico subalterno. Sabido es que las autoridades subalternas son las que mayor necesidad sienten de darse a valer, de arrogarse importancia, especialmente cuando en este camino no tropiezan con un obstáculo serio. En este respecto, la escuela es un campo ideal para el imperio del autoritarismo.

La escuela tiene a su cargo la misión triplemente destacada de educar a la descendencia de la clase sometida en el respeto a la clase dominadora y a su organización económica y política. Esta misión la comparte con la fábrica, la delegación de policía y el cuartel. No es, pues, un azar que la escuela muestre una sospechosa semejanza de caracteres con el cuartel, la prisión y la fábrica. Pero es que también existe esa semejanza en su organización, en su marcha, en su espíritu. “Nuestras escuelas —dice Tews— están demasiado burocratizadas, son demasiado policiales. No se interesan por aquello que mueve el corazón del niño, mucho menos todavía por lo que los padres sienten y opinan. Por eso, con harta frecuencia, la escuela es miembro muerto en nuestra vida cultural. Son millares, innumerables, los niños que le vuelven la espalda tan pronto como han cumplido su obligación escolar, sin un sentimiento de gratitud en el corazón, lleno, por el contrario, bastante a menudo, de amargo rencor... Cuando el “recluta escolar”, para usar de este término militar odioso, pisa el umbral de la escuela de mano de su madre, empieza ya por tener que esperar, acaso, horas y horas en el pasillo, hasta llegar a matricularse. Anotado su nombre en la lista, se conduce al niño a su sitio, la madre le dice adiós y la instrucción comienza. ¡Qué inhospitalaria y apoética se le aparece al niño la escuela! Del mismo modo anodino acontece la separación al

cumplir la edad escolar. Es menester que la escuela deje de ser una oficina de policía.” El pedagogo Brautigam, de Brema, otro hombre de escuela, escribe: “Permítame ahora conducirle a una especie de correccional de los tiempos presentes. Le extrañará a usted su título: se llama «la nueva escuela»... Sí, la escuela moderna tiene realmente un parecido extraordinario en cada una de sus actividades vitales con un correccional... Bastaría con que a los presos les permitieran leer. Bastaría sólo que los que arrastran grillete tuvieran tan embotado el cerebro que se olvidaran de su falta de libertad como de una afrenta.” Y en otro lugar: “Hay establecimientos docentes que, a juicio de las autoridades, están excelentemente dirigidos e incluso se consideran escuelas modelo, en las que, por así decirlo, no falta ni una tilde, y que, sin embargo, están podridas internamente. No se cultiva en ellas para nada la libre humanidad de sus alumnos, el entusiasmo hacia todo lo grande y bello, sino que allí impera el adiestramiento mecánico, la ciega sumisión, el dogma rígido de la autoridad, la vigilancia policiaca”.

El adiestramiento y el ejercicio mecánicos asfixian toda vida autónoma del espíritu y del alma. Todo lo que significa movimiento libre y propio está castigado. “El rodillo apisonador de la máquina escolar —dice Anita Angspurg— gravita como una montaña sobre el muchacho, destruye su originalidad individual, quiebra su carácter, blande la fuerza de su voluntad, le amolda al término medio, oprime la vida de su espíritu en la dirección unilateral prescrita, produce únicamente mercancía mediana para la explotación en masa de la inmensa grey lanuda que se llama el pueblo, que es el objetivo único, la sola finalidad ambicionable que se tiene presente. La adaptación mejor a ese fin político se paga con distinciones y ventajas materiales. Cuídese, lo más posible, de hacerle pavoroso al muchacho todo apartamiento de la norma. Pequeños solitarios, entran en la escuela llena de profunda especulación, de meditaciones filosóficas, de pensamientos individuales; ya

en el *Kindergarten* se les iguala unos a otros; al acabarse la edad escolar salen todos como botones de uniforme."

Quien realiza esta obra es el maestro, producto él mismo de un adiestramiento militar. Su profesión, toda, transcurre entre los mandatos de un reglamento descabellado. "Les está prescrito el número de lecciones que tienen que dar, las materias que han de enseñar; les están reglamentados los intervalos de recreo, la cantidad de páginas que han de leer, a veces hasta distribuidas y delimitadas exactamente por párrafos; el libro de estudio que tienen que utilizar, el plan de trabajo, los signos de abreviatura, los medios de castigo e innumerables medidas de orden y de disciplina escolar, disposiciones que llegan hasta el ínfimo detalle y que son tan numerosas que hasta los maestros más experimentados no aciertan a orientarse entre ellas" (Brautigam). Atado de pies y manos, encarrilado y enfrenado, con anteojeras y carlanca, bajo el hambre y el látigo se coloca al maestro al frente de la escuela. Y en ella él, hombre amenazado, acosado, oprimido de la autoridad por todas partes, ve de pronto el modo de compensar su inmenso sentimiento de menorvalía, hacia un sentido único, en su posición con los niños. Pocos son los que pueden contenerse de utilizar esta salida, cuyo resultado es el engreimiento hipertrófico, los pujos autoritarios, el tono de *dómine*.

La autoridad del maestro se yergue cuanto puede, se siente a sí misma, paladea todas las fruiciones de la dominación y se precipita sobre su víctima, el niño.

En las actividades escolares es donde celebra tal autoridad verdaderas orgías. Sólo se escribe, se lee, se calcula y aprende cuánto, cuándo y cómo el maestro ordena; sólo se habla si el maestro lo permite; sólo pasa por correcto lo que el maestro, como tal, aprueba; sólo es válido lo que encuentra su asentimiento. El maestro es medida y norma, juicio y ley. Su saber sobrepasa todo saber, sus actos son modelo y ejemplo, su voluntad no admite réplica.

Reina en la escuela como rey en su reino. Es infalible como el Papa. Desde su trono preside el orbe como un dios omnipotente.

El maestro ordena, el niño obedece. Lo que el hogar comienza con diletantismo inicial, la escuela lo continúa con sistema y con rutina. Del niño modoso se hace el escolar dócil, el alumno disciplinado. La docilidad, la obediencia, es la suprema de las virtudes escolares. "Obediencia primero; después, afecto", tal es la divisa que todo lo señorea. Este afecto, naturalmente, es un afecto oficial, un afecto prescrito oficialmente. Algo así como la religión de misa de campaña en el ¡Rodilla en tierra! Todo discurre en la escuela dentro de la alambrada espinosa del reglamento. Todos los pensamientos visten uniforme. El mismo aire huele a cuartel. Si se resuella un poco fuerte llueven los golpes. Resultado de esto: el encanallamiento.

En las universidades y escuelas superiores reina una atmósfera más amistosa y apacible. El tono no es tan rudo. Los castigos corporales están proscritos. Se tiene a lo humano en mayor aprecio.

El pobre niño proletario, enfermo, despreciado, castigado, tiene, en cambio, que soportar sobre sus espaldas desmedradas toda la miseria de esas galeras brutales, arrogantes, odiosas, abyectas, que se llaman "educación", durante años y años terribles de su existencia atormentada. ¿Qué, no es así? ¿Quién tiene alientos para erigirse en defensor de esta escuela? Mirad al niño cómo jadea bajo el peso de la autoridad que amenaza anular su amor propio, todo su sentimiento de sí. ¿No es para sentirse avergonzado por las barbaridades de esa pedagogía del palo, que sigue siendo pedagogía del palo aun cuando no haya ninguno en la escuela? ¿Hay, acaso, sitio alguno en el mundo en el cual se vea la criatura humana tan infamada, tan humillada, tan ofendida; en donde se le haga tan sistemáticamente perder su dignidad, su orgullo, su confianza en sí misma, como en la escuela?

Siempre hay personas que necesitan pruebas. Pues bien,

dejemos informar a Fehr, maestro hoy de una colonia de mineros. "Por la mañana ya temblamos con los cuatro palos que recibimos en las manos por no saber el catecismo. Un maestro repartió 360 palos en un día. Yo tenía tres maestros. Uno sobre todo pegaba de firme; el segundo pegaba todavía más; el tercero era un bestia. Me dijo el maestro: «Aguarda, que te voy a dar... Vas a subir por las paredes». Los chicos llevábamos, de miedo a las palizas, calzones dobles a la escuela. Pero nos obligaban a quitarnos unos, nos hacían subir a un banco y manteniendo estirados los otros recibíamos golpes tan terribles que no podíamos menos de ulular con todas nuestras fuerzas. Teníamos hora y media de caminata para ir a la escuela. Cuando no sabíamos del todo la lección, ya íbamos llorando, muchas veces, de miedo, por el camino. Pero ¡pobres de nosotros si llegábamos algo más tarde de las ocho y media a la iglesia! Había un lugar aparte, en donde teníamos que permanecer de rodillas. Luego venía el pastor y nos conducía a la iglesia, y después la señorita a la escuela otra vez. En una ocasión en que me obligó el maestro a corregir un escrito, yo no pude sostener la pluma de miedo. Entonces fué y me dió dieciséis bofetadas, hasta que se me hincharon las mejillas, y además ocho palos en las manos. El maestro de la escuela siempre nos estaba riñendo. Nada más que enseñarnos alguna cosa, y teníamos que saberla en el acto, si no, llovían sobre nosotros los golpes. Al principio de ir a la escuela, yo nunca había oído hablar de deshonestidades, hasta que el cura me vino a todas horas con la pregunta: «¿Has hecho cosas deshonestas?» Entonces, poco a poco, fuí sabiendo lo que eran las «cosas deshonestas». A los diez años mi instinto sexual era muy fuerte, y una vez me propasé con una muchacha. Primero me dió el cura unos golpes terribles. Después me llevaron entre tres maestros, a rastras, a un despacho y me apalearon hasta levantarme la piel, de tal modo, que lleno de desesperación me arrojé por la ventana, que estaba en un segundo piso." "Cuando yo iba a la escuela, quité una vez todas las cañas de pegar que encontré en clase, las hice pedazos

y las lancé a la calle. Una señorita tenía siete en su pupitre..." Estos son unos cuantos relatos, nada más, de los miles que podrían aducirse. Añadiré únicamente el que sigue, porque muestra de un modo singularmente drástico los métodos inhumanos que arrastran de continuo al niño a su ruina definitiva. "Aunque yo comprendía todo fácilmente y siempre tenía el primer puesto de la escuela, sin embargo, todos los días llevaba mi correspondiente paliza. Lo mismo de parte del maestro que del cura. Este me golpeó de tal forma una vez con la Biblia en la cabeza, que rodé bajo el banco. Y por cometer la tontería de ponerle al pío señor un papelito a la espalda con la sentencia: «Si se enojara contigo tu hermano, no le perdonarás siete veces, sino setenta veces siete», me pegó hasta dejarme la piel amoratada. Después me dijo: «Yo quiero perdonarte si Dios te puede perdonar». Sin embargo, todos los días tenía que oírle que yo era un desalmado, digno del presidio y de la horca" (Aktion).

Es concluyente el resultado de una encuesta que A. Tesarek llevó a cabo preguntando a niños proletarios de diez a trece años, entre otras cosas las siguientes: "¿Cómo castigan en tu escuela? ¿Te castigan en casa? ¿Cuál es el castigo peor de tu vida?" Se comprobó que eran castigados el 50 por 100 de los niños. He aquí algunos de esos castigos: insultos, privación del recreo, postergación, poner de rodillas, estar en pie ante la clase, copiar y aprender textos de memoria, cartelillo de censura, falta de orden en la lista, emplazamiento. Mientras a los hijos de la clase burguesa sólo se les castigaba en un 2 por 100, la muchedumbre de niños proletarios mostraba toda la gama de sufrimientos de los castigos corporales. Bofetadas, coscorriones, tirones de pelo, puntapiés, palos en las yemas de los dedos, pellizcos, correazos, etc. Aparecían castigos extraordinariamente refinados, como sostener pesos en alto, lápices en los dedos, mantener las manos alzadas, etc., entre los más notables. "Estar en pie delante de los demás, no era tan malo como casi todos creían —cuenta un niño—; pero el es-

tar de rodillas resultaba tan insoportable que a veces me daba la sensación de tener las rótulas en las corvas. Con frecuencia se me entumecían las piernas." Todos los niños señalaban como el más duro castigo las palizas más o menos bárbaras, el permanecer de rodillas cinco horas y sin comer, el estar arrodillado sobre un rallador, sobre una esterilla, sobre carbón de coque, estarlo todo el día y sostener pesos en alto, hacer flexiones de rodillas una hora, recibir palos al mismo tiempo, quedar sin comer todo el día, etc. La encuesta permite entrever martirios atroces, que, no es menester decirlo, se hallan adscriptos a la vida del niño proletario.

La misma impresión concluyente produce la lectura de los relatos de castigos corporales que publica constantemente el *Boletín de los Grupos Comunistas Infantiles*. Por ejemplo, en la escuela municipal de Berlín número 102 fué maltratado brutalmente un niño por un maestro y otro colega, a causa de haberse negado a levantar un papel que aquél había echado al suelo de intento. El médico comprobó dieciséis contusiones procedentes del castigo y además los labios saltados y en sangre y un tremendo chichón en la nuca; la camisa y la chaqueta las tenía totalmente destrozadas. En la escuela Herrmann de Halle golpeó un maestro a una niña de once años porque, en clase de geografía, al ordenarles que mirasen hacia el mapa, había ella hecho un gesto travieso; la castigó de un modo tan brutal, que presentaba en la axila heridas de varios centímetros de longitud. En la escuela pública católica de Halle había un maestro que castigaba constantemente, a niños de seis años desnutridos y enfermos, de una manera desnaturalizada. A veces se advertían las equimosis, causadas a los niños por los palos, hasta llegarles a brotar sangre. Una madre denunció a este pedagogo del palo hasta quince veces, sin que se le hiciera caso. El Jena, los niños de una escuela supieron librarse de las palizas inhumanas de sus maestros poniendo en escena, con ocasión de una velada familiar a la que éstos habían sido invitados, una de las clases escolares con sus castigos, como las que en su escuela estaban a la orden del día, observando

con toda fidelidad la copia del natural, ante la estupefacción de todos los presentes. Cuando fueron prohibidos para la escuela los castigos corporales en Sajonia, por el ministro de Culto socialdemócrata, gran parte del magisterio se levantó en protesta contra tal medida. Un maestro apellidado Sack escribió en las *Leipziger N. Nachrichten* (13 de marzo 1924): "A cualquier borracho o zopenco, a cualquier pelagatos o malhechor, se le reconoce el derecho de castigo; basta con que muestre su título de padre, padrastro, tutor o preceptor, en general. Pero al maestro público, a quien el Estado formó cuidadosamente para su elevada misión y le preparó con todo esmero, al maestro nacional, se le privará de este derecho porque el programa del partido de izquierda radical así lo pide". Documento de cultura que refleja en todo su esplendor la estructura espiritual y moral del maestro medio de hoy.

Cuando hay fuerzas poderosas que oprimen con tal brutalidad la voluntad del muchacho y le tienen años y años entre cadenas que paralizan y matan, entonces hasta la más tenaz resistencia se quebranta y al cabo queda minada toda contradefensa del alma. En efecto, el niño viene a resultar empujado del todo, acobardado, asustado, aterrorizado, "escarmentado", como dice la palabra certera, y ya después, los mejores cuidados no servirán de nada para hacer resurgir el último resto exiguo de su sentimiento de personalidad, que se desvanecerá definitivamente. Adler indagó en los distritos proletarios de Viena qué cosa amedrentaba más a los niños, y obtenía esta respuesta unánime: los palos. Así, pues, el palo del castigo se alza siempre amenazador ante el niño proletario, hasta que, más pronto o más tarde, viene éste a convencerse por sí mismo de que es un ser inútil, un sin-provecho, un píllo; de que tiene que contarse entre los tontos, los incapaces e ineptos; de que su inutilidad es lo que constituye el carácter de su clase social; de que tiene que haber siempre jefes, tutores y amos; de que el dominio y el placer es la profesión celestial y terrena de los ricos y de que la servidumbre y el

soportar miserias es la suerte impresa por la naturaleza a los pobres.

Con esto, el sentimiento de menorvalía se convierte en dogal que encadena al joven proletario al yugo de su explotación.

La esclavitud social y económica tiene su perspectiva de perduración máxima en estar anclada del modo más profundo en el subsuelo misterioso del alma humana.

En resumen: los vicios de conformación y defectos orgánicos constituyen elemento apropiado en grado extremo para provocar en el niño sentimientos de menorvalía.

El niño proletario presenta proporcionalmente muchas más anomalías constitutivas y defectos orgánicos que el niño perteneciente a la clase burguesa. Se halla, pues, extraordinariamente expuesto al peligro de caer en sentimientos de menorvalía.

La descalificación y proscripción social pueden provocar los mismos efectos. En el niño proletario —y máximamente en el origen inmatrimonial— se pone esto de manifiesto de un modo evidente. Ello intensifica la inclinación a los sentimientos de menorvalía.

La acrecienta también toda pérdida real o supuesta de oportunidades de seguridad y de garantía de valer sufrida en el mundo vital circundante. En este sentido actúan sobre el niño su carencia de patria, su penuria de relaciones con la naturaleza, su irreligiosidad, su posición inestable dentro de la familia, en completa descomposición.

La acentuación del autoritarismo en la educación, y especialmente el rigor opresivo de la autoridad del maestro, asegurada mediante un sistema de castigos y empleos de fuerza, provoca directamente el sentimiento de menorvalía en el niño, y mucho más en el niño proletario, por hallarse entregado a esa autoridad sin restricción alguna y porque en su situación vital se suman y potencian todas las causas que despiertan, suscitan y fomentan el sentimiento de menorvalía. Por consiguiente, los fundamentos de la evolución psíquica están en las conmociones de la conciencia de sí mismo y con-

fianza en sí mismo, que se hallan condicionadas corporal, social o educativamente; en las limitaciones que sufre el esfuerzo por adquirir valer, esfuerzo natural, universalmente humano; en la reducción considerable de las oportunidades de seguridad; en los fracasos y desánimos y, como consecuencia de todo ello, en una valoración de sí mismo y del mundo circundante de tonalidad pesimista.

Todo esto, vertido en un sentimiento de menorvalía que le anega por completo, es el primer elemento constitutivo del alma del niño proletario.

II

DEFENSA

Considerando la vida humana del alma con Alfred Adler, como el ensayo de aportar una posición ante las exigencias de entidad social, se nos presenta entonces su contextura como la sucesión de actitudes deliberadas y modos de conducta frente a la lógica inmanente de la comunidad humana.

La primera actitud típica del niño es —como ya hemos dicho—, un sentimiento acentuado de menorvalía, de donde se desprende como segunda actitud la reacción anímica contra el mismo. Esta reacción tiene todos los caracteres de una defensa. Adler la designa con el nombre de “protesta varonil”.

La función anímica predominante en el niño que está poseído de sentimientos de menorvalía es, según ya se expuso detalladamente, la de medirse y compararse con los demás. Mientras más abajo desciende la estimación que hacemos de nuestra propia persona, más alta suele ser la valoración dada a las ajenas. La primera de éstas, dentro del mundo circundante del niño, es el padre, el hombre adulto. Por ser él la autoridad más fuerte, goza del aprecio y respeto máximo del niño, representa en relación con él la posición diametralmente opuesta a la suya. Se concibe fácilmente que el padre sea a los ojos del niño el varón que se impone enérgicamente, el héroe arrojado, el conquistador victorioso, el modelo e ideal de su fantasía infantil. En un ambiente de vida en que la

autoridad condiciona el valer social y la estimación culta, y en el cual el premio de la victoria, en el antagonismo entre dos autoridades es, siempre y exclusivamente, la afirmación del vencedor en la lucha por la existencia, sin dificultad se comprende que quien se esfuerza por asegurarse y prevalecer sólo puede creer haberlo conseguido por el camino autoritario. "¡Ser un hombre!" es la divisa del plan de vida, cuya línea directriz comienza a formarse en lo infantil ya desde muy temprano. Y se sigue esta línea directriz con toda energía hasta alcanzar la imagen-guía, el varón investido de la autoridad del señor. En él se encarna todo lo que el niño pone y espera para sí en lo futuro. Por ir el esfuerzo de poderío del niño dirigido en actitud de protesta contra su sentimiento de menorvalía y realizarlo teniendo como norte un papel masculino, por eso precisamente Adler ha llamado a esa norma de conducta, en conjunto, la "protesta varonil".

En la modalidad mental unitarista del niño el papel masculino aparece frente a frente del papel femenino. Este representa la posición del débil, del dependiente, del sometido, y expresa una valoración y juicio desfavorable, insignificante, desdeñable. Ser mujer quiere decir ante él algo como ser parapoco, inepto, cobarde. Ser conceptuado como una mujer, lo sienten los niños y los hombres como una vergüenza. Por eso para el niño la amenaza de que le llamen "niña", en el caso de no hacer una cosa, es el anuncio de un castigo humillante. El poner, por castigo, a un niño entre las niñas, en la escuela, ha conducido en algunos casos al suicidio. Pero también las niñas que se sienten menorválidas experimentan trágicamente su carácter sexual, como algo de lo que hay que tratar de liberarse a todo trance. La antítesis masculino-femenino viene a identificarse con la de arriba-abajo (superior-inferior) mediante un método operatorio comparativo de ordenación jerárquica, quizá también, siguiendo la tendencia muy extendida a explicar los procesos de la vida psíquica por otros de la vida sexual. Arriba está el varón, abajo la mujer; arriba el señorío, abajo la servidumbre; arriba lo bueno y bello, abajo

lo odioso y malo; arriba lo valioso, abajo lo que carece de valor. "La tendencia hacia arriba es inequívoca, no puede dejar de reconocerse, y en los niños se encubre muchas veces con el deseo de ser mayor. Quieren estar subidos en lo alto, y se encaraman con placer sobre las sillas, mesas y cofres, asociando casi siempre a estos esfuerzos la idea de mostrarse valerosos, varoniles" (Adler). Abajo, contrariamente, representa para ellos desconsideración, menosprecio, rebajamiento. Ahora bien; según este esquema, la psique infantil se orienta por su posición respecto a las personas y las cosas, por su acceso a relaciones y circunstancias, por su coordinación en el conjunto social. La ficción-guía tiene siempre aspecto masculino y la línea directriz decisiva de la idea de la personalidad tiene también ese carácter. Y sean cuales fueren las vivencias y los esfuerzos, el modo de conducirse se basa siempre en la protesta varonil.

Ya desde la más temprana infancia, el alma, movida por el descontento atormentador del sentimiento de inseguridad, despliega formas hostiles de ataque contra el mundo circundante, que por su preponderancia amenazan llegar a convertirse en un peligro. Al igual que ciertos seres que pueblan las profundidades submarinas, cuando se ven amenazados por enemigos y perseguidores se refugian primero en escondrijos o corazas protectoras, pero bien pronto proceden al ataque, sea disparando súbitamente algún tóxico, sea proyectando sus púas o aguijones, el niño toma, también pronto, posición contra sus opresores, reales o supuestos. Por eso, ya prefiera una modalidad activa de conducta, ya según exigencias de ésta la cambie o modifique rápida o lentamente, ya se valga de medios masculinos unas veces, de medios femeninos otras, siempre su actitud típica es la protesta, la agresión, la lucha por su seguridad. Por lo que respecta al mundo circundante, según que sienta la actitud del niño como grata o desagradable, cómoda o molesta, simpática o antipática; sea que abier-

tamente la reconozca hostil o le quede encubierta bajo toda clase de máscaras y tapujos, sea que ella vaya derechamente a su objetivo por el camino más franco y despejado, sea que lo busque por caminos sinuosos e indirectos —según los casos—, el mundo circundante llamará al niño, bueno o malo, obediente o desobediente, tratable o intratable, sociable o insociable. Y también, según los casos, la educación tratará de llevarlo al buen camino con medidas y actuaciones adecuadas, en la proporción conveniente. Por eso se habla de tipos infantiles psíquicos, de temperamentos y caracteres, de virtudes y vicios, de niños difícil o fácilmente educables, de triunfos y de fracasos educativos, sin haberse explicado hasta hoy claramente el que todos los comportamientos infantiles, sean cualesquiera sus circunstancias, son siempre sólo la versión de una tendencia cardinal, que es ésta: alcanzar poderío en interés de la seguridad y afirmación personal dentro de la sociedad humana. Toda acción u omisión infantiles están regidas por este esfuerzo para adquirir poderío, que no tiene otros límites que los que proceden de las tendencias paralizantes y transformadoras de la vida de la comunidad.

La protesta varonil, que se sirve de la agresión directa, encarna en el niño obstinado, terco. La terquedad es el contrapeso de la opresión, es la respuesta al autoritarismo. No hay terquedad ni arrogancia alguna donde no hay un exceso de autoridad. Porque lo que el niño no quiere hacer surge en seguida que ha visto lo que le mandan hacer. El niño terco, cuya voluntad choca contra una resistencia, o que se niega íntimamente a cumplir una orden, trata de liberarse de esa coacción al sometimiento, que siente como algo que le rebaja (¡nótese el concepto de “abajo”!), esforzándose por quedar encima (“arriba”) mediante la adopción de comportamientos activos. Grita, golpea, se arroja al suelo, patalea y manotea, se niega a andar, a hablar, a comer, porfía de todas las maneras imaginables, se ensucia, escupe y gesticula con muecas

burlonas, se revuelve agresivo y tórñase iracundo y violento. Al cometer travesuras y jugarretas —siempre con la mira de producir sinsabores y molestias— se muestra insolente, desvergonzado, impetuoso, ciego a menudo de ira y se hace aborrecible. El propósito de su franca rebeldía es, indiscutiblemente, llenar a su maestro de perplejidad, de irritación, de cólera y de rabia e impedirle a toda costa que se salga con la suya. Todos conocemos a niños tales, que comienzan desde pequeños siendo invencibles testarudos y que terminan por amagar puntapiés hacia su madre, por revolverse contra el padre y amenazar de agresión o de muerte a su maestro. Y siempre se salen con la suya, por cuanto que su obstinación —consecuencia del autoritarismo que se les opone— provoca por regla general un autoritarismo todavía más fuerte, que a su vez —y como quiera que el autoritarismo es la causa de la terquedad— alimenta a éste con mayor fuerza. Mientras más fuerte sea la autoridad, más fuerte se hace la obstinación, y así *ad infinitum*. Ambos son, únicamente, medios para un solo fin. De esta manera, el niño siempre queda triunfante. Pues hasta cuando salga perdiendo en un punto de esta cadena de causas y efectos, tiene la satisfacción —no del todo injustificada— de sentirse mártir, que sucumbe bajo una brutal potencia superior. Aun en este caso goza del triunfo de tener en sus manos y a su arbitrio al maestro, pues tan pronto como éste provoque su obstinación de nuevo, él comienza el juego de antes. Si se le antoja puede obligarle, empezando todos los días una nueva escena de terquedad, a desempeñar el papel de persona escarmentada. El educador, a lo sumo, dispone sólo del registro autoritario y rara vez llegará a compensar sus propios sentimientos de menorvalía, y así, queda circunscrito al empleo de los métodos de la autoridad. Ahora bien; si llega a tocar sus más fuertes registros: insulto, furor, reniego, amenaza, castigo, queda por completo al arbitrio del niño, en el grado, momento y veces que éste quiera “sulfurarlo”. Si el maestro llega al último extremo —y así sucede en la mayor parte de los casos—, como tiene que intentar salvar su sen-

timiento de autoridad en peligro por la acentuación cada vez más fuerte de ella, también el niño en este caso sale vencedor: el vencedor que le ha puesto fuera de sí. Los castigos, las palizas, etcétera, los siente el niño como heridas que produce el combate, como cicatrices gloriosas de las que habla con orgullo. Que no prospera este juego inhumano porque el educador, ante cualquier nuevo intento, transige o cede agotado y desalentado, dejando al niño por imposible, entonces también éste triunfa. Porque ya ha conseguido lo que se proponía: dejar de ser molestado por las medidas odiosas de la autoridad educativa. El resultado, pues, de la agresión directa es el de lanzar unas contra otras, en abierta hostilidad y hacia el más rotundo fracaso, las energías de ambas partes en pugna, después de haberlas hecho alcanzar con choques constantes la potencialidad máxima. Su efecto es eminentemente perturbador para la comunidad, directamente perturbador de ella. El hombre terco es, en todos los casos, un ser individualista y egoísta, impetuoso, violento, despótico, tirano; es una contraautoridad, pero autoridad al fin y al cabo. El hombre obstinado no es hombre de comunidad.

Las formas de conducta del niño obstinado no se agotan con la franca rebeldía. Llevado siempre de la tendencia protestaria, su mayor interés está en ver a la autoridad contra la que él se defiende puesta en tela de juicio, en verla rebajada cuanto sea posible, disminuída de valor. En ocasiones, para mostrarse a sí mismo lo grande, importante y valioso que se encuentra en comparación con esa autoridad, llegará incluso a manifestar el resultado de ese parangón a los que le rodean.

Por lo tanto, no sólo atacará decidido a la autoridad, según las circunstancias, y la amenazará hostilmente con gesto descarado, sino que, a tenor de sus fuerzas, la pondrá en evidencia, la insultará, la llenará de vituperios, la dejará en su impotencia y perplejidad, a merced del desprecio y la ignominia. Los medios a utilizar para ello son múltiples: críticas, burlas, injurias, omisiones premeditadas, sabotaje, etc. El niño tartamudea, cojea, bizquea, orina la cama, duerme sobre-

saltado, grita en sueños, contrae una enfermedad crónica e incluso guarda cama por invencible holgazanería, decae corporalmente, padece de inapetencias, cólicos o estreñimiento, tiene calambres y abatimiento de ánimo y hasta llega al suicidio (todo únicamente por terquedad). Lo que quiere es infligir un daño a sus educadores, llenarlos de preocupación y enojo, probar su capacidad de aguante, ponerlos en vergonzoso aprieto. Todavía es más varia la escala de sus actos obstinados: hurta para mortificar a sus padres, atormenta a los animales, o maltrata a los niños más pequeños, para que la gente se avergüence de él; comete groserías, robos con fractura y violencia, etc., para provocar conflictos con las autoridades; se masturba o realiza excesos sexuales para hacer alarde de hombría y expresar a los mayores el desprecio por sus prescripciones y leyes morales. Mientras mayor y más desenfadada sea su carencia de respeto, más notable es el rebajamiento, el daño que él siente infligido a la autoridad, más seguro del triunfo sobre quien en la situación difícil creía victorioso, del engaño hecho al adversario para obtener victoria, del dejar a la autoridad odiosa abandonada al desprecio o al ludibrio. El final es, siempre, que la autoridad ajena queda subordinada a la victoriosa autoridad propia.

Ahora que puede muy bien darse el caso de que el niño no alcance con su obstinación el fin que se propone, sea porque la autoridad antagonista es sencillamente insuperable, sea porque él no emplee energía y tenacidad suficientes para llegar a aquel resultado, sea, en fin, porque las incidencias de su actitud le llevan a un campo de batalla distinto, en el que, bajo circunstancias más desfavorables, consiga también más fáciles laureles. En tal caso suele trocar el niño su posición activa por una actitud pasiva. La agresión directa se convierte en agresión indirecta. De desobediente se cambia en obediente, la terquedad se vuelve docilidad aparente, la rebeldía y oposición se hacen sumisión forzada o espontánea. En la

modalidad mental operatoria del niño, de extremos simplistas, el doblegarse, humillarse y someterse significan una forma de comportamiento femenino. Nos encontramos, pues, ahora con una protesta que trata de conseguir su fin con medios femeninos. Por muy cuidadosamente que pueda encubrirse, se ve que también en este caso el fin es hacerse valer, asegurarse poderío, hacer frente al sentimiento de menorvalía, en eficaz posición de protesta. Lo que la agresión directa intentaba realizar por vía recta y descubierta, por medio de la agresión indirecta se persigue con rodeos y subterfugios, a escondidas.

Nada de extraño, pues, tiene, que el rasgo característico más saliente del niño que sigue este método sea el disimulo y la mentira. Su actitud presenta la apariencia de como si el niño renunciara a sus propios deseos, subordinándose al deseo ajeno. Pero esta actitud, que al principio quizá es sólo inconsciente, más tarde se hace engaño, ardid sabido. Representa toda una comedia hipócrita. Pero, en realidad, aquí tampoco hay más que dos esfuerzos de poderío luchando uno contra otro. Con la única diferencia de que el rudo zarpazo de una parte se para hábilmente con la garra blanda y enguantada de la otra. La violencia masculina queda vencida por la sobreagudeza femenina. Y, a todo esto, la lucha está encubierta, como si hubiera desaparecido la rivalidad existente entre las dos autoridades, y sólo se mostrase presente supremacía por un lado, sumisión por el otro. En tanto, el comedimiento no es más que engaño, la obediencia, inducción al error, la indiferencia, picardía. Sin embargo, la ficción conduce a su fin, el engaño vence, la autoridad, aparentemente dominadora, está en realidad dominada, el maestro está preso en manos del niño.

La imagen externa de esta relación entre el niño modoso y el mundo que le rodea nos es familiar a todos y suscita el embeleso de los educadores que alardean de autoridad: el niño obedece a la mirada y a la palabra, cumple todo mandato sin réplica ni vacilación, tiene un aire obsequioso y zalamero. Por eso se capta simpatías y confianzas, se le encomien-

dan comisiones especiales, se le utiliza en casos extraordinarios. Siempre resalta por su corrección, puntualidad y fidelidad. Pronto está al extremo de toda alabanza por lo bien mandado, y se hace indispensable en las cosas de su cometido. Es el niño modelo. En este momento es cuando ha alcanzado ya el puesto en el que su necesidad de valer se ve satisfecha. Sus cualidades, su ejemplaridad y perfección resplandecen con gloria esplendorosa. Su esfuerzo por adquirir poderío ha llegado a la cima anhelada. Ha conseguido valor, influjo, poder y goza satisfecho de su triunfo.

En otros casos en que la línea de afanes no es tan sencilla, intervienen órganos auxiliares y medios encubridores para consolidar el éxito alcanzado por táctica tan ladina. La altivez y el orgullo le espolean, entonces, a realizar valentías para ganarse el elogio y la aprobación. La adulación no retrocede ante indignidades con tal de asegurarse el éxito. A veces se deja fuera de combate al rival por medio del chisme, la soplonería, la intriga y la denuncia. Por cobardía o por manse-dumbre se elude tomar actitudes resueltas o hacer abiertas declaraciones. Se esquivan a toda costa y molestia los conflictos de cualquier clase. Y antes de llegar a choques demasiado rudos con las exigencias de la vida que fuercen a tomar una actitud, el niño se refugia en el mundo de los sueños, de los libros, del arte, de la devoción, de las ilusiones, etc. Y así ya se puede vivir complaciente con todos, y ser sin tacha amable, obsequioso, querido.

A esta categoría de niños pertenecen los que hacen novillos, los remolones, los chismosos, soplones, zumbones, acusones, golosos, raterillos de sus propias casas, especialmente los registra-bolsillos y todos esos que, sorprendidos *in fraganti*, se disculpan con que era inadvertencia, olvido, distracción o error y se hacen de nuevas y como que no se daban cuenta, intentando siempre librarse de responsabilidad. Su maestro primero fué Adán, cuando al caer en el pecado se defendió remitiéndose a Eva con aquella patarata de: "Yo no he sido. La mujer que me diste por compañera me ofreció y comí..."

También aquí, como en todos los casos de tipificación, hay que tener en cuenta, naturalmente, que sólo rarísimas veces se presenta clara una o la otra forma que ellas acusan de la imagen del carácter del niño. Tampoco la descripción de los tipos debe interpretarse de modo que se hayan de producir necesaria y sucesivamente todas las formas de la protesta en cada niño. Hay niños que se adaptan perfectamente a una de ellas y nunca tienen ocasión de ensayar otra. Predominantemente, el método protestatario de los niños es la obstinación, y la obediencia el de las niñas. Esta relación suele invertirse cuando se trata del benjamín, o del niño que se cría solo entre varias hermanas, y cuando el mayor de los hijos es una niña o se cría entre hermanos. En la casi totalidad de los casos las formas de protesta, bien por fluctuar en su estructura general, o bien por las circunstancias exteriores, se entremezclan y desplazan su centro de gravedad, inclinándose ahora hacia un lado, luego al otro. Así se da el caso de que, aun tratándose de niños en el fondo testarudos, si les conviene para alcanzar valer el ser en un momento determinado obedientes, entonces, con gran sorpresa de sus educadores que no saben penetrar táctica tan sutil, se muestran súbitamente buenos y dóciles. Al revés, en niños que han sido siempre muy complacientes y bien mandados, con frecuencia irrumpen de pronto, y por causas totalmente inexplicadas, testarudeces y rebeldías que llenan de perplejidad a los educadores. La mínima dificultad de situación perceptible para el niño le hace mostrarse más cauto en tales casos, cambiando al instante de métodos para alcanzar su fin, y, tomando por sorpresa al educador, se lanza a rebasar las resistencias a paso de carga.

Si abarcamos con una mirada la tendencia del comportamiento psíquico, resulta que los niños modosos y obedientes en nada se diferencian por ella de los traviesos y díscolos. No existe ninguna oposición entre su modo de ser y su genio esencial, como pudiera creerse por analogía a sus formas di-

versas de comportarse. Estas no son diversas más que en la manifestación de un mismo ser, en principio también igualmente orientado. No puede sacarse de aquí, por ejemplo, la conclusión de que todos los niños son unos diablos, lo que sería tamaño desatino, como pretender deducir la inversa: que todos los niños sean unos ángeles. Estas conclusiones excluyen toda valoración moral. Se refieren solamente a la génesis y finalidad de todo carácter infantil y muestran cómo una cultura basada en el poderío lleva al niño por el camino del poder, y cómo el niño encaminado de esta manera a la persecución de fines sociales, da por sí mismo en el extravío.

Tanto la vida onírica, como la actividad imaginativa de los niños, especialmente sus fantasías en la elección profesional, aportan aclaraciones interesantes sobre su condición anímica.

Los sueños son, según Adler, espejo en croquis de actuaciones psíquicas, en las que se revela, de manera clarísima, el ser más íntimo y secreto del hombre, pues no tropieza con las barreras de la comunidad controladora que la regula. En el estado de vigilia, surge el naciente sentido de comunidad. En el sueño puede arriesgarse más, puede abandonarse uno más al temor de correr, sin peligro de que las apariencias de cobardía hostiguen al sentimiento de sí mismo —al amor propio. En la mayoría de los casos, los sueños sólo son arreglos de situaciones que se esperan o que se temen en el futuro, llevados a cabo con los medios y fuerzas de que se serviría también en la realidad de tales casos el interesado, respondiendo a su línea general de conducta, para la solución de sus problemas vitales. Representan, dicho más brevemente, tanteos y prevenciones psíquicas con miras a las dificultades eventuales que se desea dominar, ensayos y precauciones hipotéticas contra una posición agresiva, que dependen en lo más íntimo del nervio vital de la constitución humana y se realizan en favor de su

seguridad y de sus esfuerzos de poderío. "Los sueños reiterados de la niñez muestran de la manera más evidente la línea ficticia de conducta. Pues se construyen sobre un esquema adecuado o visto como tal, que se alcanzará y consolidará con la finalidad neurótica. Los sueños diversos de una misma noche se refieren a un ensayo de solución múltiple y acusan el sentimiento de una gran inseguridad" (Adler).

Una vez que se ha puesto en claro esta correlación, se comprende fácilmente por qué los sueños de todos los niños, tanto de los obedientes como de los desobedientes, dentro de su diversidad de contenido y trayectoria, vienen, según su más hondo sentido y finalidad, a parar en lo mismo: la convalidación de la personalidad propia, ya sea temor al menosprecio y rebajamiento, o esfuerzo de exaltación y potencia, lo que en múltiples matices se refleje en ellos.

Otro tanto vale para con la vida de la fantasía infantil en el estado de vigilia, tal como, por ejemplo, se exterioriza en el juego. Es sobremanera característico y sumamente revelador, en relación con la ficción rectora del plan de vida, conocer qué juegos prefiere el niño y qué juguetes le gustan de un modo especial, qué papeles asume entre sus compañeros de juego, y cómo se comporta en su conjunto en él. A cada paso tropezamos aquí con actos de protesta, que se realizan, ya bajo la forma de agresión directa o indirecta y que se alzan en defensa contra el sentimiento de menorvalía.

Cuanto más importante se siente ser el niño, y más en posesión del éxito, y estar más "encima", tanto más gozosos y alegres son los afectos y sentimientos que experimenta. La máxima seguridad, aún siendo sólo una rosada ilusión de juego infantil, es para ellos verdadera dicha. Se siente, por el contrario, desgraciado el niño al que siempre le toca pagar y nunca mandar en el juego; el que siempre pierde a los dados; el que jugando al tren resulta siempre alcanzado. Ningún niño acepta espontáneamente ser el último, el hazmerreír, el pagano.

Y sólo cuando el niño no puede desempeñar papel de héroe, prefiere el de víctima al de comparsa, para tener en todo caso una posición destacada y atraer hacia sí la atención de los demás.

Las fantasías de los niños vertidas en historias imaginarias, cuentos, etc., permiten de igual modo tener atisbos importantes sobre su vida interior y confirman el papel predominante en ella del sentimiento de menorvalía. Treinta y seis niñas de trece a catorce años, alumnas de una escuela media, escribieron como ejercicio hecho en casa cuentos inventados libremente. En ellos desenvolvían, casi sin expresión y sin darse cuenta de ello, el problema de su porvenir, del matrimonio. Todas adoptan frente al matrimonio, que miran como algo degradante y que viene a hacer resaltar su feminidad, la actitud de agresión directa. El papel de madre sólo se encontraba mencionado en dos ocasiones. El matrimonio, o bien lo rechazaban rotundamente, o bien lo sometían a condiciones imposibles. En otros casos, en que las chicas se avienen con futuros papeles de mujer, suele, al menos, destacarse un punto luminoso en el curso del destino femenino: la boda, los primeros gozos maternos, la dignidad de ama de casa en medio de sus obligaciones, etc. Entre los chicos, no hay uno que no desee alguna vez ser chófer, maquinista de tren, aviador, marinero, soldado, as del cine, general en jefe, etcétera. Desean las profesiones de tráfico porque les permiten ocupar puestos más elevados y desempeñar funciones más activas que sus padres, a quienes, llegado el caso, podrán gritar de muy buen grado imperiosamente: "¡Cuidado! ¡Paso libre!" Espontánea y sinceramente, nadie anhela la ejecución de trabajos serviles, encargarse de asuntos cuyo desempeño no ofreciese ocasión ni perspectiva alguna al afán de brillar y distinguirse, a la fama, al prestigio. Por eso, la profesión deseada por el niño no es de ningún modo una respuesta de lo que él querría ser cuando mayor, sino de lo que quiere ser ahora mismo. Soñando despierto busca redimirse de la situación que le impone su sentimiento de menorvalía frente a los adultos o compañeros de

generación. Dentro del papel de la profesión elegida se siente, igual que si fuera ya adulto, por encima del padre; puede hacer cosas que antes le estaban prohibidas, y vive en plena embriaguez de grandezas una ilusión de poderío que le salva de todos los abismos de su depresión e inseguridad. Por esta causa, Karl May es uno de los escritores predilectos de la juventud, pues con sus narraciones entrelazadas de las más caprichosas y extrañas aventuras, viene a dar satisfacción superabundante al ansia de todos los muchachos, de ser tan pronto explorador como jinete de las praderas, cazador de la selva, luchador con leones, caudillo indio, campeón de todas las aventuras. Tan pronto como los jóvenes ilusos se dan cuenta de los peligros que llevan aparejadas todas esas profesiones aventureras, suelen transigir y decidirse por una profesión diferente. Al maquinista de trenes le amenazan los choques, el capitán de barco puede irse a pique, los aviadores se estrellan, los tramperos se rompen la crisma y a los exploradores de la selva se los comen los antropófagos. Por esto, como a cada nueva profesión que elige le descubre peligro, y como hay que evitar a todo trance la resolución y la prueba, el muchacho cambia constantemente de profesión deseada. Ante el alma infantil desfilan múltiples posibilidades de grandeza. La fantasía intenta asirse a cada una de ellas. Un pequeño de los más formales, que había repasado todas las profesiones y quedaba siempre indeciso en lucha encontrada de deseos por abarcar la realización de sus ideas, pero que no quería aceptar las desventajas e inconvenientes, decidió, al fin, para salvar a cualquier precio el sentimiento de grandeza y elevación, no adoptar de hecho profesión alguna, sino ser sencillamente una "persona decente", como él decía, un hombre honrado.

Si bien es cierto que, tanto en las fantasías de elegir profesión cuanto en la conducta general del niño, puede notarse cierto desenfado y cierta osadía, sin embargo, el reverso de

esta valentía aparente no es otro que el miedo. En efecto, el miedo no es sólo el contrapeso del desenfado, sino que se nos revela como acto encubridor, como superestructura ocultadora del pánico que nace de sentimientos profundos de inseguridad. No sólo el niño apocado y tímido, sino también el revoltoso y tozudo es en el fondo cobarde. Tanto el uno como el otro se han formado una imagen del hombre y del mundo demasiado horrorosa y por eso encuentran solamente dos modos extremos de comportarse: retroceder en toda la línea o precipitarse de cabeza para arrollar al peligroso fantasma en una acometida. La actitud genuinamente valerosa —de verdadera valentía—, es decir, contar con el mundo y con los hombres como algo no terrible, sino sencillamente inevitable, ponerse en relación con ellos, tensas todas las fuerzas útiles, acometer la resolución de todos los problemas que planteen —esta actitud del ánimo verdadero—, casi nunca se encuentra. Un miedo general a la vida, arraigado ya desde muy temprano, hace que esa actitud se presente a la perspectiva infantil como un medio de defensa demasiado moderado. Llevado del miedo salta el escalón de la verdadera valentía y de la razón y se lanza en seguida a las regiones aéreas de la agresión temeraria y con mucha frecuencia fanática.

Profundo e instintivo, dominándolo todo, el esfuerzo por adquirir poderío arraiga en lo íntimo de cada hombre desde niño, sea dócil o díscolo, constituyendo el instinto central de la seguridad y de la afirmación, el punto cardinal en torno del cual, consciente o inconscientemente, gira el eje de la existencia humana.

Pero este esfuerzo por el poderío no es necesario que se manifieste precisamente con gesto brutal o de fatuo capricho despótico. Puede presentarse formando una mezcla feliz de agresión directa e indirecta y aparecer así revestido bajo aspectos absolutamente nada sospechosos, de sólida conveniencia y bondad, de laboriosidad seria, de cumplimiento honrado del deber, de intachable y excelente conducta en la vida. El hijo de cierto bebedor y gandul de mala fama protestaba

contra esa vergüenza familiar trabajando con ahinco, extremando las muestras de su honradez y probidad. Un famoso jefe socialista, al que el odio de sus adversarios había acusado de toda clase de villanías y desvergüenzas, viejo ya, estaba muy orgulloso de no haber nunca en su vida contraído deudas. El afán de cumplir puntual y concienzudamente con sus obligaciones, de ejecutar esmeradamente su trabajo, pasar por hombre leal y digno de confianza, ser apreciado por su honradez, amor a la verdad y franqueza —todo esto sin la mira pretenciosa de una aureola de notoriedad o cualquier otra especie de glorificación—, puede bastar cumplidamente al individuo para la fortificación y exaltación de su sentimiento de valer. Ciertamente que ello también constituye una agresión al sentimiento de menorvalía, el cual, en realidad —y esto no debe perderse nunca de vista—, no precisa llevar incluso en sí absolutamente ninguna menorvalía efectiva; pero es ésta una agresión, de forma tan amortiguada, tan diplomática, tan aprovechada, que más bien es ya una acomodación con efectos positivos. Efectivamente, su resultado aparece como una realización estimable de la misión de la vida, que impone, como deber primero, a cada cual, desempeñar con todas sus facultades el puesto en el que se encuentra colocado.

De este modo, la protesta varonil, bajo circunstancias favorables concomitantes, puede ser un estímulo de eficacia positiva en el sentido general de utilidad, y desde el punto de vista del interés social acicate también para el fomento y perfección de la obra cultural, manantial de importantes energías sociales y despertador de valiosas cualidades para el bienestar y progreso de la sociedad.

Aquí podría plantearse la cuestión de averiguar hasta qué punto, eligiendo esa táctica de fomento de comunidad por experiencias de escarmiento, o favoreciendo lo innato en el individuo, ha de abrirse paso a sentimientos de comunidad que en la mayoría de los casos serían poco vigorosos. Pero como en ambos casos el efecto es el mismo, y nos encontramos con resultados morales, parece superfluo contrastar los campos de

esos dos estímulos fundamentales del alma humana: el esfuerzo por adquirir poderío y el sentimiento de comunidad. La protesta varonil, al rebasar por completo la esfera de compensación de necesidades personales y superar la actitud de antagonismo individual, desarrolla fuerza y capacidad para elevarse a la significación de elemento creador de cultura.

El dinamismo de la protesta varonil se halla condicionado en general por la intensidad y extensión del sentimiento de menorvalía. El paralelo es innegable y tanto más fácil de percibir si se admite que las leyes de la vida del alma son análogas a las leyes de la naturaleza física.

Como el niño proletario, por la particularidad específica de su constitución total, está, según se mostró cumplidamente, inclinado de un modo extraordinario a experimentar y cultivar sentimientos de menorvalía, no puede sorprender que, también en él, aparezca la protesta varonil como gesto de defensas, con una violencia excepcional y con el más fuerte acento. Con esto pueden diferenciarse ya claramente las tres formas de agresión a que hemos pasado revista y descrito con detalle. Tanto si se trata de la actitud típica individual del niño, lo cual es bien comprensible, cuanto si representan las actitudes características de verdaderos grupos infantiles —y esto es ya lo singular, lo interesante—, las tres formas reflejan las idénticamente distintas fases evolutivas de la actitud psíquica en conjunto de la clase proletaria. Ya quedó bosquejado cómo se despierta el sentimiento clasista y su transformación en conciencia de clase; mostramos asimismo de qué modo esto desarrolla las disposiciones e impulsos anímicos para la lucha de clases, que representa en este último término el elemento vital, social e ideológico del proletariado moderno. En el curso evolutivo de este proceso, desde la primera moción de sentimiento de clase hasta los últimos éxtasis de la lucha clasista, se pueden distinguir sin esfuerzo tres fases: la de íntima irritación y a la par sumisión aparente; la de

rebeldía interior y exterior individual y paralela con ella la colectiva de los casualmente coligados, y, por último, la de lucha en acción dirigida conscientemente mediante una comunidad organizada y preparada al efecto.

La primera fase: íntima irritación a la vez que docilidad y sumisión exterior, se extiende en lo social hasta la época de las grandes organizaciones políticas y sindicatos obreros. No sólo es que antes el obrero, en bien de la conservación material de su existencia, no pudiese sacudir el yugo de la explotación contra el cual íntimamente se rebelaba: es que no podía nada tampoco contra la fuerza del Estado, de las leyes, de las bayonetas, de la opinión pública, de la reacción cultural. Sus organizaciones le aseguraban que la legalidad del legislador era cosa muerta, que el mero poderío no constituía ninguna fuerza de construcción histórica, que la voluntad humana se hallaba fatalmente ligada al ritmo inmanente del gran proceso de la historia. Así, el obrero permanecía esclavo, bestia de carga, rechinando los dientes y cerrando el puño para sus adentros, es cierto, pero exteriormente tratable, dócil, buena persona. En qué medida se haya resarcido íntimamente con su bondad frente al enemigo de clase, es cosa que nada tiene que ver con el asunto.

El proletario típico de esta primera clase es, proyectado en el campo social, el niño obediente que secretamente se revuelve y enfurece contra la autoridad, la desprecia y sabotea, la molesta y zahiere, siempre que puede, pero que exteriormente la acata y se inclina ante su poder. Y el niño proletario, en la medida en que podemos adscribirle al tipo de agresión indirecta, se nos presenta en su constitución psíquica como imagen reducida de aquella categoría de proletario adulto, cuya época de afiliación corresponde al momento de auge de la economía capitalista. Y esto sucede así, no como si el comportamiento del niño se derivara del comportamiento de su clase, ni como si hubiese de explicarse acaso a modo de una ley fundamental psicogenética. El niño se acoge, bajo el influjo de los factores más diversos, a una forma u otra de

comportamiento, las cambia entre sí muchas veces de un modo intermitente; en los casos más raros sus modos de comportarse siguen una sucesividad muy meditada, como obedeciendo a una elección de medios cada vez más adecuados a su fin, del mismo modo que la clase lo hace como colectividad. Sin embargo, la conducta del niño sí actúa, en ciertas circunstancias, como un reflejo de la conducta de la clase en una fase determinada.

La autoridad prepotente que oprimía al proletario, que le atormentaba, que le llenaba de odio e inquina, pero que tan fuerte era que él no podía aventurarse a intentar vencerla, si no quería correr el riesgo de su propia destrucción o, por lo menos, los efectos de una sensible represalia, ha ido cediendo cada vez más en el transcurso del tiempo. El proletario adulto ha aprendido a respirar más libre y ha entrado en otras etapas de su evolución clasista. Pero sobre el niño gravita pesadamente todavía el pasado como presente. Por lo menos el niño que vive aún rígidamente en una esfera mesócrata, el niño educado en el modo de pensar y de sentir pequeño-burgueses, el niño que recibe en un plano mesócrata el formato de su destino. En todos los sitios en que la autoridad de los padres subsiste todavía con una gloria sin mengua y con vigor no quebrantado, y la obediencia es el alfa y omega de la educación y rige aún el palo del castigo, la disciplina; en todos los sitios en que, a consecuencia de eso, se acumulan pesadas cargas de menorvalía y el niño tiene al cabo que arrastrar su cruz si no quiere ser aplastado; en todos, reaparece la imagen infantil del proletariado manso, saliendo de las nebulosidades del pasado, la gorra en la mano, la espina dorsal curvada con afectuosidad excesiva, besando la mano que le castiga, con la mirada abatida, "la mirada canina", ofreciéndose temerosa y atropelladamente al servilismo, vasallaje y obediencia ciega, y, a pesar de eso, henchido al mismo tiempo de odio, de rabia, amargura, furor y sentimiento de venganza contra el amo y señor, verdugo, negrero. El niño proletario obediente se conduce respecto a padres y educadores exacta-

mente lo mismo que antes se conducía, y aún hoy en parte se conduce, el proletario adulto, sumiso ante el burgués. Obedece —cierra el puño dentro del bolsillo; trabaja— y le roba en secreto al patrono; se muestra comedido —y se propasa cuanto puede; es amigo por delante— y se vuelve por detrás contra el honor y los intereses del engañado, con tanta mayor saña cuanto más sumiso, bondadoso y disciplinado se presenta ante él. En realidad, es un hombre que vive desarreglado, que se entrega a una mezquina maledicencia, que no conoce altruismo y desinterés de ninguna especie, que desprecia toda buena crianza. Siempre la apariencia pasando por realidad. El niño de este tipo engaña con éxitos educativos aparentes, aunque él mismo es el mayor fracaso educativo. Llegado a la edad adulta, es tan pagado de su autoridad para con mujeres y niños, como antes el padre —el más miserable esclavo en la fábrica donde trabajaba— era en el seno de la familia el mayor tirano.

Al progreso le debemos el que en el mundo del niño proletario este antipático tipo humano vaya cada vez más cayendo en desuso. La cortesía y obsequiosidad rastreras, la obediencia servil, la cara hipócrita de la mansa bonachonería, la más-cara falaz de los buenos modales, representan hoy, casi sin excepción, el requisito psiquicofisionómico de un modo de vida y forma social burgueses, principalmente pequeño-burgueses; las capas proletarias, sólo en tanto que no están alejadas aún lo bastante del círculo borroso de su extracción pequeño-burguesa, se hallan todavía contagiadas e inficionadas de esa atmósfera. Y el niño proletario, también en la medida en que lleva todavía inconscientemente en la sangre y en el alma su parte hereditaria de esta ascendencia, está más o menos unido por su carácter a la tradición psíquica de tal pasado de domesticidad.

Pero hacerse consciente significa también en este caso hacerse libre. Y con el niño proletario, al igual que con su clase, este proceso consciente se realiza con una gran fuerza liberadora.

De este modo, el tipo revolucionario viene a sobreponerse y vencer, desplazándolo, al tipo devoto, sumiso,

En el proletariado el proceso se desarrolla de tal modo que la masa empobrecida y atormentada, después de largos períodos de silenciosa sumisión y canino rendimiento, descarga de súbito su odio, secretamente acumulado, con explosiones apasionadas. Recordemos la guerra campesina, el motín de los tejedores de sedas en Lyon, la revuelta de los tejedores de Eulengebirge. Los explotados no sacudieron por esto el yugo de su vasallaje; al contrario, se vieron después amordazados más brutalmente todavía y explotados más inhumanamente si cabe, pero se crearon un fuerte respiro durante un breve espacio de tiempo. La tirantez insoportable de antes estaba ya rota. Con el tiempo intervinieron en la lucha sindicatos organizados en vez de masas reunidas circunstancialmente; en lugar de producirse alborotos espontáneos accidentales, surgieron acciones preparadas, y en vez de confusos tropeles revoltosos aislados, entran en guerra batallones obreros instruidos revolucionariamente. Y en lugar del servilismo y miedo mesocráticos, aparecen la obstinación y tenacidad proletarias.

A medida que el ambiente proletario abandona la esfera pequeño-burguesa y comienza a desarrollar y representar un mundo autónomo, desaparecen también la disposición psíquica del hombre proletario, las trabas pequeño-burguesas del miedo, el apocamiento y el servilismo, dejando sitio a un nuevo estilo anímico de vida, a la arrogancia.

A esa conducta de clase, en una fase determinada, corresponde de nuevo la del niño que se encuentra bajo ciertas circunstancias. Si se observa a generaciones completas de niños, esta analogía resulta sorprendente, pues en la etapa en que colectivamente se ha desarrollado la conciencia de clase, la terquedad ha desplazado también en los niños, como actitud general, a la desobediencia. De hecho, también en este caso, la agresión directa es, desde el punto de vista de la seguridad infantil, el medio más válido de lucha, porque desenvuelve fuerzas activas. Pero mientras del niño pequeño-burgués pu-

diera decirse aún que es, en términos generales, obediente, acostumbrado a la disciplina y al orden, fácilmente dócil, al niño proletario le conviene por completo el juicio de que se distingue bien poco honrosamente por "su natural insolente, díscolo, contumaz", de que no muestra respeto alguno, de que se mofa de las autoridades y les falta, de que se opone a todo influjo educativo bienintencionado y de que burlándose de todo y de todos, trata de construirse la vida con sus propias manos. No hay más que oír en conversaciones y conferencias y leer en los periódicos la indignación y quejas ciudadanas que la conducta de los hijos del pueblo, de los chicos de la calle, arrancan a los corazones probos y sensatos. Basta recordar con qué frecuencia la honorable burguesía implora y requiere a las autoridades de todos los órdenes para que intervengan con la suya contra la irrespetuosidad, contumacia y salvajismo moral de estos muchachos. Y, sin embargo, ¡qué simpáticos resultan esos pillos y bribones al lado de los mosquitas muertas e hipócritas! Dentro del hogar proletario, cuyo orden, aun sin eso, se haya ya hondamente perturbado, la autoridad de la madre deja pronto de ser eficaz con el niño levantisco. Y no tarda éste en sublevarse también contra la autoridad más fuerte del padre. Sobrevenien desagradables escenas. Después, comienzan los conflictos con el maestro. Agotados los medios violentos de éste, intervienen otras autoridades. Así, la vida del niño terco está vinculada a la lucha. La necesidad de acción se enseñoorea de su plan de vida. Frente a la autoridad con que tropieza a cada momento en su mundo social ambiente, un incesante afán le empuja a imponerse, a hacer valer la autoridad encarnada en su persona. En rigor, él no combate la autoridad, el principio de la autoridad, la esencia del orden autoritario; él —viéndose en pugna con otras— no quiere más que imponer su propia autoridad, como única instancia válida, y hacer que las demás la acaten. Esta actitud es afín a la táctica de aquellos proletarios belicosos que querrían combatir y expulsar a los patronos y fabricantes, sólo para, después de su eliminación, colocarse a sí mismos

en posesión de las fábricas, del capital. Es una lucha de rivalidades sobre el plano de un mismo principio y una posición fundamentalmente comunes. Una lucha burguesa, en el fondo, con medios y finalidad burgueses.

Todo lo que vale a los ojos del niño como símbolo de condición masculina, como expresión característica de calidad varonil acentuada, constituye el objeto de sus deseos y esfuerzos y es a la vez instrumento de la protesta masculina. Ya desde pequeño el niño desea un bastón como el de su padre, una pipa como la de su tío, un látigo como el del cochero, una cartera de cuero como la del correo, un casco como el del soldado, uniforme como el maquinista del tren, una escopeta como la del cazador, un caballo como el del general. Quiere usar pantalones largos, gastar zapatos, tener barba, poseer muchas bolas de jugar, cuantas más mejor; ser padre en el juego de los matrimonios, y jugando a la escuela, maestro, porque —y esto es lo principal— es el que pega de firme a los chicos.

Más tarde, cuando el niño empieza a revolverse seriamente contra la autoridad, estos actos de protesta, relativamente inofensivos, se tornan en actos de obstinación más o menos resuelta. Entonces es cuando se roban cigarrillos para imponerse a los adultos, se bebe en la taberna para hacer jactancia de hombría, se frecuentan los sitios de juego, haciendo en ellos alarde de fuerza, de arrojo y de resistencia, armando peloteras y luchas a brazo partido, cometiendo groserías, llevando a cabo barbaridades. En prosecución de su papel masculino, el muchacho se echa una novia antes de tiempo, comete excesos sexuales. A un muchacho de trece años se le siguió en Dresde un proceso judicial como padre soltero; en Hamburgo, un aprendiz de panadería tuvo tres hijos naturales. Para exteriorizar su desprecio al mundo autoritario que le rodea, el muchacho se burla de la policía, mancilla las estatuas y monumentos públicos, comete toda clase de raterías en el cine, per-

turba las representaciones teatrales, organiza manifestaciones callejeras, pone en peligro la circulación, etcétera. Todo el griterío y aspavientos que se hacen sobre la "juventud perdida" no consiguen corregir para nada estos fenómenos. Por el contrario, las indignaciones moralizantes de los filisteos son lo más adecuado para que cobre importancia ante la juventud su propia conducta, para realzar, en fin, el triunfo de los "malvados".

En las muchachas se exterioriza ostensible la protesta varonil, particularmente con los alardes que hacen de asumir en sus actos el papel de chicos y mozos. Tratan de exceder al sexo masculino en dureza y turbulencias; el dicho de "¡Pareces un chico!" lo reciben con satisfacción, como un reconocimiento y un elogio; gozar de las llamadas libertades masculinas comprendidas bajo la expresión usual de: "Eso no se hace", pasa entre ellas por la conquista suprema. Por eso les gusta tanto a tales muchachas el fumar cigarrillos, llevar el pelo a lo garçon, practicar deportes varoniles. Sin embargo, esto sucede sólo con muchachas del medio social burgués. La muchacha proletaria, que se encuentra, por lo general, tan retrasada respecto a la burguesía en su evolución psicológica como adelantado está el chico proletario al burgués, tiende a crearse prevalimiento por medios tales como haciendo de madrecita en la casa, sirviendo en las ajenas para ayudar al sostén de la propia, cuidando o tiranizando a sus hermanos más pequeños. Por la estrechez de la vida en común de todos los de la familia, del trabajo en común, del dormir juntos, no existe en los círculos proletarios una separación tan acusada entre las esferas de ambos sexos, y por ello tampoco hay ningún motivo tan premioso de una emancipación específicamente femenina. La emancipación femenina burguesa, considerada psicológicamente, es una protesta varonil de gran estilo llevada a cabo por medio de la agresión directa, y, expresada pedagógicamente, es un acto de obstinación de la mujer contra la cultura masculina, una sublevación de seres postergados culturalmente,

de seres aquejados de sentimientos de menorvalía, contra la preponderancia social y privilegios de los hombres. El movimiento femenino (feminismo) proletario, en solidaridad con el varonil, va dirigido contra la opresión de su clase.

Los actos de terquedad de los niños son primordialmente y por regla general actos individuales. Porque nacen del sentimiento subjetivo de cada cual, que, según las condiciones y circunstancias concomitantes, reacciona ante la oposición de la autoridad de modo individualmente diverso. Bien es cierto que, a medida que el destino individual va siendo cada vez más el destino típico de clase, las condiciones y circunstancias anejas experimentan una generalización y tipificación y se producen una nivelación y un desdibujamiento de las gradaciones y matices individuales, de tal suerte, que los actos de protesta acaban por tomar crecientemente un carácter de actos de grupos o de conjuntos, de fenómenos de masa, acaso también de acciones colectivas. Análogamente a los movimientos de grupos, masas y conglomeraciones de adultos, surgen también movimientos infantiles de esta especie. Su campo de acción es la calle.

Hemos visto al niño proletario sin patria, familia ni hogar, desligado de todas las comunidades y vínculos que daban a las generaciones pasadas firmeza y seguridad; abandonado a sí mismo y entregado a la calle. El niño proletario puro es el chico de la calle. También la aldea tiene sus calles en las que la muchachada de labriegos y mesócratas se agita a veces en tropeles y se entrega a juegos ruidosos. En las villas y pequeñas ciudades, los hijos de la burguesía se divierten formando pandillas más o menos numerosas, con sus juegos del guá y del escondite, exactamente lo mismo que los niños de la urbe en la calle. Y, sin embargo, hay una profunda diferencia. En la aldea y en la villa, la calle es lo que debe ser, una vía de comunicación y enlace entre los predios y las casas aisladas: un medio para su fin. Pero en las grandes ciudades, en los centros

industriales, en donde vive el proletariado, la calle deja de ser simple vía y medio para su fin; aquí es un fin en sí misma. El niño aldeano, aunque contribuye con frecuencia y copiosamente a poblar la calle, tiene la mayor parte de su actividad y de su vida repartidas entre la casa, el corral y la huerta. El niño de la gran ciudad está, por el contrario, completamente circunscrito a la calle, que tiene que suplirle al huerto, al corral y a la casa. Para él la calle es patria, hogar y mundo. El chico de la calle es un tipo especial de niño.

Lo que diferencia al niño de la aldea y la villa (pequeña ciudad) del de la urbe, lo ha puntualizado Sombart certeramente: su homogeneidad, su afinidad común de estirpe y vecindad. Allí, son siempre los mismos niños quienes juegan juntos, niños de familias amigas y allegadas, todos conocidos por sus cualidades y defectos del círculo completo que forman los otros padres y los demás niños. Y la banda de chicos vive siempre abandonada confiadamente a toda la aldea, a toda la villa. Sus depredaciones por las huertas, constituyen al día siguiente la conversación de todo el vecindario, de toda la parentela. Este viene a formar en el fondo una grande y tranquila comunidad educativa, en el antiguo buen sentido de la palabra. Frente a esto, el chico de la calle: hoja al viento que a cada instante se junta con un montón distinto de otras. Montón de niños extraños que cambia de composición incesantemente, de niños cuyos padres no se conocen entre sí, ni conocen a los que son los compañeros de sus hijos. Muchedumbre informe, en la que los elementos más fuertes, y a la vez los peores, domina toda la banda, sin que nadie observe su influjo ni trate de contenerlo. Masa de niños, pero no comunidad.

La calle es para el chico de la urbe, en primer término, campo de juegos. En la aldea, es cierto, existió y existe todavía, sin que nadie lo haya preparado, el más magnífico sitio para jugar. Allí, como Gangsberg tan gráficamente lo describe, encuentra uno asiento dondequiera en vallas y cercas, hartándose de toda la fruta que se agenció por las huertas con ha-

bilidad, astucia y audacia. Allí están las plazoletas y rincones maravillosos entre las casas, establos y paneras desalineados. Allí encuentra uno seguros escondrijos bajo el tendajo, en los matorrales, entre las malezas de los pastizales, tras los setos de zarzamoras y matas de avellanos, escondites tan originales, que el niño de la ciudad, entre monótonas y aburridas filas de edificios, sólo con fantasía puede imaginárselos.

En las grandes ciudades, lamentablemente, no hay sitio alguno para el juego y recreo revoltoso y retozón de los niños. El desarrollo urbano regido exclusivamente por miras industriales, orientado por el más seco utilitarismo, precipitándose con multiplicado apresuramiento nervioso; con sus filas de casas y sus muchedumbres procesionales de transeúntes; con sus ómnibus, sus coches de punto, sus taxis, sus líneas de tranvías y de trenes aéreos y subterráneos; con su falta de tiempo y aprovechamiento de todos los espacios, se ha olvidado por completo del niño, se ha olvidado totalmente de la juventud con sus deseos y necesidades. Tenemos calles suntuosas y plazas monumentales, paseos de coches y de caballos, parques, fuentes, estatuas, plazas de armas, hipódromos, mercados, ¿pero qué tenemos para los niños? La calle es el escenario de sus juegos, su estancia permanente. Entre la marejada y el tráfico, entre carruajes y transeúntes, tropezados aquí, empujados allí, acosados y expuestos al peligro por todas partes y perseguidos por los policías, los chicos se ven obligados e entretenerse, divertirse, sostenerse, del modo mejor que pueden. ¿Qué van a hacer?

La calle es el lugar donde surgen las protestas, en el que se extienden y desarrollan hasta la máxima exacerbación los actos de arrogancia en todas las formas y aspectos imaginables. La hostilidad del niño contra su mundo circundante, su posición de lucha, su irritabilidad, su ansia de triunfo, la calle los provoca de un modo multiforme.

Por eso es la calle campo de las travesuras y picardías infantiles, escenario de los desafíos y majaderías, escuela de aprendizaje para el carterista, el rata y el pícaro. Todo gesto

de protesta, todo ataque agresivo, encuentra aquí modelo, escuela, imitación. Ante puertas y escaparates, por los accesorios y las cocheras, por los bancos de los paseos ronda y holgazanea la chiquillería proletaria en sus ratos de ocio, sin guarda ni vigilancia. Se cambian impresiones, se forjan planes, se emprenden correrías en común, se dan golpes de mano. "Se cuentan unos a otros esto y lo de más allá, bueno y malo; se enteran de los chismes de la vecindad y los circulan activamente; escuchan y hablan de cosas propias de los adultos e impropias de los chicos; pasan descarada y burlona revista de los transeúntes, y rivalizan entre sí por formular la crítica más repelente. Se apodera del mozuelo en cierne un grado especial por hacer observaciones chocarreras y dirigir pullas insultantes, por apabullar y rebajar a los demás. El dicho mordaz, la procacidad grosera, constituyen desde muy pronto su elemento. Así se va formando el muchacho típico de la gran ciudad con un vocabulario libertino, réplica soez, mirada segura para encontrar todo lo mezquino y bajo de la vida humana, con un corazón tan repulsivamente seco y ordinario, tan arrogante y vanidoso, tan carente de impulsos nobles y pobre de todos los ideales" (Weimer). Quitemos de esta pintura del niño de la urbe, visto a través de los anteojos de maestro de escuela, los toques fatales de patetismo moralinácido: queda siempre, sin embargo, una imagen vista exactamente en conjunto: una suma de formas típicas de protesta, de que se sirve el niño proletario para afirmarse en su medio contra lo insoportable de la existencia. Solidariamente condenado a la más completa impotencia, el chico de la calle ha hecho de la necesidad virtud, coligándose, aunque sólo sea por horas o por días, y en la mayor parte de las veces contra la voluntad de padres y educadores, con sus iguales, para formar una especie de comunidad de la desgracia y corte de los milagros: la comunidad de los chicos de la calle. La historia universal repite aquí su propio paralelo en escala más diminuta. Así como el proletariado, para transformarse en clase, se reunió primero, movido de un presentimiento torpe y confuso y

con sensibilidad instintiva, en muchedumbre accidental, vehículo bien pronto de protestas y acciones colectivas, así la juventud proletaria, con un atisbo todavía inseguro de lo que la hostiga y desampara, se agrupa bajo la bandera invisible de la comunidad, que es voz para sus dolores, gesto para sus protestas defensivas, acción para su sentimiento de sí, símbolo para sus anhelos e impulso hacia lo alto. Con esto el niño proletario sobrepasa la fase segunda de su actitud típica, caracterizada por la rebeldía interna y externa individual, y la de todos reunidos al azar. La fase siguiente se distingue por una acción planeada de lucha franca contra la sociedad, llevada a cabo, bien aisladamente y en circunstancial alianza, o bien por una comunidad organizada y adiestrada al efecto.

Esta comunidad palpita en el ambiente; en un mañana próximo notaremos las huellas de su realidad.

Resumiendo: Si la primera actitud típica en la vida del alma del niño estaba regida por el sentimiento de menorvalía, la segunda, en cambio, constituye la reacción contra ese sentimiento, es la defensa, la protesta varonil.

Con este nombre se comprende todo empleo de medios para la exaltación del sentimiento de la personalidad propia, dirigidos contra la vida, vista como un aparato opresor.

La protesta varonil puede presentarse, tanto en forma de agresión directa como indirecta y valerse respectivamente de medios varoniles o femeninos. Su resultado es el niño terco, o el obediente.

En el niño proletario, la actitud de obediencia corresponde a la misma conducta del proletario adulto ante el patrono durante la primera etapa del período capitalista.

Al fortalecerse la conciencia de clase, el proletario rebelde ha seguido al sumiso. Su retrato en miniatura es el niño porfiado.

La protesta varonil, primeramente, es un acto individual.

A medida que la suerte de los niños se va sumando como clasi-
sista, la calle de la urbe se va convirtiendo en punto de re-
unión de los niños proletarios, en escenario de sus protestas,
y se producen cada vez con mayor frecuencia los motivos y
oportunidades de unificación accidental y pasajera de las pro-
testas. La comunidad de los chicos de la calle nace así.

Ella es la precursora de la comunidad infantil organizada,
que corresponderá crear a la próxima fase de la historia hu-
mana.

III

ERROR

Ningún ser humano escapa de niño a la antítesis natural, grande-pequeño (adulto-joven), fuerte-débil, y por ello ninguno se libra de sentir, dentro de su mundo de vivencias, aquella otra contraposición ficticia, arriba-abajo, varonil-femenino. Pero si todos la experimentan, no todos, en cambio, sacan forzosamente de ella un sentimiento de menorvalía al que hayan de responder directa o indirectamente con su protesta para restablecer el equilibrio. Cada cual, con sus dotes orgánicas y sociales, puede conseguir una posición muy distinta respecto del mundo y de los hombres. Las dificultades interiores y exteriores de la vida son, sin embargo, tan grandes; las garantías para una seguridad satisfactoria del individuo tan pequeñas, que en la inmensa mayoría de los casos —inclusive bajo las más favorables condiciones previas en los aspectos orgánico, social y educativo— los desengaños, depresiones y sentimientos de menorvalía son inevitables. El problema que se plantea es el de cómo debe comportarse, qué debe hacer el hombre en este caso. Impulsado a una actitud hostil contra el mundo que le rodea, puede persistir en esta hostilidad, acen-tuarla, llevarla hasta su extremo, desarrollar la lucha social —la lucha de la comunidad— como plan de vida, y consumirse en la guerra contra sus semejantes. Pero puede también dar una configuración provechosa, imprimir un valor social a las relaciones que le unen con sus semejantes, compensar afortunada y eficazmente su impotencia e inseguridad vitales por

medio de auxilios organizados, sistematizados y alianzas solidarias y sobreponerse así, más o menos terminantemente, a las contrariedades y miserias de la existencia.

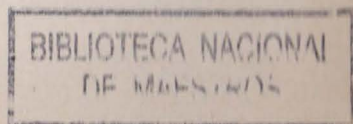
Dirijamos una mirada a los niños que, llegados a una actitud de hostilidad social, pierden conexión con la sociedad y se descarrían. Para comprenderles en la razón más profunda de su ser anímico, necesitamos examinar el conflicto de sus tendencias de seguridad, el antagonismo de su vida instintiva, que representa la última instancia actuante, bien que inconsciente por completo, en sus modos de comportarse.

El instinto vital del hombre se manifiesta en el esfuerzo hecho para realizar una noble afirmación de sí mismo: el individuo quiere afirmarse, por una parte, como forma diferenciada del cosmos; por otra parte, como miembro del mismo y dentro de su seno. Como consecuencia de esto se desarrollan dos instintos: el de seguridad individual —instinto de conservación— orientado hacia la peculiaridad personal, y el instinto de seguridad colectiva que tiende a afianzar el todo, el universo. Ambos instintos están equilibrados, de una parte, cuando al acentuar lo individual no se pone en peligro lo universal —pues con ello peligraría también su parte: el individuo—, y por otro lado, cuando el instinto de conservación colectiva no amenaza destruir la forma individual, pues con ello se malograría en su esencia al individuo, base integrante del conjunto. “En un principio, la raza humana constituía un gran individuo que tenía que defender su forma, luchando contra las resistencias que le oponía la naturaleza, heterogénea respecto a él. Su egoísmo era un egoísmo social, y por ello la economía y cultura primitivas estuvieron constituidas en forma de colectividades comunistas de vida y de trabajo. Más tarde, este gran individuo llamado raza humana, siguiendo su evolución orgánica —la de sus necesidades y capacidad de satisfacerlas, y la de sus facultades espirituales—, se diferenció, adoptando una estructura compuesta de muchos individuos, en grupos o aislados. Una parte del instinto individual de seguridad se volvió ahora contra los mis-

mos individuos, sueltos o agrupados, de la propia raza humana. Comenzó la opresión de los desposeídos por los poseedores, de los jóvenes por los adultos, de la mujer por el hombre. Los individuos ya no tuvieron que hacerse fuertes sólo contra la naturaleza exterior —las inclemencias del tiempo, las fieras, la falta de alimentos naturales— mediante la lucha y el trabajo comunes, sino que tuvieron que afirmarse, además, unos contra otros, cuando en la conquista diversificadora de la subsistencia y en la racionalización creciente de las facultades anímicas, empezaron a acentuarse las diferencias naturales entre los más fuertes y los más débiles. El egoísmo, convertido en sentimiento de la personalidad, empezó a vivir a expensas de los demás, destacándose por el sentimiento de menorvalía, que la raza humana se había visto como tal obligada a experimentar en su defensa contra la naturaleza prepotente, sentimiento que impulsó a buscar compensación y que la hallaba en el deseo de dominio y de valer, en el esfuerzo por adquirir poderío. La voluntad de afirmación individual y la de afirmación colectiva entraron en pugna, pugna que aparece en los dos términos contrapuestos: esfuerzo por adquirir poderío —sentimiento de comunidad.

El instinto individual de seguridad, que estaba orientado al mantenimiento de la forma propia dentro del cosmos, retrogradó trastrocándose en un instinto individual diverso, de seguridad, orientado hacia la conservación de la forma individual dentro de la comunidad humana, mejor dicho, a sus expensas. La personalidad ha suplantado a la persona.

En este momento preciso de la evolución social (que es el que corresponde en el dominio económico a la aparición de la propiedad privada) la raza humana alcanzó aparentemente tan vasto dominio sobre la naturaleza circundante, que creyó poder hacer la asignación para sí misma del instinto de seguridad. Diríase, a modo de comparación, que repatrió sus tropas del frente porque ya contaba la victoria segura, y que las volvió en el interior contra los propios ciudadanos. De este modo un error fatal viene a convertirse en punto de partida del des-



tino posterior de la Humanidad. No es preciso decir que el cambio de esta dirección debe imaginarse, no como algo subitáneo, sino como el resultado de una evolución persistente de centurias, o más bien de milenios. El antagonismo entre individuo y comunidad aparece, pues, como un reflejo psicológico del existente entre los dos instintos de seguridad que originariamente se hallaban en equilibrio: el instinto de seguridad individual y el colectivo. Ese antagonismo de instintos es el que ha puesto a la raza humana en trance de destrucción (Rühle-Gerstel). Ese antagonismo de instintos es también el que se manifiesta en la relación existente entre la sociedad, de una parte, y el niño que se va descarriando y poniéndose en hostilidad frente a ella, de la otra.

Ya vimos que el niño se siente oprimido, postergado, expuesto al peligro y advierte la hostilidad de la vida en su torno, aunque nadie se la manifieste, y observa su mundo circundante y se forma una imagen de las relaciones, dependencias y proporciones de las cosas, que es deficiente y torcida, como vista infantilmente, en la mayor parte de los casos, pero imagen, al fin, influyente y decisiva que da medida y sentido a su concepto en formación del mundo y de las cosas. Y según sea la condición de esa imagen y del concepto del mundo que se está formando bajo su efecto, así será la actitud anímica que adopte el niño, la táctica que desarrolle, así se forjará su carácter, deducirá de él sus conclusiones prácticas y formará más y mejor su hombre interior íntegramente.

Se ha entendido que el carácter era algo ingénito del hombre, algo más o menos fijo y acabado que trae consigo, algo que apenas si permite después cambio en su totalidad. Observaciones hechas con personas que se encuentran ligadas por una relación común de descendencia, parecen frecuentemente confirmarlo. Adler es de un parecer muy distinto. De igual modo que rechaza "la vinculación forzosa a un substrato orgánico", ha de rechazar también, para los fenómenos de la vida del alma, el don transmisible del carácter como algo permanente en su esencia. El ve más bien en el carácter la resul-

tante de los surcos y caminos principales que la conducta del niño, siempre constante e idéntica en sus rasgos básicos, ha dejado tras sí sobre la blanda superficie de su vida anímica. La clase de su posición originaria en el mundo circundante condiciona la de su actitud típica frente al mismo, y ésta, a su vez, la configuración en proceso de su carácter; la cual domina y rige ya en lo sucesivo de tal manera su comportamiento anímico, que siempre fluirá en dirección unitaria y como al imperio de un fin marcado, permanentemente fijo.

Las primeras impresiones de la niñez son de importancia fundamental para la constitución del carácter. Si estas impresiones son amables, alegres, rosadas, alentadoras, el niño empezará entonces su carrera con un fondo —pequeño, es cierto, pero precioso— de predisposiciones activas, positivas, a las que pronto se agregarán numerosas ayudas y refuerzos desde el mundo de las vivencias personales, mediante el trabajo tendencioso de la memoria, que sólo incorporará experiencias deseables y convenientes al caudal de los recuerdos, pues apartará de sí las que sean indeseables.

Por el contrario, si vienen ya al principio impresiones y vivencias sombrías, espantosas y deprimentes, entonces la continuación del curso de la vida irá acompañada constantemente de estados de ánimo y sentimientos matizados de miedo, abatimiento, depresión y pesimismo; la modalidad de conducta del niño se cuidará toda ella de que sólo tenga siempre experiencias penosas, y la memoria, tendenciosamente, mantendrá con una selección y acopio unilateral de recuerdos, el lado sombrío de la vida, en permanente resalte.

El niño proletario comienza su vida en una atmósfera tan saturada de temores y preocupaciones, contrariedad y hostilidades, dolores, conflictos y tragedias, que es casi maravilla que el pequeño no caiga, apenas abre los ojos, desprevenido, en manos de esa cuadrilla de tenebrosos demonios que le acechan para asaltarle, anunciándole con voz amenazadora y multilingüe todas las penalidades de la vida que le aguardan.

No hay pan en casa, el padre está sin trabajo o ha sido

víctima de un accidente del mismo, se halla enfermo, beodo o en la cárcel; falta calefacción en el hogar, la casa está sin arreglar, la madre marchó al trabajo. Hay disputas, peleas, tundas; los vecinos alborotan o viven llenos de enemistades. Altercados con el tendero, con el cobrador de los alquileres, con el ejecutor del Juzgado, con la policía. En las escaleras, patios y pasillos superpoblados, domina un acento irritado, una chismorrería envidiosa, un tono grosero. Toda la pesadumbre de ganarse la vida, de la lucha por la existencia, de las necesidades múltiples, el tormento terrible de la perpetua inseguridad de vivir, arrojan sus reflejos sombríos y excitantes, ya en los primeros días, en las primeras semanas, en los primeros meses de la vida y de la experiencia infantil. Imagínese la impresión que recibirá un niño cuyos padres viven en circunstancias sociales de infortunio, de mala vivienda, bajo la presión de la indigencia y la servidumbre o aun del acoso y persecución política, y, frente a este caso, imagínese la impresión del niño cuyos padres están seguros materialmente y bien acomodados, tienen un hogar confortable y llevan dentro de un círculo de amistades, con diversiones, fiestas y recreos, una vida bella y arreglada, tienen una ocupación desempeñada gustosamente y con resultados satisfactorios. Estos dos tipos son tan distintos, que por la mirada, por el hablar, por el porte, puede asegurarse a qué medio pertenece cada niño. El uno permanecerá abatido, asustado, ensimismado, serio, pesimista, cobarde y amargado ante la vida o bien arrogante, levantisco, insolente, maligno, mientras que el otro se muestra ante las cosas firme, abierto, libre, alegre, consciente de sí mismo y lleno de gozosa actividad. Nada de extraño tiene que, ante la pregunta de qué cosa es la que les produce miedo, los niños burgueses contesten que los trabajos escolares, y los niños proletarios, que los golpes. Así como tampoco es casual que el 30 por 100 de los sueños de niños proletarios los constituyan pesadillas y sueños de persecución, dándose sólo un 2 por 100 de éstos en los niños burgueses. El niño proletario tiene razones bastantes para tener miedo ante la vida, porque ésta se

porta dura y cruelmente con él, es fea e injusta y se le opone como enemigo. Por eso encontramos al niño proletario receloso, lleno de suspicacias, hostil.

Examinando los sueños de persecución que recoge Carla Raspe en sus investigaciones, sabemos quién suscita en los niños el terror y el espanto. Es, en primer término, el varón adulto, portador de la máxima fuerza autoritaria; sólo de vez en cuando y en corto número de casos es el diablo, un duende, una bruja. Intimamente relacionados con esto se hallan los sueños escolares, siempre matizados desagradablemente por situaciones molestas y en los que aparece el maestro en su papel de tirano escolar a quien se teme.

El miedo al padre que domina y manda, al maestro, que amenaza y castiga, fundamentalmente, no es más que miedo ante cualquier problema difícil, ante cualquier fracaso. Tan pronto como confía su navecilla al mar de la vida el niño padece en todas partes y a cada momento. Un desengaño, un golpe en falso, le afectarán tanto más ásperamente cuanto más sensible, susceptible y excitable sea. Si se trata de un ser robusto, enérgico, activo, que a través de favorables vivencias de niñez llegó a tener un sentimiento de comunidad desarrollado reciamente, o está pertrechado de una gran ambición, entonces no se dejará desconcertar y arredrar por el primero, ni tal vez siquiera por múltiples fracasos; emprenderá la lucha contra todos los obstáculos hasta que haya vencido. En cambio, si lleva a bordo de su navecilla un lastre más o menos pesado de sentimientos de menorvalía, entonces la embarcación marchará tambaleándose insegura y zozobrá al primer embate. Su suerte está echada. El niño, así dispuesto, no podrá eludir el fracaso como línea capital de su plan de vida. Si rebaja muchas unidades de su valoración propia, las adversidades y hostilidades del mundo que le rodea se agigantarán ante sus ojos como montañas. En esta atormentadora discordia se desvanecen los mayores ánimos. Abandonará el campo principal de su actividad y buscará una escena secundaria. Huye. Esquiva los problemas en que debiera probarse de nuevo, las ocasio-

nes en que teme nuevos descabros. Deja el camino real de su vida y echa por caminos adyacentes, por caminos extraviados. El niño está perdido.

El extravío infantil comienza en la mayor parte de los casos con callejeos, trasnochadas, vagabundaje. En ese punto coinciden todas las observaciones hechas sobre niños abandonados, todas las estadísticas de establecimientos de asistencia social. Así, por ejemplo, en el 64,8 por 100 de los niños acogidos en la institución educativa de Flehingen, el abandono se inicia con vagabundaje. Este mismo concepto lo consigna la Central Alemana de Asistencia Juvenil con un 15 por 100; Cramer, en Hannover, con el 26 por 100; Rizer, en Westfalia, con el 24,5 por 100 de los casos de asistencia registrados estadísticamente por ellos. Puede suponerse, pues, que estos números quedan muy por debajo de la realidad.

En muchos casos la causa de la fuga son los castigos probables o inminentes. El niño teme la humillación tanto como el dolor. "¡Espera, ya verás cuando vuelvas a casa!", resuena en sus oídos la amenaza del padre enfurecido, de la madre colérica. Entonces al niño le parece lo más prudente, pues, no volver a casa. Así se evita la humillación, la reprimenda. Su ambición y sentimiento de valer no toleran la lesión afrentosa hecha por la ventaja brutal de ser más fuerte. Aquí la relación causal está bien clara. Pero a menudo el tejido de motivaciones, entre niño y maestro, que desatan el vagabundeo de aquél, está oculto por completo. Carlitos, por ejemplo, niño de cuatro años, tenía una madre excelente que se preocupaba de su educación con una devoción y celo incansables; pero Carlitos se escapaba tan pronto como podía, corría detrás de cualquier carruaje todas las calles del barrio, permaneciendo ausente todo el día con grandes cuidados de la madre. No fué cosa fácil averiguar la causa profunda de esta inclinación al vagabundeo. Resultó al fin que de lo que Carlitos huía era del exceso de celo educativo. Su natural independiente y cons-

ciente de sí mismo no soportaba el ir constantemente conducido con los andadores de la voluntad materna. La inclinación peligrosa desapareció con la menor intervención educativa, es decir, con la menor influencia autoritaria. Adler informa de un niño de cinco años que tomó como ofensa y desconfianza de él, que los padres al ausentarse cerrasen el armario con llave, así que vino a proporcionarse un íntimo triunfo sobre éstos haciéndose con una falsa y abriéndolo y saqueándolo como un taimado ladrón. Y cuando su padre le decía: "¿De qué te sirve esto, si cuantas veces lo hagas yo lo averiguaré?", él paladeaba el soberbio sentimiento de su propia superioridad, puesto que su padre ignoraba la segunda parte del hecho, es decir, lo que él realmente había robado.

Los principales motivos del abandono infantil nacen de la vida escolar. Ya sabemos qué papel está obligado a desempeñar el niño en la escuela; conocemos su posición respecto del maestro, y basada en la propia experiencia —y no en último término—, tenemos una idea de las innumerables dificultades que plantea el mecanismo del estudio, mortífero para el espíritu y para el alma. Llega un día en que el niño se ve —sean cualesquiera los fundamentos— dentro de un conflicto que cree no poder dominar. En la mayor parte de los casos se trata de que no le es posible satisfacer ésta o la otra exigencia que la escuela impone a su capacidad de rendimiento.

Tal es el caso de los niños bajos, desmedrados, los que padecen enanismo, los raquíticos, los retrasados corporalmente respecto a su edad cronológica; su espíritu, también desarrollado insuficientemente, ha quedado débil y pobre. Tal es el de los niños desidiosos y tardos, de temperamento flemático y de cortos alcances, de torpe capacidad de comprensión; habrían seguido el paso general si al estudio no se le hubiera dado uno tan rápido; un poco más de tiempo, un poco más de paciencia y habrían alcanzado la meta. Tal sucede con los niños pícaros y juguetones; ¡ah!, con ellos no marchan las cosas tan mal; que no están atentos nunca, esto es cierto, y que la mayor parte del tiempo están pensando en las musa-

rañas en vez de pensar en las cosas de la escuela, también es verdad; pero todo tendría arreglo si la escuela no fuese tan aburrida. Tal es el caso, finalmente, de los holgazanes, niños los más duramente hostigados, los castigados con más frecuencia por los maestros. ¿Son realmente holgazanes, desaplicados?; ¿no será la holgazanería, en la mayor parte de las ocasiones, una máscara protectora con que se cubren para evitar después de los fracasos sufridos el tener que someterse a pruebas ulteriores? “El niño holgazán —dice Adler— sabe apelar siempre a su holgazanería; que le suspenden en un examen, ella tiene la culpa, y sobre ella descarga la razón de sus descabros, más de buen grado que sobre su incapacidad. Necesita, como un malhechor experto, preparar su coartada; necesita por la holgazanería explicar la causa de su fracaso, y lo consigue; con ella queda siempre a cubierto, el miramiento a su pundonor, guardado, aliviada su situación anímica”, con lo que, al mismo tiempo, queda también salvado el orgullo de los padres, quienes prefieren tener un hijo holgazán a un hijo tonto.

Bruno Harms sometió a los niños retrasados de cierta escuela municipal de Berlín a un riguroso examen de la inteligencia, y pudo comprobar que “las perturbaciones residentes en la disposición anímica del niño, es decir, los fenómenos que se acostumbran a comprender bajo el nombre común de torpeza y holgazanería”, eran, en el 87,5 por 100 de los niños (según otra investigación de Ernst Haase en el 69,3 por 100), las causas manifiestas de su estancamiento (intelectual). Con una organización de la actividad escolar que estuviera mejor orientada hacia el ser del niño; con una posición distinta entre maestros y escolares, sobre todo con una comprensión mayor del maestro para los procesos y relaciones anímicas que sirven de base a la conducta del niño, el abandono de éstos podría desarraigarse en parte muy considerable. Hoy no puede ni tratarse de ello siquiera. “El maestro se halla abrumado de excesivo trabajo. Hay que aligerar su tarea. El inspector viene a la escuela para convencerse de si la labor marcha bien; no

quiere otra cosa. Estos jóvenes, a la verdad, no contribuyen en lo más mínimo a hacer llevadera la tarea, más bien se adhieren como pesos de plomo a los pies del maestro. Vienen una vez y no vuelven, sólo porque los chicos les estropean la lección. ¿Cómo va a agradecerles a ellos la sociedad detestable de estos muchachos que nunca hacen correctamente sus ejercicios, que nunca consiguen aprender a recitar unos versos, que siempre se están riendo burlonamente, prontos a cualquier desmán? Con tales chicos —piensan— hay que apelar forzosamente al lenguaje de los bofetones; otro no lo comprenden. Bueno, pues se les habla en ese lenguaje, acompañándolo de las constantes amonestaciones: “¡No llegarás a ser nada nunca en tu vida! ¡Ten cuidado, porque si no, pronto vuelves al correccional!” No sospechan siquiera que ellos mismos, con esta clase de trato, les están allanando el camino de la cárcel” (Günther Dehn). Realmente, este trato es la preparación más rápida en la carrera que acaba en el correccional. Le sobra razón a Adler cuando afirma que el peor de todos los malos principios educativos es pronosticarle a un niño que de él no se sacará nunca nada de provecho y que tiene trazas e índole de malhechor. Con eso se le va minando el último asidero que el niño encuentra dentro de sí; no se le permite ser otra cosa que culpable, y se le hace que lo sea para imponerle el castigo.

Tan pronto como el niño se descarría y ha buscado, por consiguiente, nuevo escenario, campo nuevo a su actividad, tiene que tender en seguida a afirmarse eficazmente, a quedar encima, a desempeñar un papel que halague su sentimiento de sí, que satisfaga su ambición.

El extravío ha comenzado con subterfugios y escapatorias, embustes, intercepciones de avisos y comunicaciones del maestro a la familia, falsificación de firma, engaños de toda clase. Afortunadamente, ya se ve libre de la escuela. Ya puede rondar por sus alrededores sin entrar en ella. Ahora a llenar el tiempo libre. Hay que tomar precauciones para no ser visto

por parientes conocidos durante las horas de clase, y, acaso, para que la policía no le detenga a uno. Hay que ir preparando las excusas, discurrir maniobras y engaños para que el triunfo quede constantemente asegurado. De este modo, el niño toma una serie de medidas preparatorias y protectoras al servicio de su seguridad, de su quedar encima. Despliega gran curiosidad por todo; todo le interesa, todo lo husmea; tiene un ansia enorme de querer verlo todo, de estar minuciosamente al corriente de todo; se hace ingenioso, ladino, ducho; se torna descarado, astuto. Todo este investigar y orientarse, todo este ponerse a cubierto y asegurarse, sirven al fin de realzar la personalidad, construirla, hacerla capaz de nuevas empresas. Pronto se plantean éstas.

En primer lugar, el niño, que ha abandonado la línea cardinal de su vida y empieza a tomar una línea secundaria, necesita tener una ocupación, una actividad a la que consagrar su sentimiento de valer. Naturalmente, una ocupación, no en el viejo, anterior sentido, pues entonces volvería a caer bajo la autoridad, de la que ya se ha escapado.

La mayoría de los abandonados procede de padres que trabajan en un oficio, industria, comercio u ocupación jornalera. Esto lo han comprobado ya Mischeler, en Steiermark, y Rupprecht, en Baviera; Planner y Zingerle lo demostraron también en base a investigaciones realizadas en el Instituto de Previsión de Waltendorf. En Baviera, el 1/5 (20 por 100) de los abandonados; en Steiermark, el 39,5 por 100 eran hijos inmatrimoniales; en el 42,6 por 100 de los casos la muerte de la madre era la causa manifiesta del abandono. Seifert comprobó también que el 89 por 100 de las muchachas de edad escolar, de los institutos de asistencia sajones, en 1912, procedían de un medio excepcionalmente anormal.

El abandono es, pues, un fenómeno fatal en la vida de grandes sectores de la juventud proletaria. No se trata de casos circunstanciales aislados, sino de un fenómeno social de amplio resalte. Por esto, el niño proletario, una vez que se extravía, tropieza a cada paso con otros que han corrido la

misma suerte. Son sus hermanos de desgracia. Muy pronto se hace su camarada de alianza, convirtiéndose en seguida en miembro de un convivio¹, de una banda. La formación de bandas es, en realidad, la etapa que sigue al abandono. Y en esta etapa, como miembro de una banda, a veces como capitán de ella, es cuando el niño encuentra una actividad nueva.

Formando tropeles o cuadrillas les vemos en los accesorios en penumbra, en las cercanías de las estaciones, donde se ofrecen oportunidades para recados circunstanciales con propina, para cometer pequeñas raterías y realizar interesantes experiencias; las entradas de los cines, que representan una verdadera universidad de la picardía, la habilidad, el atrevimiento, la audacia; en las verbenas y ferias, en los rincones peores de la urbe. "Nunca falta uno o varios que son más calificados para actuar; surge la concurrencia entre los ambiciosos. A cada cual se le ocurre alguna idea de lo que puede llevarse a cabo en una u otra circunstancia. Correspondiendo con las formas adultas, existe también un pundonor profesional entre los niños abandonados. Esfuérzanse todos por planear hazañas y ejecutarlas con maestría para adquirir fama ante sus camaradas, empleando siempre, sin embargo, toda su astucia y artería, porque desconfían del éxito —y esto es una consecuencia de sentirse cobardes— si proceden abiertamente. De resultarle a alguno bien este procedimiento, lo reitera una y otra vez. Algunas veces van a parar a la banda menorválidos espirituales. Estos se convierten en blanco de todas las burlas y bromas, con lo que su orgullo se exagera, llevándolos a realizar hechos extraordinarios. O bien, acostumbrados de su casa a una disciplina excepcional, ejercitados en la docilidad, se les ordena y ellos ejecutan. Acontece con frecuencia que uno idea cualquier fechoría, y es el más pequeño e inexperto, el menorválido, quien la emprende" (Adler). Según su estructura anímica, los niños abandonados se caracterizan por un rasgo distintivo que en ellos resalta de ordinario más acusadamente de

¹ En el sentido de convivir.

lo que sucede con los adultos. Su esfuerzo por adquirir poderío se potencia inusitadamente por efecto de cualquier humillación o desengaños sufridos que desencadenan un fuerte sentimiento de menorvalía, con el que padece tanto su sentimiento de clase que llegan a perder contacto con el mundo adyacente. Es bien cierto que ellos realizan repetidos intentos para constituir una comunidad; pero sus bandas sólo son un remedo mezquino y sustitutivo completamente ineficaz de ella. De este modo van cayendo cada vez en mayor aislamiento; cada vez se ven más claramente situados fuera de la comunidad adulta, y, mientras más tratan de reforzar su valer propio mediante actos violentos, rasgos de bravura, etc., se ahonda más el abismo que les separa de la sociedad. La desesperación de verse expulsados y aislados les hace al fin malhechores.

Unos comienzos semejantes tiene el abandono de las muchachas. El fracaso en cualquiera de los aspectos del estudio da como resultado la asistencia irregular a la escuela; el rehuir los trabajos, el merodeo, la conducta desarreglada; vienen después la seducción y el robo: el final es la prostitución.

En la sociedad presente la única legitimación moral de la sexualidad se da en el matrimonio monogámico, es decir, "en la posesión de una criatura humana para el servicio sexual exclusivo, vitalicio, de procrear descendencia con derecho (hereditario) de sucesión legal". Este matrimonio, como institución social, se halla asegurado mediante responsabilidades materiales, jurídicas y morales que se corresponden con los intereses social-económicos e ideológicos originarios de la sociedad, contribuyendo así a afianzar su existencia.

La sexualidad fuera del matrimonio se castiga. Especialmente en la mujer, pues con ella el peligro del producto de la falta genésica, como consecuencia de provisión económica insatisfactoria de la madre y del niño, proviene prácticamente del padre, que a nada se obliga. Si la infracción de esta moral sexual viene de parte de la mujer, por abandono, liviandad,

sentimiento deficiente de responsabilidad, entonces la sociedad castiga a la madre soltera —como ya hemos visto— con la proscripción y el descrédito. Y si la transgresión se produce como única y forzosa salida ante las discordancias que nacen de las funciones del mecanismo coactivo ético-sexual, convirtiéndose en industria y medio de ganarse la vida, entonces resulta la prostitución. Frente a ella la sociedad adopta una doble actitud: se ve obligada a proscribirla porque viola la moral sexual oficial, y tiene que tolerarla porque constituye una válvula de escape para las presiones a que la forma del matrimonio no provee de solución alguna. En rigor, entre el matrimonio burgués y la prostitución no hay fundamentalmente ninguna verdadera diferencia. Si el matrimonio burgués es la cesión del cuerpo de una mujer a un varón para su beneficio vitalicio contra una sola prestación global de garantía económica, la prostitución es la entrega del cuerpo de una mujer a un hombre contra su pago en cada caso aislado de uso. Una y otro, fundamentalmente, son lo mismo, con la única diferencia de que en el matrimonio la responsabilidad del varón se extiende más allá del acto sexual, y en la prostitución, no. Este es el punto diferencial. Pues no es el pago del acto sexual, sino la responsabilidad para sus consecuencias, lo que más cuenta en los intereses originarios de la sociedad. Por eso, la prostitución en ella pasa por un mal, es cierto, pero un mal necesario; se considera como un vicio, es verdad, pero, sin embargo, un vicio tolerado socialmente, reglamentado oficialmente, un vicio grato al varón, un dulce pecado.

Nos estamos refiriendo sólo a la prostitución de la mujer. Prescindiendo por completo de consideraciones fisiológicas, en una sociedad de cultura varonil no hay otra prostitución más que la femenina; no hay nunca prostitución masculina, porque tal degradación y deshonor —y así es como realmente siente hoy la prostitución el sexo femenino— el honor del sexo masculino dominante no las toleraría en manera alguna. Sólo el varón es beneficiario de la prostitución; en cambio, la mu-

jer es su representante y víctima. La muchacha abandonada llega a hundirse, al fin, en lo más hondo de sus abismos. Hoy no es ya ningún hecho raro y excepcional el de que las muchachas en edad escolar, niñas por consiguiente todavía, ejerzan la "industria de la prostitución", como se la llama en lenguaje legislativo. En todas las estadísticas, institutos de asistencia social, clínicas, encontramos casos de ello. E incomparablemente mayor es sin duda el número de aquellos otros que nunca salen a la luz del día, que no registra estadística alguna.

El estudio sociológico del problema de la prostitución nos ha mostrado que ésta es un fenómeno de clase cuya silueta histórica se destaca siempre sobre el fondo de un mundo en que existe la posesión y la desposesión, y su auge coincide con el de la economía capitalista, la cual lo ha convertido casi todo, poco a poco, en mercancía; y que la miseria, el hambre, la indigencia social, la falta de trabajo, el alcoholismo, constituyen los semilleros en que se desarrolla con máxima exuberancia la prostitución al lado de otras plagas sociales. Por eso la muchacha proletaria se encuentra expuesta a ese peligro como ninguna otra, y, en efecto, los hechos muestran hasta la saciedad que el ejército de las prostitutas está reclutado, de un modo predominante, entre las capas sociales más insuficientemente garantidas de subsistencia, en primer término entre muchachas de servicio. En cuanto a los procesos anímicos que se producen en la muchacha al entregarse a la prostitución, y respecto a la cuestión de por qué en determinados casos esos procesos anímicos llevan a ella y en otros no, a esto sólo puede dar respuesta definitiva un estudio psicológico. Ya se hizo notar que la muchacha proletaria se halla perjudicada, dentro del marco de la cultura presente, por un triple concepto: como proletaria, frente a la burguesía; como niña, frente a los adultos, y como muchacha, frente al sexo masculino. Padece la injusticia social en el grado máximo en que hoy existe. ¿Cómo ha de sorprender que aniden en ella los sentimientos de menorvalía con una dimensión y volumen extra-

ordinarios, que influyan sobre su vida anímica y decidan en su conducta? Su esfuerzo por adquirir poderío se ve espoleado incesantemente y con la mayor vivacidad. El deseo de ser independiente, libre, válida plenamente como el varón, da a la línea cardinal de su plan de vida la nota predominante.

Ahora bien; la mujer, en el seno de nuestra cultura masculina, está expulsada y excluída de la mayor parte de las posibilidades de actividad. Sólo raramente y en medida muy modesta puede ella abrirse camino en circunstancias excepcionalmente favorables —y en la mayor parte de los casos después de larga y tenaz lucha— dentro del campo científico, artístico, de los negocios, de la política. La mujer se ve relegada a su papel de ser sexuado, a su función femenina inalienable. Aunque lo soporte con dificultad, porque tiene que asumir sobre sí todas las consecuencias de la sexualidad, a pesar de todo, hace de la necesidad virtud; en el momento en que se siente capaz del comercio sexual, en el instante en que se ve que puede deparar un placer, sin perjuicio del suyo propio, queda descubierto para ella un instrumento de poderío, una superioridad de que se sirve en la lucha de su convalidación frente al hombre. Se convierte marcadamente en ser sexual, hace de su condición natural una preeminencia, se sitúa en el puesto en el que aventaja al varón, y allí desenvuelve todos sus instintos de libertad y dominio desplazados, para los cuales no había conseguido que se le consintiese ningún otro campo de actividad. La vagina es su arma de afirmación en la lucha por el poderío.

Ahora bien; si acaso aconteció a la muchacha el haberse sentido ya, en una temprana juventud, dentro de una atmósfera pervertida y contaminada, cuando quiera y como quiera que ello fuese, víctima de la superioridad varonil —y ese caso puede darse por seducción, ataque sexual, violencia, así como también por burlas y chanzas en su trato con hermanos, camaradas, etc.—, entonces la niña comienza a revolverse contra su papel femenino. Siente su feminidad como una postergación y un agravio, y alimenta, cada vez con más

fuerza, la apetencia de poder conducirse como los chicos, de poder obrar igual que el varón; menosprecia, más ostensiblemente cada vez, la conducta, la modestia, el decoro femeninos, creándose conflictos y choques con padres y educadores incomprensivos, conflictos de los cuales sale siempre malparada y compelida a reforzar con más ahinco su oposición y resistencia. La espera del marido, el dejarse galantear, el casamiento, la maternidad, todo el destino de un ama de casa, se le aparecen como flaqueza, indignidad, sumisión, cautiverio, ignominia. Por el contrario, se le hace grato y apetecible ser ella misma quien galantee, elegir a su arbitrio novio, despedirlo cuando esté cansada de él, rebajar al varón, explotarlo, despreciarlo, vengarse en él de todas las humillaciones que de él y de su sexo hubo de soportar. El único medio que tiene de rendir al varón y triunfar de él es la sexualidad. Por eso la muchacha hace de su sexualidad el arma de combate, objeto de vida y de industria, órgano de su triunfo cotidiano. La prostituta se comporta como un varón activo. Galantea, explota materialmente a los visitantes, desvaloriza con la frigidez sus vivencias placenteras, se convierte en sostén de su rufián, del que se sirve por su propio agrado para sus necesidades sexuales, mantiene relaciones con las muchachas, se siente vivir por encima de los mandamientos morales de la sociedad y mira con hostilidad y menosprecio a la mujer burguesa, que ante sus ojos representa el ejemplo de la más vergonzosa debilidad femenina. La prostituta se ha conquistado una libertad varonil, pero sin la protección social y los derechos que acompañan a la calidad de varón. Ha tenido que conquistar su libertad a cambio del destierro social. Vive aislada, separada, repudiada socialmente. Aquellas tres hijas de una pobre mujer, de las cuales una ingresó en el claustro, otra se dedicó a la prostitución y la tercera se suicidó, tuvieron fundamentalmente una y la misma suerte: bajo la opresión de pésimas escenas familiares, en las que la madre se hallaba sometida al padre brutal, las tres huyeron de su

papel femenino y del mundo, las tres terminaron con la sociedad.

En conexión con la prostitución debe citarse al rufián que se recluta en el ambiente de los jóvenes abandonados. Separado de la comunidad, a la busca de su rehabilitación, de nuevas posibilidades de valer, corriendo tras los éxitos fáciles, tras incesante satisfacción de caprichos de dominio, viene a parar a una prostituta, que le acoge porque ella le utiliza sexualmente, del mismo modo que él se aprovecha materialmente de ella. Ella es su sostén, él su protector. Ella es socialmente superior y le permite a él su papel de caballero; él pruébale a ella su virilidad en los actos sexuales y la libra del papel de mujer burguesa sometida. De este modo, ambos se compensan recíprocamente en el trueque de las relaciones matrimoniales burguesas, unidos por el mismo medio, la misma enemiga contra el orden social, el mismo alejamiento de la sociedad. Para el varón, fuerte a medias que cae en el abandono, el papel de rufián constituye una aparente redención del sentimiento de personalidad, aparente porque acontece sin la resonancia social, pues, en realidad, cada vez le aleja más de las relaciones sociales, llevándole definitivamente al fondo del abismo. Pero al fin y al cabo, es una redención y esto le satisface.

La etapa siguiente del camino hacia ese abismo inevitable es, por lo general, la sala del Juzgado. En ella coinciden, más pronto o más tarde, todas las formas y grados del abandono. Todos los yerros y extravíos, todas las sublevaciones y rebelías contra el sentido y esencia de la comunidad hallan aquí su indeseada cita. A la comparecencia del niño ante el juez precede, casi siempre, "una serie de humillaciones que, tempestuosamente, se precipitan sobre él en el hogar, en la escuela, en la sala de clase, acrecentando sus dificultades interiores, pero fortaleciendo también su seguridad, su destreza y sus técnicas. Y es entonces cuando tiene que enfrentarse con

su juez. Quizá se le ha amenazado ya con él muchas veces. Sus temores le hacen presumir nuevas humillaciones más penosas. La conducción al Juzgado, el aparato y solemnidad exterior de una sesión judicial, la jerarquía simbólica de los diversos magistrados, el fiscal, la lectura del atestado, la firmeza, la rapidez y severidad de los trámites procesales, todo esto impresiona fuertemente al niño, que se siente desamparado. En su rostro, en sus ademanes y movimientos se puede leer su gesto interior, el miedo, la vacilación, la evasiva, o la actitud firme y resuelta, la hostilidad, la arrogancia y la altanería. El juez, visto desde la línea generalizadora —guía de su vida—, se le aparece únicamente como una reencarnación del padre, de la madre, del maestro, del *dómine*, de todos cuantos hasta entonces le han venido tratando siempre hostilmente, molestándole, insultándole o castigándole. Antes, pues, de que el juez haya hablado con el niño, ya éste se ha confirmado, dentro de su línea normativa de conducta, en su posición y forma de comportarse propias, ya ha adoptado la protesta neurótica" (Naegle).

Es cierto que no son únicamente niños proletarios los que tienen que comparecer ante el juez de lo criminal, así como también sería en fin de cuentas erróneo creer que todo el ejército de los que sufren abandono y extravío se recluta entre la descendencia del proletariado. El orgullo de la burguesía, que sólo ve en la cima y abismos de la vida a la clase proletaria, llevada por su vanidad, confunde y toma su deseo por la realidad verdadera. De hecho, también la juventud burguesa cae en la sentina social; sólo que ella goza del privilegio de su cultura de clase. Esta cultura no incluye entre los punibles actos no menos reprobables y despreciables éticamente, y no los incluye en razón a que no perjudican sus intereses de clase, mientras que, por otro lado, persigue rigurosamente y castiga con dureza acciones completamente inocuas que sirven al interés de la clase proletaria. Hasta cuando se aplica para ambas partes la misma norma, el miembro de la burguesía consigue en incontables casos, por el dinero, la protección

influyente, las relaciones, etc., liberarse de la pena de ciertos delitos. En cambio, el que es un pobre diablo, el proletario, queda preso entre las mallas de las leyes. Un día comparece ante el Tribunal. El juez es el representante de la autoridad social y política. La misma autoridad de la que ya siendo niño ha sido víctima, está dentro de él. En sus manos, revestido del derecho, empuña el poder de la clase poseedora. Esa misma clase que en fin de cuentas es la culpable de que el niño comparezca ante el juez. Este tiene que fallar con arreglo al derecho vigente sobre los actos del niño —ese derecho mismo, que, bien visto, significa la fuerza con que la preponderancia de los poseedores ha de defenderse contra los ataques de los desposeídos. El niño que abandonó los caminos trazados por los detentadores del poder social, que se ha sublevado contra la autoridad poniendo con ello en peligro los intereses de los poseedores, y que ahora se ve ante el juez, defensor profesional y mercenario de estos detentadores del poder y de estos poseedores— este niño se encuentra desde el primer momento en una posición perdida sin remedio.

Ahora, ante el Tribunal, sólo puede conducirse de dos modos; cada niño, según su plan de vida y carácter: o terco y arrogante, o sumiso y obediente. Si se comporta como niño obstinado, sostendrá el hecho de que se le culpa, no lo negará, sino que lo justificará, lo razonará como necesario, lo defenderá. Si no con palabras, por lo menos con el pensamiento. Se sublevará, pues, contra la ley y la lógica de la ley, quizás, incluso, contra la persona del juez; grita, porfía, se siente ofendido, se pondrá fuera de sí, procederá con osadía y, consciente de sí mismo, alardeará de su derecho, provoca al juez con aire retador o con mutismo perseverante asume el papel heroico. No tendrá ya buen juez.

Porque éste, con pleno conocimiento de su posición autoritaria, rebosante, en la mayor parte de los casos, de sentimiento de superioridad y de ínfulas de infalible, por cualquier cosa, aun por el más nimio intento de darse a valer de otra autoridad que no sea la suya, se siente personalmente agredido,

provocado, ofendido en su susceptibilidad hasta la exageración; en seguida se yergue con toda la altura de su dignidad frente al insolente que se le ha atrevido, para aplastarlo sin clemencia. Grita al niño, le amenaza, le insulta, motejándole de perdido, vagabundo, malhechor, le asaetea con miradas furiosas, gestos aterradores, ásperas palabras, le profetiza el correccional, el patíbulo, el fin más espantoso. Como él es el más fuerte de nada servirán todas las protestas, intentos de defensa y buenas razones del niño. Su destino se cumple. En un oscuro calabozo podrá meditar sobre el derecho y la equidad que rigen en este maravilloso orden del mundo, y podrá aprobar su primer curso en la escuela superior del delito con aplicación y provecho, para que la próxima vez salga mejor parado y escape, a ser posible, sin desdoro.

El niño obediente, de igual modo que en la vida, ante el juez hace un papel menos molesto, menos desairado. Lloro, muestra visiblemente un gran arrepentimiento, habla con una voz salpicada de lágrimas, se siente culpable, está contrito, promete la enmienda. Y no es que él disimule y represente una comedia; su actitud, bajo la presión autoritaria del juez, ante la situación entera, corresponde perfectamente a la táctica que ya usa desde antiguo en todos los casos difíciles, y que consiste en ceder, humillarse, obedecer. Este niño permanece fiel a sí mismo en todos los casos. Pero precisamente porque esa postura no es otra cosa más que la protesta, la agresión indirecta que obra con rodeos y se halla forzada a una actuación tortuosa, después de haber hecho al juez todas las concesiones, sobreviene en seguida la rebeldía para salir de esa situación opresiva.

El niño quiere recobrar su valer, luego de haber soportado todas las humillaciones. Apenas escapa de las garras del juez, y ante el estupor y la indignación de todos los que habían creído en la sinceridad de su arrepentimiento y habían estimado enteramente moral su conducta, se venga de la humillación de que se le ha hecho víctima, hasta que recae en otra situación idéntica. Entonces la cadena comienza de nuevo. El

juez que no penetra en estas relaciones causales, porque no tiene nada de pedagogo y mucho menos de psicólogo, se deja engañar por la táctica del niño sin sospecharlo. Adopta una postura paternal, le habla con tono paternal y, paternalmente también, apela a la conciencia del niño. Con esto él cree haber herido su cuerda sensible, haber encontrado el camino de su corazón; craso error, porque el padre precisamente es la personificación tan odiada del niño. Podrá éste querer y respetar a su padre, pero en el inconsciente todo él se rebelará contra la autoridad que aquél encarna. El niño no precisa en tales ocasiones encontrar en el juez un padre, sino un buen camarada; no necesita ver en él un superior, sino un semejante. Por pura táctica pasará por una sumisión aparente o un compromiso. Pero al momento siguiente surge de nuevo su afán de poderío, arroja la máscara y con la reincidencia le prepara al juez un grave desengaño. Este se halla a punto de valorar su actitud moralmente, pero ella no tiene en absoluto nada que ver con lo moral. No es más que un eslabón preparado por el niño en la cadena de su afianzamiento vital, una autoayuda psíquica. Ni por un lado ni por el otro le lleva ese camino a la comunidad. Una vez que se extravió por sí mismo y para los demás, forzado a interpretar de una manera torcida las relaciones vitales, empujado a un camino en declive, ya no encuentra el niño en la sociedad ni en sus instituciones asidero ninguno, ninguna ayuda, ninguna redención. Podría pactar de cuando en cuando compromisos, imponerse las más penosas coacciones, dar, durante períodos más breves o más largos, la sensación de que observa buena conducta, de que se ha "enmendado"; pero desde el momento en que traspasa en su camino de desdichas los muros de una prisión, difícilmente retrocederá ya. El resultado escaso de la legislación penal juvenil, de los tribunales tutelares de niños, de los correccionales de menores, lo demuestra hasta la saciedad. En el mejor de los casos, lo único que se consigue es que el extraviado llegue a regir eficazmente su vida por el principio de: "Ante todo no hay que dejarse atrapar", con lo que la moralidad

burguesa, en vista de que no puede conseguir más, se da al cabo también por contenta.

Si el niño no es aún responsable penalmente y ha cometido algún hecho criminoso, o bien, si no se encontrara convenientemente atendida su educación en el sentido de la sociedad, entonces se le confía a la acción educativa de la asistencia social. Los establecimientos que se hacen cargo en estos casos de los niños son, casi sin excepción, lugares de horror inaudito, de la más vergonzosa gazmoñería, de la más despiadada barbarie. En mi libro *Das proletarische Kind* puede leerse un capítulo en que se recogen, de las sombrías crónicas de la pedagogía de asistencia social cristiano-burguesa, casos vergonzosos y repugnantes, que horrorizan. Pero para mostrar en qué medida se hallan aún enrolados bajo la pedagogía autoritaria hasta sectores sociales que se sienten hoy por encima del burguesismo y de la gazmoñería, citaremos el caso del diputado provincial socialdemócrata que, al hacer la inspección de un establecimiento de asistencia social moderno y dirigido humanitariamente, echaba de menos, lleno de espanto e indignación, los barrotes de hierro en las ventanas, y aquel otro de un maestro socialista, hoy director de un importante centro educativo de asistencia social, que sustentaba con toda seriedad el principio de que ante los actos de grosería infantiles, el único medio educativo adecuado eran los "azotes ejemplares". En los centros de asistencia social, tal como allí la educación se practica, es donde el principio de autoridad celebra sus delirantes orgías. En ellos se estragan valiosos bienes humanos. En ellos se crían bestias en vez de hombres.

Allí pululan y prosperan también las perversiones y anormalidades sexuales psíquicas, que sirven de cobijo al alma cobarde y hostil ante la vida tan pronto como ha perdido su conexión con la comunidad. Tales desviaciones de la línea normal suelen venir favorecidas y preparadas por ciertas inseguridades del niño respecto a su papel sexual, respecto al

sexo que pertenece, adquiridas en la niñez temprana, y por el influjo y corroboración resultantes con ello de la ficción-guía en sentido de la virilización.

Sucede con frecuencia incluso en los sectores proletarios, dejar durante mucho tiempo a los niños pequeños en la ignorancia del sexo a que pertenecen, bien sea diciéndoles en broma que son chicas o chicos que todavía usan delantal, bien sea que a las chicas se las llame chicos, tratándolas como a tales. En la mayor parte de los casos no se les da importancia a tales bromas y no se sospecha la confusión y el desconcierto que eso puede causar en la psique infantil, en determinadas circunstancias. Especialmente, si el niño al fin averigua supuestas o reales anomalías en sus órganos sexuales, o si llega por equivocación o ignorancia a formular juicios erróneos sobre su papel sexual. Ya sabemos con qué fuerza la antítesis masculino-femenina domina el pensamiento del niño, y hemos visto también en qué grado tan alto influye sobre todo su obrar, transformándose en aquella otra, encima-debajo. Se comprende fácilmente qué grande y persistente es o puede ser la conmoción que experimenta el niño cuando sus esfuerzos de poderío y sus deseos de valer sufren un descalabro o viven un fiasco en el dominio original de la sexualidad.

Sigmund Freud ha intentado dar una explicación sobre el origen de las aberraciones y perversiones sexuales. Recordemos someramente su teoría de la *libido*. Por la *libido* entiende Freud el afán de satisfacción sexual. Su evolución la describe como sigue: la *libido* es ingénita en el hombre. Su primera y más temprana satisfacción la encuentra el niño al mamar el pecho materno. Los procesos de evacuación de la vejiga y del intestino despiertan también en el niño sensaciones de placer. Más tarde, cuando se le priva del pecho materno, necesita acostumbrarse a regular la satisfacción de sus necesidades corporales. En este momento él revierte la *libido* sobre sí mismo. Todo lo susceptible de chupar y manosear en cualquier modo, formando parte del propio cuerpo, constituye para él una fuente de placer; por eso se chupa el pulgar y

juega con los órganos sexuales, etc. El niño se ha hecho autoerótico, se satisface a sí mismo. En una fase siguiente, la *libido* se proyecta sobre las personas de su proximidad más cercana, ante todo sobre los padres. Todo niño —tal es la doctrina de Freud— desea a la madre como objeto de su relación sexual y quiere eliminar al padre, que para este propósito se le interpone en el camino (complejo de Edipo). En las niñas, al contrario, existe el deseo de poseer al padre y descartar a la madre. A continuación viene la segunda fase autoerótica que dura hasta la pubertad. En ella aparecen inclinaciones pasajeras homosexuales. Si el proceso se desarrolla regularmente, entonces la *libido*, después de estas expediciones aventureras, arriba al puerto de la llamada sexualidad normal. Si se presentan perturbaciones capaces de torcer la versión normal haciéndola correr regresivamente, entonces la *libido* retrocede a fases sexuales infantiles, en las que se manifiesta bajo la forma de perversiones. Cuando ese estado trasciende a la conciencia llevándola a consecuencias efectivas, viene a registrarse lo que corrientemente se llama un caso de anormal sexual, onanista, sádico, masoquista, exhibicionista, homosexual, etc.

Adler rechaza en absoluto la teoría freudiana de la *libido*, como construcción deducida de una corriente fundamentalmente errónea. Y sólo ve en las perversiones sexuales la consecuencia de “un esfuerzo para adquirir poderío, esfuerzo que encuentra la barrera de las exigencias de la comunidad y de las amenazas del sentimiento de la misma, basado psicológica y socialmente, llevando al niño al extravío”. Según esto, la actividad sexual anormal de cualquier especie no está condicionada en manera alguna constitucionalmente, sino que es sólo una fuga de la vida, una huida ante un problema o empresa en la que el sujeto se da por vencido. Las muchachas, abrumadas de sentimientos de menorvalía, huyen de sus papeles femeninos —una hacia el claustro, otra a la prostitución, la tercera a la muerte, la cuarta refugiándose en las perversiones sexuales—, porque ven en el matrimonio, en la maternidad,

en la crianza de los niños un rebajamiento, una humillación, un cúmulo de dificultades y sumisiones. El niño, acometido de sentimientos de menorvalía, huye ante la mujer, de la que teme que advierta su debilidad, incapacidad e impotencia y que se le sobreponga, lo cual a su ensoberbecido y pujante orgullo le parece una abominación insoportable. Antes de consentir que esto suceda, evita de buen grado a la mujer para buscar en sí mismo o en sus semejantes de sexo la satisfacción sexual, mediante sublimaciones o actividades supletorias. El niño proletario, extraordinariamente predispuesto por el curso completo de su desarrollo a los sentimientos de menorvalía, aporta también su contingente al número de los invertidos y perversos sexuales. Habitando en viviendas reducidas y superpobladas ha visto y vivido muchas cosas que fuera preferible que le hubiesen quedado inadvertidas. Las excitaciones, las crisis y las crudas escenas sexuales no le son ya desconocidas, con grave quebranto para su organismo, sensible a todas las embestidas accidentales; para el mundo precoz de sus representaciones; para su psique agitada. Y de este modo, ilustrado ya sexualmente, maculado por sensaciones mutiladas de sexualidad, llega a la escuela, en donde pronto sigue un verdadero curso académico de desmoralización sexual, en palabras y en obras. “Muy raramente se tienen tan torpes conversaciones —dice Dostoiewski en *Los hermanos Karamazov*— como los muchachos a los trece años.” El onanismo está a la orden del día, casi sin excepción, entre todos los niños. Entre las perversiones se encuentran frecuentemente el curioso, la exhibición, el fetichismo. “Los santurrones, muchos de los cuales se prostituyen y practican en secreto toda clase de liviandades —escribe certeramente Blonski—, considerarán esta afirmación como una calumnia que se les levanta a los niños. Pero visitad una colonia infantil de ambos sexos, cualquiera que sea, y escuchad allí las quejas de las muchachas. Casi sin excepción son de esta clase: “Los chicos curiosos en los tocadores y dormitorios”. “Nos levantan los vestidos”, etcétera. Igualmente, y muy frecuente esto: “Los

chicos enseñan...” Pero todo pedagogo que tenga ojos y oídos, conoce también casos en que las chicas “curiosean” y “enseñan” e incluso desde muy pequeñas. Todos esos fenómenos retrotraen a un plan vital inconsciente cuya misión es servir de refugio en una actividad supletoria, crear una distancia o pactar un arreglo, con lo que se ofrezca la posibilidad de esquivar temidas resoluciones. El mal jugador en el terreno de la comunidad sexual y erótica viene a caer, como coronamiento de esta táctica, en la homosexualidad.

Sólo nos resta tratar de la última, la más radical consecuencia de un modo de conducta en el que una valoración ínfima de sí mismo y la sobrestima demasiado excesiva de las dificultades y obstáculos llegan a arrebatar hasta la iniciativa de la convivencia; sólo nos resta estudiar el suicidio.

Elisabeth Dauthendey ha llamado al suicidio “una perversión de las ideas”; más bien podría denominársele una perversión de la conducta vital, pues también en él se manifiesta de nuevo el falso plan de vida, dominado por ficciones defectuosas, nacido del sentimiento de la inseguridad que impulsa a la fuga de toda responsabilidad y lleva incluso a la negación del hecho de la vida.

De la estadística del suicidio resulta probado que la mayor parte de los suicidas jóvenes mueren entre los trece y quince años; cerca del 43 por ciento entre los chicos y un 75 por ciento entre las chicas. El contingente de los muchachos suicidas es sensiblemente mayor que el de las muchachas por ejemplo, en 1917, para Prusia, 64 muchachos por 13 muchachas es sensiblemente mayor que el de las muchachas; por 8; en 1920, 57 por 16. En el año 1919 se suicidaron asimismo en el Estado prusiano tres niños de menos de diez años. Según averiguaciones de Eulenburg, que ha dedicado más de veinte años a estos estudios, se da por término medio en Prusia el suicidio de un escolar cada semana. Si se considera la edad hasta los veinte años, entonces la media semanal para

Prusia alcanza hasta 16 suicidios. Refiriéndose a los niños de las grandes ciudades, el contingente de las muchachas suicidas se acrecienta de modo tan considerable que —especialmente en la edad juvenil— se iguala al de los chicos. En general, la inclinación al suicidio aparece en los chicos antes que en las muchachas. Como límite inferior se han conocido casos de suicidio hasta de niños de tres años, sin que se trate en manera alguna de casos aislados.

Las causas sociológicas de los suicidios infantiles y escolares se hallan recogidas en mi libro *Das proletarische Kind*, al que constantemente debo referirme. Aquí se trata únicamente de hallar la explicación de las relaciones psicológicas que acompañan al fenómeno del suicidio infantil. Conociendo el punto de vista de Adler no resultará difícil hallar el hilo conductor que, por entre el laberinto de las interpretaciones e hipótesis más contradictorias e intrincadas aducidas, nos lleve al esclarecimiento del problema. “Cada niño —dice Adler— se desarrolla bajo circunstancias y condiciones que le fuerzan a un doble papel, sin que alcance su conciencia esta disposición de las cosas. Pero sí la alcanza con su sentimiento. Pequeño, débil, dependiente, se alzan en él deseos de apoyo, de cariño, de auxilio y protección. Y pronto se doblega ante la fuerza; cuando desea conseguir la satisfacción de sus instintos y el afecto de los adultos, se hace obediente, se somete. Todos los rasgos que hay en el hombre adulto de sumisión, abatimiento, religiosidad, fe en la autoridad, sugestionabilidad, etcétera, proceden, en este sentimiento primario, de la debilidad propia. Al mismo tiempo, o después, en el curso del desarrollo, aparecen rasgos de voluntariedad, independencia, ínfulas. La obstinación se destaca como antípoda de la obediencia. Frecuentemente nos encontramos los dos tipos —el niño obediente y el obstinado— reunidos en una misma persona. Esta mezcla se convierte en manantial de íntimas contradicciones, pues muchas veces la satisfacción de instinto exige una manera de comportarse y el deseo de valer exige la contraria. Pronto advierte el niño que en su pequeño mun-

do prevalece la fuerza, y de ello encuentra en el mundo mayor confirmación copiosa. Por eso sólo acepta de la obediencia aquellos rasgos que pueden aportarle beneficio, sea ganándole afecto, elogio, mimo o recompensa. Estos niños, en toda clase de achaque, torpeza, ansiedad o flaqueza de la vida, en la escuela o en la sociedad, dispondrán sus relaciones de tal manera que siempre se les acoja, se les muestre simpatía, se les ayude, no se les deje solos, etc. Si les fracasa este plan, entonces se sienten lastimados, postergados, perseguidos. Una hipersusceptibilidad inmensa cuida de que su flaqueza no quede al descubierto. Siempre será el destino, la mala suerte, la educación deficiente, el mundo, quienes carguen con la culpa de su desgracia; y en este respecto, su congoja les lleva hasta la hipocondría, el pesimismo y la neurosis. En efecto, pueden llegar a tal extremo que juzguen y utilicen la enfermedad como un medio de poner todo el mundo a su servicio, de eximirse a sí propios de obligaciones, de eludir toda resolución, de obviar todo peligro que se cierna sobre el prestigio propio. Si la infinidad de medios que hasta ahora estaban a su disposición —obediencia, obstinación, testarudez, soberbia, malignidad, odio, venganza, melancolía, enfermedad, etcétera— no le bastan para alcanzar su finalidad, para afirmar y sostener la supremacía, y preservarse de ser desenmascado, subyugado y reprendido, el niño nervioso no se arredra entonces ante la misma muerte. En esta situación tensa y exacerbada hasta el último extremo, a la que le lleva su interpretación morbosamente sobreexcitada del ser o no ser, vencer o sucumbir, todo medio le parece bueno, incluso el suicidio. El niño, para causar aflicción a sus padres, para mortificar al hermano predilecto, para oprimir la conciencia del maestro, para vengarse del *dómine*, pone fin a su vida.

Así, pues, el suicidio es un acto de violencia llevado a cabo con el objeto de sustraerse a la revelación de menorvalía propia, real o hipotética; el hecho a la desesperada de un jugador de ajedrez exacerbado que antes de darse por vencido

en el último mate arroja el tablero de la mesa y se levanta la tapa de los sesos.

Cuanto mayor sea el sentimiento de menorvalía, cuanto más excitados estén los nervios, cuanto menos se haya desarrollado una rutina de jugadas defensivas, de maniobras, de evasiones, más inevitable será la explosión, más cierta la catástrofe; para huir de la lucha por la vida o de las responsabilidades de la vida, se acaba por huir de la vida misma.

El niño proletario, heredero de un pasado batido por las enfermedades, lastres hereditarios, el agotamiento, el envenenamiento embrionario, la estupidez y la menorvalía congénitas, víctima de un presente que delinque arrojando sobre él el hambre, la tortura del trabajo, la esclavitud, la grosería, el alcohol, los vicios de todas clases, lucha en desesperado combate contra los azotes del padre tiránico y contra la palmeta del *dómine* empecatado y déspota, contra el látigo del hambre que esgrime el patrono capitalista y contra el sable policial del poder público. Lucha, presa de trémula angustia, con desenfadada arrogancia, estremecido de miedo y crispado de rabia; ensaya todos los medios, prueba todos los ardides, inventa todas las artimañas imaginables para no someterse, para no tener que descubrir su punto vulnerable, para no verse hundido en el polvo, y... si le falla todo, le hace un guiño de burla al mundo, y se suicida.

Resulta de nuestro estudio antecedente que, con arreglo a los precedentes corporales, sociales y pedagógicos, no hay lugar para que tengan que producirse sentimientos de menorvalía.

Pero este sentimiento, en la mayor parte de los casos, existe. Se plantea el problema de saber qué hemos de hacer con él.

Cierta clase de niños, llegados a una actitud de hostilidad social, pierden toda conexión, caen fuera de la comunidad y se extravían. La afirmación vital que enfrentaba en un principio al hombre contra la naturaleza, dirige ahora al hombre contra el hombre. Las primeras impresiones de la infancia

forman y deciden los comienzos de la impresión del carácter. El tétrico ambiente vital del niño proletario proyecta sombríos reflejos sobre su alma.

La angustia, el temor, las pesadillas y sueños de persecución, los sentimientos de inseguridad, empujan a la evasión, a la fuga, ante las dificultades de la vida.

El vagabundeo comienza con un fracaso, escolar corrientemente. Se busca entonces un nuevo campo de actividades fuera de la comunidad, y surge la banda, primera conjunción de los seres extraviados.

Las muchachas transmigran a la prostitución, que representa un refugio para las que se sustraen a su papel femenino en la vida porque quieren desempeñar uno varonil. Prostitutas y rufianes se compensan y complementan recíprocamente.

El Juzgado es el punto de encuentro de todos los extraviados y desertores. El modo de comportarse de cada niño en él se corresponde con su tipo psíquico: el arrogante, que tiene que ser reducido a la fuerza, y el obediente, que venga su perdón con la reincidencia. Los tribunales tutelares y legislación de menores representan una protección tan absolutamente nula como la educación a que proveen los establecimientos de asistencia social. Una y otros sólo sirven para proteger a la sociedad actual contra determinados seres que son su hechura propia.

Las perversiones sexuales representan también únicamente una huida de la humillación, so color de feminidad. El muchacho huye de la mujer. La muchacha elude su misión femenina.

Como último recurso de fuga ante la vida, queda la muerte. El suicidio es la conclusión extrema de los derrotados en la lucha por adquirir poderío. Sin embargo, es sólo la de aquellos que no encuentran ya un regreso a la comunidad de que se salieron ni camino ninguno hacia una comunidad nueva.

IV

SOLUCION

La empresa primitiva del género humano fué luchar contra los peligros del mundo extrahumano circundante, empresa dictada por un hondo instinto de conservación. Esta lucha sólo podía sostenerse con éxito bajo la forma de una vida en comunidad. La comunidad es, pues, supuesto básico de toda sociedad humana.

Ya sabemos el falseamiento que experimentó el concepto de comunidad con la instauración de la propiedad y economía privadas. La sociedad, desgarrada en clases, perdió entonces la unicidad de sus esfuerzos de seguridad y conservación. En lugar de luchar, como hasta entonces sucediera, en un frente cerrado contra la prepotencia de la naturaleza, una clase (dominadora) volvió sus armas contra la otra (clase dominada), a expensas de la cual se aseguró a sí propia. El esfuerzo por adquirir poderío social aniquiló todo sentimiento de comunidad. Lo que sobrevive con el nombre de comunidad es la comunidad de los dominadores, en cuyo seno, y después de una completa recusación de sus intereses vitales, quedó inserto violentamente el ejército de los esclavos. Lo que persiste es la sociedad clasista. Cada vez que los desposeídos recapacitan sobre su ser más íntimo y genuino, sus reflexiones llevan a la sublevación y rebeldía contra esta ordenación social a los arrogantes y animosos, y a la evasión y huida de ella a los débiles y cobardes. Pero cada alejamiento suyo,

de la comunidad que forman los dominadores, al traducirse necesariamente en una actuación contra ella, es perseguido implacablemente y vengado por aquéllos, los cuales castigan con el escarmiento y el terror, con la proscripción y la ignominia, la miseria social y la negación de existencia, la opresión y la ruina, toda lesión a los intereses de su comunidad. Porque al defender y afirmar ésta se defienden y aseguran a sí mismos. Los abandonados, prostitutas, rufianes, ladrones, malhechores, pervertidos, suicidas, todos los que intentan rehusar acatamiento a esta comunidad, pagan su defección, su rebeldía, su hostilidad a ella con la propia ruina. Por muy desesperadamente que se resistan, siempre serán, sin embargo, los derrotados, porque se les aísla y deja solos, porque sostienen la lucha individualmente.

Su número y la importancia creciente de su actuación es un indicio cada vez más terrible de que el concepto de comunidad se ha convertido en un engaño completo. Porque tales enemigos aparentes de la comunidad no buscan otra cosa que comunidad, y sólo porque no la encuentran se hacen independientes de la que no lo es, por sus propios medios. No expían inocentemente, los abandonados solitarios, su culpa. Pero su culpa no es aquella por la cual se les castiga: la de haber saboteado o combatido a la comunidad presente. Su verdadera culpa, la culpa que arrastran consigo, en el sentimiento de su abandono, es la de que no supieron crear una comunidad nueva. Culpa negativa.

Junto a los derrotados, otros yerguen todavía arrogantes su cabeza contra la falsa comunidad. De su destino de luchadores y rebeldes aislados extrajeron la enseñanza de que la máxima fuerza de ataque y la más tenaz resistencia se consiguen con la unión organizada y consciente de su fin. Así, pues, se alían estrechamente formando asociaciones.

El sentimiento de masa, de cohesión y conjunción no les nace repentinamente, como bajado del cielo; va desarrollándose lenta y orgánicamente en ellos, ante el yermo social y económico de su existencia. Sus impresiones más fuertes y

persistentes las reciben de las observaciones y experiencias vividas en su mundo social circundante.

Si la evolución social de las circunstancias alemanas en los últimos decenios era, por una parte, apropiada en extremo para llevar a la juventud a una posición de protesta impetuosa, en cierto modo desesperada, por otro lado daba también lugar a que los movimientos protestatarios desarrollaran más pronto o más tarde órganos de eficiencia cultural.

Examinemos esa evolución social detenidamente.

Después de que el militarismo prusoalemán en 1866 y 1870-71 hubo asegurado a la clase capitalista del Imperio la supremacía económica en el continente, frente a sus rivales Austria y Francia, advino para Alemania una gran burguesía que, ante la superioridad brillante y hondamente arraigada de la aristocracia, hartó beneficiada por la tradición y los privilegios, tenía que luchar duramente para conseguir su reconocimiento social. La riqueza sola no bastaba para ser acogido en los círculos de "la buena sociedad". Los nuevos ricos tuvieron que atravesar una larga y dura escuela de aclimatación a los convencionalismos hasta estar preparados para las alquitaradas exigencias de los salones, del exclusivismo feudal y de las Cortes. Las circunstancias exteriores favorecieron este proceso. Mientras de más fuertes valores económicos disponía la burguesía para arrojarlos en el platillo de la balanza; mientras más terrenos y más sobrepujantes riquezas conquistaba con su habilidad comercial, más exiguo se hacía el apoyo que encontraba en la nobleza, poseída de la conciencia de su tradición y privilegios de casta. Sin embargo, se le abrieron finalmente las puertas del santuario a los diez mil más encumbrados.

"La burguesía media se vió entonces por vez primera sobrepasada por miembros de su propio sector; y vió que cada cual en ella podía ascender por su habilidad a esta capa más elevada que ya no la reconocería como plenamente válida.

Donde no se emprende una dura labor para, aun después de haber pasado en realidad la coyuntura favorable, conseguir a toda costa el ascenso a aquella clase social, no cerrada ya por privilegios de nacimiento, surge aquel tipo humano que porveyó de modelo a los periódicos satíricos del extranjero: un hombre fanfarrón y campanudo que, a falta de hondo sentimiento íntimo de valer, trata de refugiarse en la altisonancia de valores fraseológicos externos; que trataba de resolver en lo posible, desde un punto de vista nacional o internacional, todas y cada una de las cosas que le impresionaban interiormente (con lo que venía a limitar las fronteras espirituales alemanas con las del propio horizonte); el que inventó el código de honor estudiantil; el que, sin embargo, se inclinaba solícito delante de la nobleza, dichoso, pues, de someter a la atención de los superiores el sentimiento de la propia insignificancia, bajo la salvaguardia de la soberbia burguesa" (*Observator*). Dándose la mano con esta evolución vino una rápida mecanización del espíritu que, estimulada por los progresos de las ciencias naturales y de la técnica, consumió sus fuerzas vitales en números, *records*, estadísticas, coeficientes de rendimiento. Sobre vino una manía de campeonato, de hacer alarde de éxitos, de superación, de batir *records*, de exhibición de realizaciones. Todo con desalentada prisa, con incansable ansia de triunfo. Se llegó a un estilo arquitectónico que decoraba las casas por delante con fastuosas fachadas ornamentales, sobrecargándolas con torrecillas, cúpulas y pináculos, mientras que por dentro se encontraban patios oscuros y habitaciones pequeñas e incapaces. Se cultivaba la música patéticorruidosa y, por tanto, vanosentimental de Wágner; se dió en lo cursi en todos los sectores del arte con Makart, Anton von Werner, Sudermann, Lauff y Wildenbruch a la cabeza; se construyó la avenida berlinesa de la Victoria; el *snoob*, el *parvenu*, se enseñoreaba de la vida social; por doquiera se extendía y multiplicaba una evidente cultura del sentimiento de menorvalía.

Pero el sentimiento de menorvalía del burgués, al que realmente no corresponde ninguna menorvalía efectiva, desen-

volvió rápidamente órganos mediante los cuales buscaba una compensación. Trabajábase con toda actividad, afán y éxito por hacerse valer, material e idealmente, en asociaciones económicas, partidos políticos y sociedades profesionales y clasistas. Se reconoció la importancia de la organización como medio adquisitivo de valer, y por su virtud compensatoria se elevó rápidamente a la categoría de instrumento probado y predilecto de afirmación social. En rigor, esto sólo representaba una realización mecánica y muy externa del pensamiento de comunidad, por cuanto no cambiaba nada absolutamente de la posición fundamental egoísta de cada uno de sus miembros en singular; pero justamente con esto respondía por completo a la orientación vital egocéntrica de la clase burguesa. Servía además a esta clase como medio de cohesión en beneficio de la seguridad de sus privilegios clasistas.

Sobre su juventud gravitaba desde el principio una pesada carga. Esta juventud fué ante todo víctima en la casa y en la escuela de una autoridad acentuada en extremo y que se hacía valer ostentosamente como compensación de menorvalía. Pero, producto también esa juventud de una espiritualidad orientada materialísticamente, de un modo de pensar lleno de seco racionalismo y objetividad, ignoró o dejó perder las fuerzas creadoras, espiritual y sentimentalmente, que manifiestan su más fuerte y esencial eficacia en la dedicación humana. "Todo querer, sentir y pensar genuinos se hallan en su raíz más honda vinculados socialmente en el conjunto universal y al mismo tiempo enlazados de un modo especial al servicio y mejoramiento vital de nuestros semejantes. El hombre, con la posesión de estas fuerzas anímicas, se incorpora al conjunto universal, y éste piensa, siente y quiere desde él y a través de él. La esencia del egocentrismo descansa en que desvía estas fuerzas sociales de su dirección sobrepersonal, puesto que limita la función de las mismas a una actividad egoísta de las disposiciones subjetivas creadas para aquélla. Mediante esa apropiación —contraria a su esencia— de las funciones de índole social, la personalidad viene a parar, en

todas las vivencias de valor, subjetivas, a un triste estado de estancamiento, contra el que persistentemente se rebelan las fuerzas vitales y sociales nativas del hombre. Esta rebelión hace que la actitud de protesta egocéntrica se vea forzada a realizar acomodaciones sociales incesantes" (Wilken). La juventud burguesa cayó pronto, pues, en una grave crisis que se produjo como negación del sentido de la cultura recibida y como oposición contra la tiranía de los adultos. La expresión de esta crisis fué el movimiento de los *Wandervogel*¹.

El estudio psicológico de un fenómeno tan específicamente burgués como es el movimiento de los *Wandervogel*, no cabe hacerlo en sentido estricto dentro de una investigación sobre la índole anímica del niño proletario. Pero quizá fuera oportuno y provechoso que permaneciéramos también en tal punto fieles al método seguido en la redacción de este trabajo desde el principio, esto es: deducir la condición psíquica del niño proletario del tipo del niño burgués que representa su forma básica o, si se quiere, su punto de arranque y dato más elemental. Se comprobaría entonces que el movimiento de los *Wandervogel* no fué más que la señal inicial de una reacción juvenil proseguida en el ambiente proletario con efectos incomparablemente más precisos; mejor dicho, una reacción que sólo en este ambiente logró su enfoque positivo.

De igual modo que el niño desengañado y desanimado, no sin luchas acaso precedentes, pero ineficaces, contra el maestro y la escuela, resignado ya, cede, se torna pasivo, y haciendo novillos elude ulteriores conflictos y humillaciones, así la juventud burguesa huyó ante el intelectualismo y materialismo de sus actividades escolares, ante el racionalismo y egocentrismo del estilo de vida que se le imponía, refugián-

¹ El nombre significa "aves migratorias", "aves de paso", y designa un movimiento de la juventud burguesa alemana. (N. del T.)

dose en el romanticismo de la naturaleza, desligándose del tiempo y del espacio, con la vida de excursiones, con la comunidad de muchachos improvisada en carreteras y refugios. Huía por necesidad y falta de sí misma, por desesperación ante la tiranía de los viejos y ante la imposibilidad de conseguir una interpretación y configuración de la vida propias. Blucher, uno de los primeros jefes del movimiento, pinta gráficamente esos motivos: "Entre las luchas de los padres crióse una juventud que todo lo vivía llena de aidez. Fué educada por hombres que aspiraban ellos mismos contradictoriamente y con propósito hostil a educarse o destruirse. Gurlitt era revolucionario y Paulsen reaccionario (ambos profesores de un gimnasio de Steglitz, de donde partió el movimiento). Casi en todas las lecciones de clase escuchaba una cosa distinta. No es maravilla, por tanto, que la juventud se encontrara en un estado de lucha contenida, ya que, realmente, no podía combatir por gravitar harto pesadamente la mano de la fuerza sobre su vida. El engaño a los maestros se veía como una cosa natural; pero al que engañaba a un condiscípulo se le descalificaba y quedaba proscrito. Los maestros constituían un poder superior contra el que debía procederse por todos los medios para lograr ventajas; esta situación de relaciones entre la mocedad y la vejez se ha repetido en Alemania millares de veces. En Steglitz el contraste era tan rudo y especial, que por eso la juventud llegó a iniciar allí por sí misma este gran movimiento que no ha sido otra cosa que una verdadera lucha. Se extendió por toda Alemania de tal modo, que la juventud hormigueaba a millares por los bosques. Se visitaban con frecuencia comarcas a las cuales hasta entonces apenas nadie iba. Cantábanse las canciones revolucionarias de 1848. ¿Pues qué nos importan los tiranos de la escuela si nosotros fuera, adonde ellos no pueden seguirnos, hacemos lo que nos da la gana? En la primera excursión hubo bastantes excesos, completamente a lo Karl Moorisch. El carácter romántico de la juventud significa soberbia ante la disciplina, osadía frente a lo prohibido, desorden ante el orden de las cosas... Los

Wandervogel fueron creados por la juventud sin consultar para nada a la generación de los padres. Tenía que crearlos porque estaba oprimida por un sistema educativo que la llevaba al fracaso. Los *Wandervogel* no fueron otra cosa que una protesta de la juventud contra la deformación de su ánimo. El movimiento se produjo instintiva e inconscientemente... Reinaba una disensión entre padres e hijos, una mala inteligencia del alma infantil, dominaban las intervenciones coactivas en su vida moza, el menosprecio desconsiderado e incluso la mofa de sus aspectos más sensibles, el insulto a su talento y buenas cualidades, cuando éstas ponían en peligro los planes de la vanidad paterna. De este modo, la juventud se llenó de odio y desprecio contra los padres. El desdén de su personalidad de niño es el azar más grave que un hombre puede sufrir en su juventud. Dentro de la camaradería de los *Wandervogel* se buscaba crear entre todos lo que vanamente se había buscado en el hogar: respeto.

La negación llevada a cabo por los medios pasivos del alejamiento, de la evasión y de la ignorancia formaba la primera fase propiamente dicha del movimiento de los *Wandervogel*. Cuando se imponía una segunda fase positiva, resultó que ese mundo burgués, aparte de su materialismo y egocentrismo, no encerraba nada positivo. La comunidad concluye para la burguesía en la pura forma externa; le falta por completo lo esencial de una nueva forma de existencia propiamente dicha. No había, pues, para la juventud burguesa campo ninguno de actividad productiva por mucho que se esforzaran en encontrarlo las energías anímicas agresivas suscitadas continuamente por la protesta. Se descargaron y hallaron satisfacción predilecta en objetivos supletorios: el problema de los caudillos, el erotismo, la posición ante los metecos (los no-*Wandervogel*), etc. Estas pseudobatallas, libradas con espadas de cartón y balas de fogueo contra blancos de bastidor y muñecos pintados, fueron haciendo de lo que era un movimiento serio una comedia ridícula.

El final fué la ruina.

Todo lo que contenía fuerzas de futuro, lo que de valor se alzaba en el movimiento de los *Wandervogel* sobre la necesidad subjetiva y condicionalidad egoísta, había intentado desplegar su protesta contra padres y maestros, hasta convertirla en una revolución que se descargase ampliamente contra la conducta vital entera, más aún, contra todo su mundo, su sentido, su vida espiritual, su faz cultural; todo eso había creado un hondo abismo entre sí y el estado de la comunidad humana. En la asamblea decisiva de la colina de Meissner esta bandada de los *Wandervogel* había formulado sus fines en aquel principio característico: "La juventud alemana libre quiere configurar su vida por determinación propia, con su propia responsabilidad y con sinceridad íntima". Por eso, como Wilken dijo certeramente, el problema de "libre, ¿para qué?", vino a hacerse primordial frente al cronológicamente primero de "libre, ¿de quién?" Pero ¿supo acaso la juventud burguesa, precisamente por ser burguesa y porque fundamentalmente quería seguir siéndolo, encontrar alguna respuesta a ese "¿para qué?" La respuesta estaba fuera del alcance del mundo burgués, fuera de la clase burguesa. La contestación a esa respuesta hubiera significado la revolución económica, social y política contra el sistema capitalista y contra toda la ordenación burguesa; revolución que, bien miradas las cosas, no es asunto burgués, sino un negocio genuinamente proletario, y sólo puede llevarse a cabo por la fuerza elemental explosiva de la clase proletaria, en modo alguno por un tropel de muchachos que discuten, protestan y se oponen. Los *Wandervogel* querían hacer, en el mejor de los casos, una revolución ideológica; pero como les faltaba la base real, quedó flotando en el aire. Al llegar a este punto de su proceso el movimiento de los *Wandervogel*, por más que en sus últimos éxtasis adoptara todavía actitudes de amenazar y derrocar al mundo, ya no supo qué decir ni qué hacer. Y es que carecía de aspecto constructivo, no llevaba valor de futuro, no tenía fuerza positiva alguna, era sólo una tempestad en un vaso de agua y no un huracán que arrastra vaso, mesa, agua y

tempestad sobre el suelo. No era una revolución, sino una protesta. A los últimos de sus adeptos, a los que creyeron hasta el fin en un papel revolucionario del movimiento, no les quedó otra cosa, después de que todo se vino abajo, deshecho y liquidado, sino acogerse a las banderas de la juventud proletariocomunista. El resto se hundió en la resignación y el misticismo o se decidió a luchar con Bondy al lado de la guardia blanca.

La juventud burguesa, por necesidad espiritual y sublevándose contra una grave opresión anímica, había venido a dar en un movimiento que por su naturaleza completa tenía que limitarse a ser un movimiento psíquico. No estaba presidido por necesidades económicas o sociales. Los *Wandervögel* se hallaban en lo material completamente a cubierto y no amenazados por inseguridad vital de ninguna especie que hubieran de eliminar con el pan, el trabajo y el hogar. Su revuelta carecía, pues, de base sociológica, de realidad vital práctica. Hasta en la última fase, cuando algunas de las grandes relaciones de sus conflictos subjetivos con los mismos problemas sociales empezaron a alborear, su pretensión de colaborar, de coparticipar en la solución de estos problemas, apenas si fué más que una disposición espiritual, una simpatía platónica, un fervor entusiasta.

Muy otra cosa sucedió con la juventud proletaria. Esta, que se hallaba sumida en una miseria de vida material inmediata, hambrienta, explotada, avasallada, tenía naturalmente, antes que su protesta se convirtiese en un fenómeno colectivo, suelo mucho más firme bajo sus pies. Se le fueron acumulando, como a todos los hombres de forma de vida productiva, saberes y conocimientos muy profundos y maduros, provenientes de su trabajo práctico y de las experiencias habidas en su mundo circundante levantado sobre vivencias reales, conocimientos y saber que dieron a su movimiento un

contenido incomparablemente más vivo, y que, desde el principio, se ahincaron en fines positivos.

Ante todo, el niño proletario tiene aquello de que el niño burgués carece en absoluto, o no lo tiene en la misma clase y medida: una relación orgánica con el trabajo. Esta es un legado, una herencia de su clase. La existencia proletaria se halla edificada sobre el trabajo propio. El proletario no se mantiene de ningún patrimonio, no le cabe en suerte ninguna ganancia de la especulación, no goza de las donaciones de ningún deudo acomodado, no percibe ningún ingreso parasitario de beneficios, rentas, sinécuras y cosas semejantes. Todo, absolutamente todo lo que necesita para su condumio tiene que ganárselo con sus manos y su cabeza, en dura entrega de su existencia. Vive del trabajo de sus manos. Es un trabajador.

Por más que suspire penosamente bajo el trabajo abrumador, de esclavo, que impera en la actualidad y combata el sistema económico que le obliga a realizarlo, para él, sin embargo, el trabajo es un postulado, fundamento prescrito por la naturaleza a su existencia, el elemento básico de todo sostén, seguridad y evolución social. Y eso que él puede pensar en una clase de trabajo que no sentiría como un tormento abominándolo, sino que, por el contrario, lo tendría por un goce y se prestaría a él alegremente.

Mientras el niño burgués contempla cómo se amontonan las riquezas, cómo los criados y empleados ejecutan el trabajo, avergonzándose y buscando cada cual según sus posibilidades sustraerse a él, cómo hay posibilidad de existir sin rendimiento alguno de trabajo, cómo tiembla y se estremece todo el mundo ante el pensamiento de ser un trabajador y tener que llevar una existencia de trabajo, como si se tratara de la más grave de todas las adversidades, el niño proletario no sabe desde muy pequeño otra cosa sino que hay que trabajar si se quiere comer, que falta de trabajo significa hambre inmediata, que el jornal se trueca seguidamente en satis-

facción de las necesidades, que una vida sin trabajo pierde su significado y contenido.

El doctor Lau, que hizo redactar en 64 clases de las escuelas de adultos de Berlín 1.200 ejercicios acerca del tema "Trabajo-Alegría-Paro", comprobó que los jóvenes trabajadores incultos agrupaban todos sus pensamientos, conceptos y consideraciones en torno de este punto cardinal: "Hay que trabajar para ganar dinero y facilitar la vida a la familia." La importancia central de los conceptos "trabajo", "vida", se refleja reiteradamente en todos los ejercicios. En ellos se ve convertido el postulado ético de la sentencia bíblica "el que no trabaje que no coma" de un modo totalmente insensible e inintencionado en esta conclusión: "El que no trabaja no tiene qué comer". Un botones escribe: "Sin trabajo no hay en la vida alegría alguna. Los hombres tienen que pensar forzosamente en el trabajo. Cuando se tiene una plaza de botones, tiene una ocupación agradable. En primer lugar, el trabajo es para el que está sano. Cuando no se tiene trabajo, malo para uno; entonces no hay alegría". Con un examen más detenido se notaba que la alegría en el trabajo consistía para muchos en que por él se "llevaba dinero a casa", mediante lo cual el sentimiento de valer del joven se ensalza. "El trabajo produce alegría cuando a la jornada corresponde un salario satisfactorio y bastante". "Yo no estoy contento del trabajo porque el pago es mezquino". "Cuando al menos da para mantenerse se encuentra gusto en el trabajo". "Contenta de veras recibir muchos pedidos". "Hay que trabajar contentos, pues entonces ve el jefe que uno pone interés en las cosas". Aunque estas manifestaciones —unas cuantas entre muchas— permiten descubrir que la fuente de alegría en el trabajo descansa fuera de su propia ejecución (lo cual depende del actual carácter del trabajo mismo), sin embargo, no hay entre estos muchachos ninguno que, en fin de cuentas, se declare abiertamente en contra del trabajo. Las muchachas se hallan afectadas sentimentalmente de una manera más fuerte, mien-

tras que la gente inculta está más bien inclinada a ver un tormento, una pena, en el trabajo.

No obstante, y a pesar de la posición subjetiva de cada cual ante el trabajo, a pesar de lo mucho o poco que en su forma actual satisfaga, todos están unánimes en que el trabajo se halla dictado por inmutable necesidad de la vida, de que es el destino natural del proletario, de que "el trabajo es vida".

Junto a su relación orgánica con el trabajo, trae consigo también el niño proletario una relación orgánica con la comunidad.

El proletario ha aprendido en las experiencias de su trabajo que, como individuo aislado, será siempre impotente, débil, de una capacidad disminuída. Efectivamente, tampoco en la fábrica está solo. Múltiples fuerzas se entrelazan en ella. La de cada uno se halla referida a la de los demás. En la industria moderna todas las manos colaboran en el proceso diferenciado de la producción, ayudándose recíprocamente. El individuo aislado representa, uniéndose a todos los demás en forma adecuada, una energía de la máxima capacidad eficiente. El individuo en singular se multiplica: multiplicidad en la unidad. La fuerza organizada de las masas posibilita lo que hasta aquí era imposible. Bien conoce el obrero, desde que iba a la escuela, aquel sencillo principio de "la unión hace la fuerza"; pero la forma de vida real en él sólo la aprendió por la enseñanza intuitiva de las experiencias prácticas en la fábrica. Haciendo uso de este saber creó organizaciones para la lucha de clases y, con esto, se convirtió en maestro de la juventud.

Mientras al niño burgués le parece naturalísimo que su padre tenga un negocio, una tienda, una fábrica, un escritorio, una oficina, solo o en asociación con otros, y que la familia habite en una *villa*, una casa, un piso, o, por lo menos, un cuarto; que no se comparta con nadie la cama, que cada cual use sus propios vestidos, e incluso que se evite en el trato social, en fiestas, en los asientos, relacionarse con toda

clase de personas, el niño proletario ve desde pequeño la casa de vecindad habitada puerta por puerta, habitación por habitación, de muchas personas; el patio y la calle poblados por muchos chicos, y en la "sopa boba", en el economato, en la cocina económica, en la "gota de leche", ve el rancho de muchos hambrientos; en los grupos y manifestaciones públicas, muchos niños con banderas, estrellas soviéticas, letreros, y encuentra en las organizaciones del padre, de la madre, de los hermanos mayores, muchos colegas, camaradas, compañeros y compañeras.

De este modo, el niño proletario, desde un principio, se acostumbra menos al individuo que a la colectividad. Junto al alma individual tiene un alma colectiva. Sin perjuicio de su conciencia individual y de sus intereses personales, piensa y siente en colectivo, se interesa desde un punto de vista colectivo y es más animoso colectivamente que solo. La calle ha favorecido y activado la educación en sentido colectivista. La juventud que, guiada por lo inconsciente en posesión de defensa contra la sociedad, llegó a formar una comunidad forzosa de miserias —la comunidad de los chicos de la calle— y con ello encontró por vez primera directamente el principio colectivista, cuenta ya con la organización como un postulado. Sentimiento colectivo, conciencia colectiva y acción colectiva son para ella preciosos medios ideológicos y prácticos de aseguramiento, de exaltación y de poderío. El producto ético de esta posición colectiva —el sentido de un hallarse obligados todos contra todo —es la solidaridad.

La labor como colaboración, el trabajo como trabajo en común y la solidaridad como ayuda recíproca son sustancia y alma, contenido material y fuerza dinámica de nuevas relaciones de comunidad. La juventud proletaria proyecta algo así como la imagen de una nueva comunidad. De una comunidad que es muy diversa de ésta caduca contra la cual aquella juventud lucha. Por eso no quiere pactar, ni pacta nada que implique vuelta atrás, compromiso, sumisión incondicional. Para esa juventud es absurdo e ignominioso el pen-

samiento de retornar —como hijo pródigo hallado de nuevo— arrepentido a los brazos del padre triunfante. Tampoco quiere las cosas a medias, tomar carrera y después no saltar, disparar al aire. Persigue un fin completamente positivo: en lugar de la comunidad de hasta ahora, comunidad falseada, que sólo es una frase y un engaño, va a llevar a cabo la creación de una comunidad nueva, viva. Esta es su consigna.

La nueva comunidad no puede ser fundamentalmente sino la comunidad humana primigenia. Ella era la comunidad como vivencia social, como una alianza de seguridad, la más elemental de todas, como unidad orgánica, sin división de clases, sin arriba y abajo, sin superioridad e inferioridad, sin amos y esclavos.

Pero aunque afín exteriormente a la comunidad antigua en cuanto que abarca a todos como iguales en derechos, sin embargo, la comunidad futura es íntimamente algo en esencia nuevo: no por la sorda presión de la miseria, sino por libre grupo, sino como una comunidad de individuos forjada libremente, es cómo la juventud proletaria se une con nuevas relaciones.

Teniendo como fin positivo el socialismo, del que hace profesión, la juventud proletaria —primeramente en movimiento de protesta colectiva— se sale del mundo burgués. Dando el paso que el movimiento de los *Wandervogel* no dieron, ni podían dar, empieza para ella un nuevo principio donde para aquéllos estuvo el fin.

Así, la idea soterrada desde milenios, reprimida con todos los medios por los detentadores del poder en la sociedad de clases, escarnecida como un fantasma, burlada como una utopía, la idea de la comunidad de todos los hombres en virtud de su propia humanidad, saldrá a la luz desde el fondo de los corazones y los cerebros en donde dormitaba como un presentimiento, sueño y anhelo, y será anunciada por la joven generación proletaria a sus contemporáneos como un nuevo evangelio, como una reivindicación, como una empresa, solución y meta. Esta joven generación desertó de la vieja comu-

nidad. Le declaró la guerra a vida o muerte. No para perderse en precipicios y pantanos en que le espere la ruina, ni tampoco para quedarse a mitad del camino. A pesar de los obstáculos externos y las trabas interiores, todos los estorbos, errores y cargas, opuestos a su arrogancia, avanza consciente de su fin, unida, hacia el objetivo de una nueva estructuración y hacia una nueva vida de comunidad. Paso a paso, pero a cada paso acercándose más a su objetivo. La historia universal avanza por generaciones.

El movimiento de la juventud proletaria no es, en contraposición al de la juventud burguesa, principalmente, un negocio espiritual, sino económico-político.

Brota de la necesidad, aunque no de la necesidad individual espirituanímica, sino de la necesidad económico-social de la clase. Al igual que aquélla, ésta es también reacción contra la opresión, protesta contra el sometimiento; sin embargo, es menos una defensa contra la autoridad del hogar y la escuela que una rebeldía contra la explotación y coacción políticas; en ningún caso se trata de una huida o evasiva, sino de una lucha abierta, de un activo progreso.

Así como la juventud del proletariado no viene al mundo por nacimiento, sino más bien por lanzamiento, y no es educada, sino vapuleada, así tampoco nadie la toma de su mano para conducirla por la vida, sino que resulta arrojada en medio de ella. El ángel de la guarda de que habla la leyenda sentimental sólo protege a los hijos de los ricos. Mientras a la juventud de la clase poseedora la cuida y ampara con verdadera tutela y cuidados profusos un completo ejército de ayas y preceptores, maestros y educadores, doctores y profesores, para que quede defendida de tachas y males, peligros y daños de la vida, las necesidades y preocupaciones hacen que, antes de tiempo, les nazcan ya los cañones a las crías proletarias, echándolas fuera del nido paterno, que en la mayor parte de los casos no tenía nada de hogar ni de paterno para ellos. Sin protección ni guía, tan desamparados, inexpertos y sin consejo espiritualmente como débiles de cuerpo

y pobres en bienes materiales, comienzan su camino por la vida. Un camino a través de la suerte sombría de su clase.

Pero ésta ya no es aquella clase cobarde, mosquita muerta de antaño, sino una clase rebelde y arrogante. El domeñarla, tenerla en jaque por la astucia y la fuerza, se ha convertido en una cuestión de vida o muerte para la burguesía. La misión de la escuela: colaborar en la domesticación de las masas enérgicamente es también la misión de su precipitado desvaído, la escuela de adultos. Precisamente en los años que despierta con pujanza el sentimiento de sí mismo, cuando el impulso por emanciparse hace toda dependencia más sensible, todo sometimiento más penoso, el poder escolar pone a contribución cuánto puede para contener bajo riendas y frenos a la descendencia proletaria que se halla a punto de madurez.

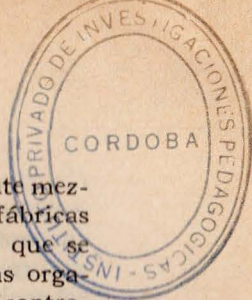
No hay que dejar que las masas tengan conciencia de su propia fuerza, de su propio valor, para que el orden presente no tenga que temer nada por su conservación en el futuro. De aquí la persistencia de los castigos corporales, el restablecimiento de la enseñanza de la religión, la propaganda de la política más reaccionaria, más chauvinista, más belicosa. Pero la fatalidad de todo autoritarismo es, y será siempre, el suscitar como un eco más autoritarismo todavía. Y así como a la autoridad del padre y del maestro daba respuesta adecuada la terquedad infantil, de igual modo en la escuela de adultos, el discípulo, ya fuerte a medias, responde con la forma de protesta descarada y recia de una rebeldía desembrozada. La lucha, sin embargo, se mantiene al principio en forma aislada, de cuerpo a cuerpo, en cada caso, y la mayor parte de las veces el alumno resulta derrotado.

Más fuertemente que la escuela de adultos obra sobre el que sale de ella el medio nuevo en que entra al dejar el hogar paterno: si los padres están en situación de cubrir algunos gastos para terminar la educación del niño y para sostenerlo durante algunos años, éste comenzará el aprendizaje de un

oficio. En él todavía resuenan algunos sonos de la época del artesanado y de los gremios. Un ambiente pequeño-burgués es también el que se respira en los talleres y domicilios de los maestros de oficio. Estrecho horizonte, manera de pensar pasada de moda, moral enmohecida, orientación patriarcal-autoritaria.

La interpretación corriente de las relaciones con el aprendiz se expresa gráfica y vulgarmente en aquel principio de que éste tiene que aguantar muchas bofetadas para llegar a ser un oficial competente y después un buen maestro. El castigo como medio educativo para alcanzar capacitación en la vida burguesa (tal es el epígrafe del triste capítulo que pudiera denominarse: Principios y prácticas educativas en casa del maestro del oficio). "Sobre este asunto —escribe Max Peters en su toque de atención a la juventud obrera—, cada aprendiz podría escribir una elegía; todos se figuran que pueden descargar su malhumor en el aprendiz. ¡Quién podría enumerar los múltiples casos diarios de maltrato! Especialmente en las pequeñas explotaciones, los malos tratos están a la orden del día. Donde mayor es la explotación del obrero mayores son también y más duros los malos tratos. Existen a veces verdaderos focos de miserias y desdichas de aprendiz. En los sótanos y habitaciones más oscuros, cerrados a la luz del día, reina y gobierna el verdugo de aprendices, disponiendo libremente de su pobre y débil víctima, sin vigilancia y sin control que lo detenga, y hace a la joven criatura insoportable la vida que está comenzando a vivir, la atormenta anímica y corporalmente, hasta que la lleva a caer en la estupidez, contrayendo algún defecto espiritual crónico; sí, le convierte en un ser cansado de vivir, que se deja ganar de la desesperación e incluso llega a atentar contra su vida misma.

Los niños proletarios, en su inmensa mayoría, no se hacen aprendices de un taller —en el mejor de los casos, de una fábrica—, sino que se incorporan al copioso ejército de los sin oficio. El aprendiz de fábrica se halla en una posición más favorable que el de taller, asegurado como está por algunas



medidas de protección, siquiera sean éstas tremendamente mezquinas y ofrezcan grandes lagunas. Tampoco en las fábricas puede darse el mal trato a los aprendices en el modo que se da en las pequeñas explotaciones y talleres, porque las organizaciones de obreros adultos actúan como instancia controladora y obligan a respetar, por lo menos, en sus partes más salientes, los dictados de humanidad. Pero, sin embargo, no siempre puede garantizar el influjo de las organizaciones obreras una formación profesional que corresponda cualitativamente a la enseñanza del maestro del oficio. La peculiaridad de los procedimientos productores modernos, al descansar sobre un trabajo parcial más difícil y una técnica más refinada, hace más o menos imposible la incorporación del aprendiz al complejo global del proceso de la producción. De este modo se convierte en obrero parcial o auxiliar, en verdadero proletario de fábrica.

Y de igual modo que en las circunstancias del trabajo le sucede en sus circunstancias personales, en su configuración vital, en su estructura anímica.

Como el sentimiento de menorvalía impele a estos jóvenes proletarios de fábrica a buscar una compensación, esfuézanse, bajo el influjo sugestivo de los adultos, cuyas asociaciones les muestran la fortaleza de la unión, por formar ellos mismos una coalición solidaria. Reúnen sus protestas, aisladas y dispersas, en una protesta colectiva, su defensa individual la convierten en un movimiento colectivo, dan a su compensación la estructura y sustancia de una acción combativa, de una formación para el ataque.

Si los altos cargos eclesiásticos y burgueses se preocuparon ya hace años y decenios de la juventud en formación del pueblo, no era ello para remediar su clamorosa situación aflictiva, para procurarle un sentimiento más fuerte de sí misma, para hacérsele útil en su desarrollo anímico. El celo del proselitismo y de organización desplegado por cogullas, alzacuellos y futraques venía dictado más bien por la tendencia rastrera de la captación de almas, que favorecía a su vez las conve-

niencias de la clase poseedora. Una divergencia, más bien externa, era la que dividía a las asociaciones de la juventud en confesionales e interconfesionales, y a las primeras, a su vez, en católicas, protestantes y judías. En el estudio de Korn sobre las organizaciones juveniles burguesas, puede verse cómo se hallaba el movimiento juvenil dividido y articulado hasta el infinito en innúmeras direcciones y ramificaciones derivadas unas de otras, desgarrado en uniones y unioncillas, ligas y clubes. Pero, por encima de todo el abigarramiento de programas y de la maraña estructural de las organizaciones, se mantiene la autoridad de los adultos, el interés de los poderes dominantes, el beneficio de la burguesía. Estas asociaciones juveniles no son más que escuelas de reclutamiento para las necesidades de la explotación, rediles para la cría del ganado humano de trabajo. Y en él cultivan las menorvalías anímicas, para mantenerlo vinculado continuamente al sistema capitalista.

El proletariado se ha hecho cargo de que, ni los métodos de sumisión humilde y paciente, ni el de sublevación furiosa y rebeldía, conducen a la meta perseguida. Para compensar su sentimiento de menorvalía, e impelida por la miseria de su existencia, su porción más consciente de clase se reunió, formando el partido socialdemócrata. Siguió el camino que las experiencias del trabajo y de la vida social señalan; se organizó para conquistar seguridad de vida, para dominar el desánimo, para triunfar en la lucha. El mayor servicio prestado por el partido socialdemócrata es el de haber reunido a las masas proletarias, llenándolas de confianza en sí mismas, el haber despertado a los amilanados y cobardes, haberles descubierto y acrecido su sentimiento de sí mismos, y, finalmente, el haber puesto en marcha al proletariado para la conquista de un futuro mejor. Si no pudo realizar cosas más elevadas que éstas fué por no poder tampoco desligarse de pequeñoburguesismos en su ideología. Es cierto que sustentaba una teoría proletario-revolucionaria, pero la forma de sus organizaciones, su táctica de combate, los principios de su

orientación psicológica e ideológica se daban la mano con los de la burguesía. En efecto, por este camino, la socialdemocracia ha llegado incluso a imprimir a la doctrina un tono aceptable desde el punto de vista de un reformismo pequeño-burgués y la ha despojado de todo su germen revolucionario. La consecuencia de ello fué que, aunque en todas sus protestas se manifestaba contra la sociedad burguesa, aunque aparentaba aspecto revolucionario y en las masas despertaba esa misma impresión, llegando a infundir a veces angustia y terror a la burguesía, en el momento decisivo desenmascaraba su verdadera esencia de partido de reforma, completamente pequeño-burgués y oportunista. Y la comunidad que proyecta, en la cual, por virtud de su programa oficial se halla por así decirlo obligado a creer, apenas si tiene importancia más seria que la que se le ocurriera planear a cualquier filisteo, falto de mejor ocupación, en la duermevela de siesta, una tarde dominguera.

Siguiendo en un principio el modelo de los adultos, aunque no con su mismo espíritu, la juventud proletaria se organiza a partir de 1904. En Mannheim se reunieron dos docenas de jóvenes en una "Asociación de Jóvenes Trabajadores". Pronto contaba más de cien repartidos en unos cuantos grupos locales; y ya en 1906, rebasando su marco, que se había quedado demasiado estrecho, se amplió a la "Asociación de Jóvenes Trabajadores de Alemania". En el cuatrimestre siguiente apareció ya un órgano propio, *La Guardia Joven*, con una tirada de 2.000 ejemplares. "La juventud del partido —decía el editorial del primer número— empleará para la conquista de sus fines los mismos medios que el partido en su juventud. Escucharemos lecciones y conferencias sobre cuestiones de historia, de economía política y ciencias naturales. Trataremos de comprender los acontecimientos actuales desde el punto de vista de la interpretación histórica que hemos aprendido de Marx y de Engels. Celebraremos sesiones nocturnas de discusión, en las que queremos habituarnos a hablar y a pensar por cuenta propia, y, como cabe suponer

en una asociación juvenil, cultivaremos entre nosotros la camaradería y el compañerismo. Después trataremos de dignificar una actividad olvidada: la canción libre del trabajo. Para unificar estos esfuerzos, configurados en un plan y reunir las experiencias hechas aisladamente en sitios distintos, hemos creado *La Guardia Joven*."

Es cierto que los jóvenes se hallaban hasta entonces casi completamente sin protección, entregados a la explotación del capitalismo; es cierto que su organización, a imagen de la del partido, estaba enfocada hacia la lucha por los intereses económicos, la protección social y la atención legislativa; cierto también, que cualquier organización tenía ya con estos puntos grandes empresas a realizar; pero lo esencial, lo definitivo en su más hondo fundamento de la vida societaria y de la organización juveniles, residía en un terreno completamente distinto. Psicológicamente considerado, Karl Steiner da en el blanco cuando dice: "Si se observa individualmente a cada uno de los que se incorporan al movimiento, se advierte que no busca protección económica; la cual ya ciertamente y desde hace poco tiempo se le otorga de un modo perceptible, sino que quiere ser algo así como colaborador en una obra común. Entra en el movimiento juvenil porque sólo en él se tiene por plenamente válido entre sus coetáneos. Quiere tomar parte en lo que se emprenda, gozar como miembro activo de la confianza de sus camaradas, quiere participar en los éxitos deportivos, defender su puesto en el juego, etc. Compañeros de juego —colaboradores—, esto son todos los que se afilian al movimiento juvenil". El afán de ser cojugadores, colaboradores, según el modelo de los adultos, dentro del espíritu del movimiento clasista, fué lo que condujo simultáneamente a una coalición a focos distintos del movimiento obrero.

Así, pues, en el citado año de 1904 habíase formado en Berlín una Unión de Aprendices y Obreros Jóvenes, que en 1905 editó su órgano, *La Juventud Obrera*. Al año siguiente se formó la Junta Pro Federación de Organizaciones Juveniles Libres, que ganó rápidamente muchos afiliados. Con ello

entró en concurrencia con el movimiento de Mannheim y, juntamente con éste, en oposición con el partido y los sindicatos. Estos, atentos con afán creciente a la protección y consolidación de sus privilegios de edad, maestros en todas las artes del engaño y en todos los métodos de la violencia, despojaron de autonomía a la organización juvenil, la pusieron en dependencia material del partido y la articularon al mismo, como una especie de escuela de reclutamiento. En la sede central de la Juventud Alemana Obrera se reunieron ambas corrientes, continuando fuertes exteriormente, de modo que en 1912 ya existían 574 Juntas y el periódico contaba con 80.000 lectores.

Pero la suerte de la Juventud Obrera estaba unida desde aquel momento a la del partido socialdemócrata. Y como éste, a consecuencia de su política belicista, estalló y se deshizo bien pronto, el movimiento juvenil se fraccionó en múltiples núcleos que se combatieron entre sí, tratando de superarse unos a otros por la acentuación interpretativa del principio de la lucha de clases. En realidad, se trataba en esto más bien de una rivalidad de autoridades que se servían como instrumento social de la organización para darse a valer y conseguir sus fines personales. El *liderismo* iba desempeñando, como entre los adultos, un papel cada vez más fatal. Con el afán de justificar la necesidad psicológica juvenil de exaltar la conciencia de personalidad propia, mediante acciones en sentido y provecho de la comunidad, se creó —dentro de la organización— el mayor número posible de funciones, cada una de las cuales se puso en manos de un funcionario. Pero como la estructura de una organización centralista no ofrece defensa alguna contra el advenimiento y preponderancia de instancias autoritarias y dictatoriales, sino que, por el contrario, favorece la evolución en tal sentido, surgió pronto en los grupos juveniles el mismo mandarinato, el mismo espíritu feudal y dominador, la misma violencia autoritaria que en la política y en los partidos, en los cuales el poder del gobierno, de la burocracia, de los maestros, de los líderes, oprime el sentimiento

del valer humano y engendra el de menorvalía. No es extraño que la lucha entre tendencias distintas, las disensiones intestinas, demolieran la organización; que una pandilla estuviese intrigando constantemente contra otra llena de saña y rebeldía. So capa o pretexto de diversidades objetivas, o divergencias de criterio, una autoridad combatía a la otra para alcanzar acatamiento, superioridad, soberanía. Copiando fielmente la táctica de los partidos políticos, se echaban en cara mutuamente sus rivalidades. La decadencia del partido socialdemócrata, al convertirse en una liga de oportunidad accidental de pequeño-burgueses reformistas y razonables, trajo consigo el que también su *a látere*, es decir, la organización juvenil socialdemócrata, haya caído en el embotellamiento y la estupidéz pequeño-burguesa. Se ha convertido en una asociación de compañerismo que cultiva el deporte, hace excursiones, organiza fiestas, viene a dar en un afanoso asociacionismo y alimenta con un saber de tercera mano a una generación que sigue confiadamente las huellas de su modelo: los partidos paternos. El pensamiento comunal que la anima tiene un tufo de ranciedad pequeño-burguesa; la comunidad como fin del movimiento ha venido a caer en una casi nebulosa lejanía. Nada puede ilustrar tan concluyentemente la profunda decadencia del movimiento social-demócrata y su regresión al más fatal burguesismo como esta pérdida de la justificación ético-social de su existencia, esta depauperación catastrófica de valores de futuro, precisamente en el dominio en que antes ofrecía las más cumplidas esperanzas.

En Austria, donde el favor de las circunstancias históricas salvó a la socialdemocracia de un suicidio tan terrible e ignominioso, el obrerismo consciente de su clase ha creado una institución propia —específicamente austriaca— para realizar una labor educativa con los niños proletarios: la Unión de Padres Amigos de los Niños. Es ésta una asociación que, empezando con muy modestos comienzos, cuenta ya más de cien

mil miembros y lleva a cabo una amplia obra educativa y de asistencia social (excursiones, bibliotecas infantiles, asilos, deportes, hogares, comunidades infantiles de producción, colonias de vacaciones, lugares de recreo diurno, albergues de excursionistas, sesiones nocturnas de cuentos, sesiones cinematográficas, salas de lectura, cursos de formación para maestros, etc.). Sobre el desarrollo de la Asociación, su fundador, Afritsch (Graz), se expresaba como sigue en la conferencia celebrada en Klesheim en 1922: "Antes de la guerra nos creímos obligados a educar a los niños proletarios con el fin de hacerlos hombres buenos y bellos; entonces no hubiera sido difícil convertirlos en buenos socialistas. Pero a la sazón, no se podía ni hablar de educación socialista. Ya en la elaboración y legalización de los estatutos tropezamos con grandes dificultades por parte del Gobierno civil, a causa de no querer nosotros incluir en ellos la educación moral religiosa. La labor de asistencia la hemos considerado siempre como cosa secundaria. Al estallar la guerra temíamos que se disolviesen nuestros grupos locales campesinos. Durante ella surgieron en los municipios múltiples agrupaciones de estas, pues nos habíamos visto obligados a realizar allí una labor de asistencia. Después de la guerra resultó difícil persuadir a los asociados de que la Unión tenía que realizar en primer término labor educativa. Hoy ya podemos decir que, gracias a la fortaleza alcanzada, se ha conseguido centrar nuestra Unión sobre esa base".

Esto último puede resultar exacto por lo que se refiere a la determinación de fines que persigue dicha entidad, a su orientación general programática, pero podría no ser del todo incuestionable respecto al carácter de su labor práctica. Por lo menos Max Adler, uno de los guías más destacados del movimiento, hace resaltar que "la misma fatal degradación del espíritu proletario, que perdió completamente de vista los grandes objetivos revolucionarios de la clase y se estancó de lleno en el egoísmo individualista, se muestra también en la concepción de los fines que persigue la organización de Amigos

de los Niños". Traza un paralelo entre el punto de vista del mero interés por las cuestiones de salario, que delata un criterio gremial, una actividad mercantilista, pero que nada tiene que ver con el socialismo, y el punto de vista de la simple actividad de asistencia social, paralelo que no permite diferenciar en nada la esencia y misión de la entidad de los Amigos de los Niños de cualquier institución burguesa de beneficencia. Para prevenir una interpretación torcida, se hace resaltar "que la actividad de asistencia social es imprescindible en la obra de los Amigos de los Niños, y, sobre todo, más importante aún que el mejoramiento de las condiciones de trabajo y del salario para el proletariado, dentro de la lucha de clases. Las atenciones dedicadas a la mejor nutrición de los niños, al cuidado corporal, al control médico de su desarrollo, a la preservación de los peligros de la calle, a su ocupación y entretenimiento en departamentos aireados, claros, de temperatura adecuada e iluminados, todo esto son medidas que forman parte esencial, indispensable e indeclinable en la labor de los Amigos de los Niños, quienes, infortunadamente, no las pueden atender todavía en la actualidad de un modo satisfactorio. Pero todo ello no llega a constituir un fin en sí mismo, sino un medio para el fin, y éste no puede ser otro que la educación socialista, resaltando de la mera actividad de asistencia. Se comprenderá por esto que nosotros repudiamos, como completamente improletaria y antisocialista, una interpretación que trate de fundamentar la misión de los Amigos de los Niños esencialmente en el hecho de liberar a los padres durante sus horas de trabajo de la preocupación de sus hijos mediante el establecimiento de refugios, de completar por medio de comidas baratas o bien gratuitas en absoluto la alimentación deficiente de los niños, entretenerles con juegos o velar por ellos en sus correrías. Quien sólo pida de los Amigos de los Niños estas y parecidas cosas, priva de alma a la obra de esta organización y la llena con el vacío y la estrechez de sus mezquinos intereses utilitarios. Este no es más que la continuación de aquel otro criterio antisocialista del

salario, transportado al terreno de la educación de los niños. Tanto en el uno como en el otro no se pretende conquistar algo para la clase y por la clase, sino algo por y para sí propio. Pero el destino del proletariado mismo como clase y hasta la suerte individual de sus hijos que, aun protegidos contra la más dura pobreza, caen pronto íntima e invariablemente en la antigua miseria proletaria, esto, siguiendo el punto de vista a que nos referimos y rechazamos, viene a ser indiferente o, por lo menos, se deja en un lugar muy secundario”.

En contraposición a la tendencia de los partidarios de “sólo-asistencia-social”, la otra ala de la organización de los Amigos de los Niños hace resaltar con mucho hincapié la necesidad de la educación socialista, cuyo genuino sentido culmina en hacer de la comunidad toda un factor educativo. Por la comunidad a la comunidad, tal es su fórmula.

La comunidad: con esto volvemos a la psicología. Esfuerzo por adquirir poderío y sentimiento de comunidad, los dos polos de la vida del alma humana, requieren también ser tenidos en cuenta en este punto de nuestro estudio y razonamiento. Siempre que se enfrentan niños y adultos, el adulto representa la autoridad, el poderío, la plena validez, y el niño, más o menos débil, se ve siempre empujado a un sentimiento de menorvalía. La situación anímica que nace de este hecho entorpece en mayor o menor grado el acceso a la comunidad. Y toda educación, aun siendo de calidad, en la que el adulto actúe sobre el niño, es cierto que resultará más o menos buena y adecuada a la estructura social de la sociedad presente, pero no podrá considerarse educación socialista mientras por socialismo se entienda justamente la consecuencia forzosa del trabajo común; es decir, una comunidad. Los Amigos de los Niños es una organización de padres, y con esto se nos da ya de antemano la contraposición que la caracteriza como institución educativa en el sentido tradicional. Podrá, según sus grados, diferenciarse de la habitación de los niños, de la escuela y del cuartel, y se diferencia de hecho en

la medida más imaginable; pero en principio no se separa nada de ellos. Toda la pureza de los esfuerzos, todo el desinterés de la labor, todo el idealismo de los afanes y los millares de afirmaciones de que sólo es la más pura y cálida devoción al pensamiento de la lucha de clases, a la idea del socialismo, al ideal de la comunidad, lo que anima y llena a cada colaborador y a cada obra que realizan, no cambia para nada el hecho de que la polaridad grande-pequeño, arriba-abajo, fuerte-débil, actúa también en el seno de esta organización e inevitablemente desarrolla tendencias perturbadoras de la comunidad. Sabemos que el cariño más tierno de los adultos para los pequeños puede tener los mismos efectos que la severidad y rigor brutales; vemos que niños mimados o educados con toda clase de bondades y benevolencias vienen a ser víctimas de complejos de menorvalía, exactamente lo mismo que otros que son educados bajo una coacción rigurosa. Toda la dulzura, la indulgencia, la cordialidad —no importa su medida— son incapaces de evitar que sobrevengan tensiones anímicas, protestas, conflictos, mientras la contraposición de padres y jóvenes predomine en el carácter de la educación. Detrás de los Amigos de los Niños están el partido y los sindicatos, asociaciones autoritarias de la más pura estirpe; los mismos miembros de los Amigos de los Niños lo son también de estas asociaciones. No sucedería esto, ni podría suceder, si, psicológicamente hablando, no estuvieran ellos en su intimidad orientados autoritariamente. Por muy magnánimo y honrado que sea su afán no se hallan libres del autoritarismo. Toda su disposición les lleva a ello. Por eso nunca llegan, con la ayuda del partido, de los sindicatos, de las asociaciones autoritarias, al verdadero socialismo. A lo sumo alcanzan, en política, un socialismo que no es más que una variante del capitalismo político, y por eso tampoco llegan en educación a una educación socialista. Todo lo más que consiguen es una educación en la que los peligros de las relaciones autoritarias se hallen reducidos al mínimo. Ciertamente que eso es ya un éxito, pero la educación socialista es algo muy distinto. ¡Hagamos

honor al movimiento de los Amigos de los Niños! Infinitos son los beneficios que de él proceden. En él encuentra el niño proletario el amigo más caluroso, el más leal consejero, el auxiliar más desinteresado. En él cuenta con el más paternal de los padres, aunque padre al fin y al cabo.

Pero para formar comunidad necesita otro niño como él, necesita un camarada de niñez (*Mitkind*). El movimiento no debería ser, pues, de Amigos de los Niños, sino de niños solamente. (Hay manos puestas a la obra para realizar esta empresa.) Entre los obstáculos que tales propósitos encuentran dentro del movimiento se entrecrocán las tendencias del mundo viejo y del nuevo. Si quieren los Amigos de los Niños cumplir realmente su misión de poner por obra una educación socialista, tienen que seguir el camino que Lazarsfeld y sus amigos les han señalado con el ensayo de comunidades educativas (Lind). Educación para la comunidad mediante comunidades educativas de niños y jóvenes con exclusión de adultos.

Ya sabemos que es cierto que la juventud actual no cuenta con fondo y tamaño suficiente para satisfacer las exigencias de una educación realizada por sus propias fuerzas y con medios propios, y que los viejos tienen razón cuando declaran que la experiencia, la técnica y la productividad juvenil son muy escasas, muy unilaterales, para que con sus organizaciones pueda la juventud prepararse por sí misma. Pero desde el punto de vista de lo futuro, estamos de acuerdo con Lazarsfeld cuando hace notar a este propósito: "A pesar de todo, resultará imposible la intervención de extraños, adultos o como quiera llamarse, a quienes la juventud sienta incoherentes con sus esencias, sus ideas, su historia y sus necesidades. Por eso la primera generación de un movimiento juvenil tiene que sucumbir siempre como tal movimiento". Y nosotros tenemos que tener el valor de ofrecer esa víctima en holocausto.

En Alemania, el movimiento de Amigos de los Niños ha encontrado su parejo, que se queda en eso: en parecido, por mucho que sus propulsores quieran defenderse contra el para-

lelismo. Su barniz político, más llamativo, podrá engañar sobre el carácter fundamentalmente burgués de su esencia, pero no puede librarle de la efectividad de ello. Se trata de los grupos infantiles del partido comunista.

La bancarrota política y moral de la socialdemocracia alemana desde 1914, trajo como consecuencia que el acento más radical y sincero del pensamiento de la lucha de clases, la creencia sin reservas de las masas proletarias en la revolución, huyese de la socialdemocracia al comunismo. Si se imagina la revolución psicológicamente como la descarga histórico-mundial de una protesta colectiva gigantesca, provocada por tensiones inmensas a consecuencia de una inseguridad de vida insoportable, el partido comunista representa entonces un instrumento de tentativas y actuaciones más o menos serias para la resolución y ejecución eficaz de esa protesta colectiva. Su misión viene a ser ésta: vencer efectivamente el sentimiento de debilidad de las masas proletarias e investir las del de fuerza, confianza en sí mismas y fe en la victoria de la causa. Y trata de cumplir esta misión con los medios políticos de todo partido, esto es, con una organización autoritario-centralista, cuyas acciones sólo pueden ser de protesta y cuya lucha contra la autoridad está dictada por la voluntad de instaurar y sobreponer la autoridad propia. Dentro del papel de niño obstinado, a que inevitablemente viene a parar, se enreda en el círculo vicioso del sentimiento de menorvalía, esfuerzo por el poderío, y sobrecompensaciones, que le traba, tanto más dificultosamente cuanto mayor es la vehemencia con que trata de sustraerse a sus efectos. Su destino es el fracaso de su misión política dentro de ese conflicto interno. El partido comunista ha puesto a la psicología ante un hecho nuevo: la conversión de la protesta varonil del niño, que hasta aquí se desenvolvía entre las cuatro paredes de su habitación, en instrumento de una acción revolucionaria, que ha colocado al servicio de sus intereses de partido. Al mismo tiempo que esto hacía, se ha organizado, consciente de sus fines, para una acción colectiva, dirigiéndose —por lo

menos en teoría— hacia la meta de un nuevo ideal de comunidad.

En el año 1921, el bolchevismo, por mediación de la Internacional Comunista Juvenil, comenzó a crear grupos infantiles esencialmente afines al partido comunista en Alemania. Una conferencia nacional, celebrada por estos grupos comunistas infantiles alemanes, consignó en sus tesis la misión y fines de los mismos. El *Boletín de Directores y Amigos de los Grupos Comunistas Infantiles*, publicó la siguiente declaración sobre ese punto: “En la etapa histórica de la revolución proletaria y de la simultánea descomposición del capitalismo, tanto el abandono en que la burguesía tiene al niño proletario como el influjo que sobre él ejerce, aumentan en extensión e intensidad. La mayoría de los niños vagan de acá para allá, enfermos y medio muertos de hambre, siendo testigos de todos los productos de podredumbre del orden social moribundo y respirando la atmósfera espiritual del *affaire*, el crimen, el parasitismo. Por otra parte, la clase dominadora redobra sus esfuerzos para captar a los niños para sus planes contrarrevolucionarios, politiza la escuela, las asociaciones benéficas, los jardines de la infancia, en una palabra, hace todo lo posible para formar un cuadro de guardias blancas y rompehuelgas de entre las filas mismas del proletariado. Este no puede contemplar impasible esa doble corrupción y ruina de su descendencia. Así como tiene declarada la guerra a la depauperación corporal, necesita también emprenderla contra el abandono espiritual y la servilización. No puede permanecer indiferente ante esto. Tiene que hacer algo positivo desde su situación. Tiene que crear instituciones para educar a sus hijos al servicio de la revolución proletaria y de la construcción comunista. El comunismo necesita caracteres de poderosa voluntad, de cálida convicción, del mayor espíritu de sacrificio. El comunismo necesita de la máxima iniciativa personal, voluntaria disciplina y entusiasta conciencia del deber por parte de la clase proletaria. El comunismo necesita, además, hombres inteligentes

y capaces de acción, agitadores, organizadores, y al mismo tiempo caudillos de la revolución, constructores del futuro. La finalidad está, pues, claramente delineada”.

Después de rechazar los *Kindergarten* para el partido, las “comunidades de vida” y “una vaga puericultura socialista”, en la tesis 6ª se establece la siguiente demanda: “Reunión de niños proletarios bajo una dirección comunista. Despertar la conciencia de clase en el niño. Educación para la solidaridad proletaria y para la lucha contra los explotadores. Toda la actividad de estos grupos infantiles ha de culminar en la articulación de los niños proletarios con el frente único del proletariado combatiente... Lo que debemos a nuestros niños es su incorporación a la lucha de clases revolucionaria, no teórica, sino prácticamente”.

Cómo debe iniciarse en esa lucha de clases, prácticamente, se deduce de esta indicación: “La venta misma de nuestro periódico entre los camaradas es ya una labor de propaganda comunista, más aún, una labor de combate. En la escuela se producirán conflictos que los niños tienen que arrostrar sin miedo. En ellos no sólo perciben la existencia de dos mundos que se combaten acerbamente, sino que viven actuando ellos mismos. Y en las familias introducirán el comunismo convirtiéndose en despertadores de la conciencia de sus padres, en maestros de sus hermanos”. Los grupos infantiles comunistas vienen, pues, a ser el primer grado de la organización comunista juvenil. En cuanto al modo cómo se ha desarrollado desde el principio el movimiento de los grupos infantiles, no hay síntoma más característico que el hecho de que todas las manifestaciones, programas, tesis, declaraciones, no proceden, por ventura, de niños sino de adultos, de líderes y encargados a sueldo del partido comunista. Además, el proceso típico de la fundación de todas las organizaciones autoritarias: primero, aparecen los caudillos, proyectan el plan, programa, camino a seguir; después se pone en marcha la labor de propaganda y proselitismo, para proporcionar a los líderes, ya asentados en sus cargos y dignidades, las huestes precisas, cuya

misión, destino, aplicación, campo de operaciones, etc. (sin haberlas escuchado a ellas), ya se ha estatuido y decretado de antemano. De este modo nacieron hasta el presente todos los partidos; así se nos presenta la fundación de toda entidad centralista autoritaria; así se convierte, desde un principio, en instrumento de caprichos soberanos y miras de poderío, ocultos bajo formas de colectivismo y postulados de comunidad.

No puede negarse que un partido, una organización juvenil, y un grupo infantil asimismo, representan una comunidad, es decir, una alianza espiritual con obligación solidaria en beneficio de todos. Pero comunidad, sin embargo, sólo en un sentido, lo que significa falsear, al servicio de intereses de clase sobrepuestos, el pensamiento original y genuino de la misma. Es un abuso de conceptos el tratar de equiparar tal comunidad a la comunidad socialista. Y cuando se afirma que la educación de los grupos infantiles en el espíritu de partido es una educación socialista, se comete, cuando menos, un error, si no un engaño. La equisonancia de las palabras, la identidad de los postulados que se formulan, no hace al caso. "El fin de la educación comunista revolucionaria —se dice en el programa educativo de los grupos infantiles— es la educación para el obrar autónomo, para la audacia, para la actuación gozosa de la propia responsabilidad. Pero no en el sentido del individualismo burgués, de la pedagogía reformista burguesa. El fin de nuestra educación no es la acción individual, no es el obrar, egoístamente definido, casi siempre a expensas ajenas. Este ideal es el de los grandes traficantes capitalistas. Queremos educar para la acción colectiva, para la audacia colectiva, para una autonomía que se empareja y compadece con la solidaridad, que se coordina y subordina al bien común y lo crea constantemente. En la sociedad burguesa libertad y subordinación, individuo y comunidad son cosas contrapuestas. En la sociedad socialista serán una misma entidad, se completarán mutuamente. Disciplina revolucionaria, centralismo democrático: esto son contradicciones para el pensamiento burgués, son acordes esenciales para el pro-

letariado rebelde. Nuestra educación comunista ha de ir, pues, toda enfocada al despertamiento y cultivo de esta nueva voluntad comunal, al fomento de aquella audacia ilimitada, a la creación de aquella capacidad de entrega y goce de responsabilidad de cada uno, igual a como existían en los grupos primitivos de las generaciones comunistas originarias, sin lo cual hoy tampoco puede llevarse a cabo ninguna acción revolucionaria colectiva, ninguna construcción comunista. Con la única diferencia de que en las generaciones primitivas el individuo se sumía sin reservas en la comunidad, mientras que hoy la comunidad comunista presupone individuos óptimamente desarrollados”.

Entre individualismo y socialismo existe, en realidad, una contraposición irreductible sólo cuando por individualismo se entiende aquel concepto del mundo y de la vida para los cuales el individuo es la idea céntrica, la única realidad, “algo libre completamente, existente por sí mismo, que en sí mismo descansa, que se desarrolla por sí mismo, en sí cumple y se acaba”. Desde este punto de vista la relación social no es una relación básica, sino sucedánea. Al contrario, si por individualismo se entiende nada más y nada menos que aquella autonomía de la personalidad, la cual, dentro de ciertas circunstancias, no encuentra otra limitación que la impuesta por la autonomía de las demás personalidades, entonces ese individualismo negativo o relativo no constituye una concepción de la vida distinta, independiente y contrapuesta en un mismo plano al socialismo, sino que es algo inmanente a él, es su condición y supuesto. Natorp dice: “Individualidad y comunidad no representan una antítesis que se excluya, ni tampoco dos componentes de la configuración vital humana que actuando en realidad siempre conjuntas se limitasen recíprocamente en esa actuación, sino que son conceptos que requieren ser pensados dentro de la más exacta reciprocidad, unidos de tal modo que la comunidad más genuina significa al mismo tiempo la máxima individualidad y viceversa”.

Con la autonomía personal en el ámbito de la comunidad

no se compadece la existencia de caudillos profesionales, ni caudillos elegidos libremente, que siempre son sustitutivo paterno, autoridades a las cuales aquellos que las siguen sólo se someten y confían mientras las ven identificadas consigo mismos en sus propios esfuerzos por adquirir poderío. Mal aconsejada estará, por tanto, y yerra por completo el camino, una educación para la comunidad que, al frente de sus organizaciones, coloque autoridades dirigentes, en especial caudillos, que por su pertenencia a la generación adulta o semi-adulta, se encuentra, sin más, en oposición natural con la generación joven. "La organización de los grupos infantiles comunistas se halla totalmente en manos de una Comisión que nombra el Comité nacional de la juventud comunista", se dice en las orientaciones y tesis de trabajo de los grupos de niños comunistas (*Boletín*, 1921, fascículos 6 y 7, pág. 22). Ante este hecho no se comprende cómo en el mismo contexto puede hablarse de "grupos infantiles libres, administrados por sí mismos y que a sí mismos se regulan". En una organización autoritaria no se puede hablar de libertad, ni de gobierno de sí mismo, ni de regulación autónoma. Quien no conozca los métodos del esfuerzo por el poderío seguidos por los partidos políticos, quien desconozca especialmente el ansia de dominio del partido comunista, se quedará maravillado de cómo puede suceder que este partido, que tanto en Rusia como en Alemania propagó el sistema de Consejos (*soviets*), no construya o ayude a estructurar el movimiento de los grupos infantiles con arreglo al mismo, mediante Consejos escolares (de las explotaciones). Ante este proceder tenía que iniciarse de hecho, más pronto o más tarde, un movimiento de oposición e incluso revolucionario quizá, de sólo-niños.

La objeción de que organizaciones tales serían entidades completamente inválidas, ridículas e imposibles, no lo es ante el hecho de que en algún momento la evolución cultural tiene que comenzar a desprenderse del predominio varonil adulto, y, sobre todo, que sin esa emancipación no es concebible una cultura de comunidad socialista. El partido comunista no ha

seguido ese camino porque en el fondo es enemigo del sistema de Consejos. Sistema de Consejos quiere decir supresión de autoridades, carencia de soberanía, fin del autoritarismo y señorío del partido. Por eso el partido comunista en Alemania ha demolido, saboteado y combatido las organizaciones de Consejos y en Rusia los ha transformado en una mampara con qué ocultar la omnipotencia de los Comisarios autoritaristas. Aquí se contraponen, por tanto, autoridad y comunidad en toda su enemistad antigua. Una organización autoritaria no puede aspirar a la estructura de una comunidad, si no quiere vencerse a sí misma.

A los grupos infantiles se les ha llamado burlescamente "el partido de los braguillas" y sus escondidos mangoneadores y beneficiarios adultos se han ofendido mucho por ello. Sin embargo, la denominación es certera: tenemos ante la vista un partido político formado por escolares en cuyas actuaciones, en cuya agitación y actividades, celebra verdaderas orgías la protesta neurótica. Complejos de menorvalía evidentemente manifiestos encuentran en él compensaciones a menudo grotescas. A esto puede muy bien añadirse que las acciones de los grupos infantiles se dirigen contra injusticias que claman al cielo, combatir a las cuales siempre será en extremo meritorio: contra la pedagogía de los castigos, contra el chauvinismo en la escuela, contra el encono social y la explotación de los menores —capítulos todos que están henchidos de barbarie, egoísmo, ilusión de poderío, delitos contra la Humanidad! Los informes, continuamente aportados por los niños sobre torturas escolares revelan una cantidad de atrocidades y de brutalidad que espanta. Sin querer oponer el reparo más mínimo a la justificación, o más bien, a la necesidad de una lucha contra tales miserias, hay que decir, sin embargo, que los éxitos problemáticos de la lucha infantil se compran demasiado caros, y además, a expensas de los niños mismos. Empleando métodos de lo más temerario se cultiva el heroísmo infantil, se instiga a la ambición del martirio, se despierta el orgullo del triunfo, se fomenta una megalomanía,

que, miradas las cosas desde el plano de la idea de comunidad socialista, sólo pueden inspirar recelo los frutos de una educación de tal género. Porque cada gesto que hace el esfuerzo por adquirir poderío, entorpece el alcance de una forma de vida más elevada, pues constantemente suscita otro esfuerzo mayor en el mismo sentido; todos los métodos de una política de violencias alejan del fin que se persigue, tanto más cuanto más tiempo y espacio necesitan las potencias en pugna para librar el combate decisivo de su rivalidad.

Lo que decimos de los grupos infantiles comunistas conviene en medida incomparablemente mayor para el movimiento comunista juvenil. Su caudillo, Münzenberg, que en días mejores de su pasado luchó apasionadamente por la independencia y autodeterminación de la juventud proletaria, tan pronto como se vió encumbrado, declaró dictatorialmente: "El movimiento comunista juvenil tiene que someterse al partido comunista del país respectivo". A la juventud no se le pregunta, pues, antes, para nada; no tiene opinión alguna, no tiene voz; la autoridad de los adultos ordena y manda, y con esto basta. ¡Esto es lo que se llama ilusión de poderío en una verdadera cultura! Su efecto será la rebelión, pero no la comunidad.

La liberación de la juventud proletaria del principio de autoridad, sucedió por vez primera prácticamente en junio de 1919, cuando cierto número de jóvenes obreros abandonaron la Juventud Socialista Libre, con el deseo de no constituir la oposición dentro de su organismo autoritario, lo que venía a ser un adminículo del partido, sino de adoptar un punto de arranque nuevo, propio. "¿Dónde existen guías de la juventud —se dice en el manifiesto de estos jóvenes, aparecido con tal motivo— que no hayan incurrido en la "bene-

volencia paternal" y en el "consejo discreto" de los viejos? Ha llegado el momento de poner término al cuento de la amistad desinteresada y altruista de los mayores hacia la juventud".

Esta juventud —la juventud anarquista, como se llamó a sí misma— rechaza la afiliación a cuaquier partido o sindicato, repudia toda tutela de organizaciones existentes de adultos, sean las que fueren, y las rechaza resueltamente y con todas sus consecuencias. En efecto, cuando los sindicalistas —organización de base federal— cayeron en el error de hacer, mediante el acuerdo de un Congreso, que "todas las organizaciones y directivas se comprometiesen a crear por todas partes grupos sindicalistas juveniles", los jóvenes anarquistas proletarios se sublevaron contra esto con todas sus fuerzas. "Así como vosotros combatís el pensamiento —clamaban frente a los sindicalistas desde su órgano— de que el socialismo pueda ser creado centralistamente, de arriba abajo, por decreto, del mismo modo, mucho menos aún, podrá crearse un movimiento juvenil, os decimos nosotros, por una conclusión votada en un Congreso". Vino a darse una controversia en la que se reprodujo, punto por punto, la vieja lucha entre padres e hijos, controversia que desenmascaró el profundo prejuicio de que estaban poseídos hasta los más selectos y sinceros campeones sindicalistas, el cual tenía su raigambre, sencillamente, en una mentalidad autoritaria. Su amenaza de que se verían obligados por la rebeldía de la juventud a "emplear toda su autoridad de padres", fué la revelación más dolorosa que, bajo el antifaz de muy bellas palabras socialistas, dejó al descubierto en un momento el rostro de un burguesismo ansioso de dominio. Aun tuvieron los sindicalistas éxito suficiente para suscitar la fundación de un organismo juvenil anarcosindicalista. Exito fatal, porque ese apéndice de la Unión sindicalista fué la rama más débil y carente de fuerzas, el último brote del movimiento juvenil autoritario nacido

de un instinto de poderío y de dominio que nada tiene que ver en su más hondo fundamento con el socialismo.

Socialismo es precisamente comunidad, y comunidad es lo antípoda de dominio, de autoridad, de violencia. Hallarse lo más alejado de la autoridad quiere decir estar lo más cerca del socialismo. Por esto los grupos juveniles anarquistas escindidos, no muy fuertes, pero en su posición fundamental anti-autoritaria incommovibles, se han unido, como Juventud Libre, en una comunidad revolucionaria y constituyen hoy con los demás grupos juveniles de la Unión General de Trabajadores la vanguardia y cabeza de la marcha proletaria hacia la meta socialista. Por su disposición anímica son también los más llamados y escogidos para la nueva obra.

Si la comunidad de los chicos de la calle, como expresión de protesta sumada, se caracterizaba, de momento, por lo casual, provisional e inconsciente, las organizaciones juveniles y los grupos de niños en los partidos representan una coalición planeada, duradera, consciente, de niños proletarios, cuya protesta ya no es una mera acción casual de masa, sino una acción colectiva organizada. En todo caso una acción que todavía se halla baja el influjo y gobierno más o menos fuertes y distinguibles de la autoridad de los adultos. De un modo creciente, las acciones de estas sociedades infantiles y juveniles van dejando de ser simples manifestaciones de actitudes individuales psíquicas en agregación ocasional y se van convirtiendo en parte esencial organizada de la actitud anímica completa del proletariado como clase revolucionaria. Y el enfoque de su finalidad define cada vez más su contenido positivo. En este momento tórnase positivo lo que antes era negativo por su tendencia, por su carácter y por el sentido de la protesta. La voluntad de poderío (de individuos o clases contra los intereses de la comunidad) se convierte en deseo de comunidad (contra los esfuerzos por el poder de individuos o clases en interés de su provecho particularista). Son bien

visibles los contornos de una nueva forma de sociedad y de un comienzo distinto de vida, a los que se incorporan, en primer término, los afanes que ya hoy hacen por la liberación quienes se hallan divididos en campos hostiles y proscritos de la humanidad, en virtud de esfuerzos autoritarios de poderío. De todo el resultado de la experiencia, del precipitado vital de la existencia proletaria, en su totalidad objetiva, se deriva el contenido de una nueva vida de comunidad.

Mientras el proletariado de hoy vive aún de lleno en el ámbito de una tradicional potencia autoritaria y de un afán batallador de supremacía, en las filas de la juventud proletaria surgen la preparación y disposición anímica para realizar las antiquísimas necesidades humanas de comunidad, para dar vida a la incommovible lógica de la existencia humana.

Colaboración y cohumanidad: en torno de este quicio gira la puerta que conduce hacia el próximo futuro histórico.

No serán héroes ni superhombres, reyes ni dioses, los constructores del mundo socialista; tampoco fueron ellos los edificadores del mundo actual y del pasado, por más que se jactan de serlo y tratasen de ganar, así, nuestra veneración.

Los humildes carreteros serán tanto como reyes. Las muchedumbres y mayorías serán quienes creen el mundo nuevo.

El vivo hallarse-unidos de hombres que piensan unánimes, que se esfuerzan por la misma cosa y que cooperan a la misma obra; la hermosa armonía y solidaridad de compañeros y colaboradores voluntarios, capaces, plenamente válidos; la facultad perfecta de comunidad y la voluntad activa de ella de las generaciones que se apoyarán sobre nuestros hombros, todo esto será lo que edificará la Humanidad nueva, la nueva morada...

Veamos el total: junto a los extraviados y desertores, que no cuentan completamente para nada, porque pierden conexión

con la comunidad, levantan su cabeza también otros, los protestatarios.

Reúnense, con lo cual obtienen un apoyo mutuo, preservándose del aniquilamiento; más todavía, se convierten en creadores de una nueva comunidad que les garantiza una elevada seguridad de vida.

Esta posición brotó de la total actitud histórica de la burguesía alemana que compensó con éxito su sentimiento de menorvalía social, y surgió también como resultado de las experiencias del proletariado en su papel de productor industrial colectivo.

La juventud de la burguesía huyó del espíritu de su tiempo al romanticismo por medio del movimiento de los *Wanderwogel*, el movimiento que se desmoronó por falta de un positivo valor de futuro.

La organización juvenil socialdemócrata se halla fundada psicológicamente, como fenómeno social, en una relación distinta con el trabajo y en una disposición diversa también respecto a la colectividad. Pero se deshizo en el oportunismo del partido pequeño-burgués reformista, del que ha venido a convertirse finalmente en escuela de reclutamiento.

El movimiento de los Amigos de los Niños persigue, a base de mera previsión juvenil, una educación socialista; pero, como no llega a vencer dentro de sí el antagonismo existente entre las generaciones, se dificulta él mismo el camino hacia el espíritu de la nueva comunidad. Sin embargo, algunos ensayos hechos por la juventud señalan este camino.

Los grupos infantiles comunistas colocan la protesta neurótica, desarrollada en acción colectiva, al servicio de la acción revolucionaria. Su carácter autoritario de partido les hace, no obstante, ser un mero brote de Moscú y les pone en oposición con la idea de comunidad.

La juventud antiautoritaria, libre de los restos de la política partidista, burguesa, de dominio, es la que se halla más

cercana a los fines de la comunidad socialista. Su protesta es positiva. Este positivismo es el elemento formativo de la comunidad.

Al hombre le redimen sus camaradas humanos.

El futuro pertenece a los hombres-camaradas.

APENDICE

CUESTIONARIO-PROYECTO PARA LA INVESTIGACION DE LA PSIQUE DEL NIÑO PROLETARIO

(En base a otro de la Unión Internacional de
Psicología Individual)

1

- a) ¿Hay en la conducta del niño indicios que permitan diagnosticar una psique de clase proletaria?
- b) ¿Qué señales manifiestan en él una diversidad fundamental respecto a los niños burgueses? (Palabras, actos, actitud en general).
- c) El psiquismo habitual de su actitud ante la vida, ¿es todavía pequeño-burgués o proletario ya?
- d) ¿Cómo se explica esto con referencia a su medio sociológico?

2

- a) ¿En qué momento y circunstancias experimentó el niño, por vez primera, la contraposición de las clases?
- b) ¿En qué forma? (Describase la situación con exactitud).
- c) ¿Cómo reaccionó el niño ante ello?
- d) ¿Consciente o inconscientemente?
- e) ¿Dejó esa vivencia huellas perceptibles en la psique infantil?
- f) ¿De qué clase?
- g) ¿Suscitó determinadas tendencias?
- h) ¿Se pueden explicar por esto algunos rasgos del carácter del niño? ¿Cuáles?

3

- a) ¿Cómo se halla condicionada la situación familiar del niño? (Trabajo, vivienda, enfermedad, alcohol, criminalidad, defunciones, suicidios, perturbaciones mentales).
- b) ¿Quién domina en la familia?
- c) ¿Es la educación rígida, minuciosa, religiosa, mimada?
- d) ¿Pertenece el padre, la madre, los hermanos a organizaciones proletarias o burguesas?
- e) ¿Qué noticia tiene el niño de movimiento obrero, social-democracia, revolución?
- f) ¿Se le castiga corporalmente?
- g) ¿En qué medida?
- h) ¿Por quién?
- i) ¿Qué vigilancia se ejerce sobre él?
- j) ¿Cómo son sus relaciones con los padres?
- k) ¿Qué comidas hacen juntos? ¿Noches? ¿Domingos?
- l) ¿Qué sabe el niño sobre el trabajo de su padre?
- m) ¿Qué papel íntimo desempeña en su vida?

4

- a) ¿Qué lugar ocupa en la serie cronológica de sus hermanos? (¿Es el mayor, el más joven, hijo único? ¿Muchacho único entre niñas, o viceversa? ¿De cuál de los padres es el predilecto?)
- b) ¿Qué relaciones existen entre los hermanos? (Afabilidad, gran cariño, rivalidades, hostilidad).
- c) ¿Se han observado en él tendencias menospreciativas o desvalorizadoras, depresivas?
- d) ¿Se produjeron modificaciones psíquicas por cambios profundos de situación experimentados por la familia? (Fallecimientos, madrastra, nacimiento de hermanos, traslado de residencia, compañeros de dormir).

5

- a) ¿Qué impresiones de infancia más remotas conserva el niño? (Datos exactos).
- b) ¿Guarda, en relación con esto, determinadas líneas de conducta?
- c) ¿Se halla favorecida la fijación de sus recuerdos por una memoria tendenciosa?
- d) ¿Percíbese alguna relación de esto con el carácter?

6

- a) ¿Es huérfano el niño?
- b) ¿Ha nacido inmatrimonialmente?
- c) ¿Sufren sus padres alguna proscripción política o religiosa?
- d) ¿Cobraron mala fama por participar en alguna huelga, revolución o movimiento obrero?
- e) ¿Han estado en la cárcel?
- f) ¿Han sido molestados por la policía?
- g) ¿Ha tenido que sufrir por esa causa el niño burlas, menosprecio, insultos o aislamientos de los demás niños?
- h) ¿Ha tenido algún conflicto él mismo, ya con la policía o el juzgado? (Datos exactos).
- i) ¿Cómo se produjo en tal caso?
- j) ¿Qué efectos posteriores produjo esto?
- k) ¿Tiene miedo a la vida?

7

- a) ¿Posee algún defecto orgánico? (Disartria, piernas estevadas, pies planos, joroba, labios leporinos, defecto de la vista, del oído, pecosos de viruelas, zurdo, enanismo, gigantismo, escuálido, llamativamente bello, albino, de habla gangosa).

8

- a) ¿Habitan los padres casa propia?
- b) ¿Casa de alquiler?
- c) ¿Casa de vecindad? (¿Cuántos niños hay en ella?)
- d) ¿Tiene patio para jugar? ¿Jardín? ¿Animales? ¿Montones de arena?
- e) ¿Tiene el niño cama para él solo?
- f) ¿Cuáles son las circunstancias en que duerme? (Perturbaciones, niños pequeños, cambios de cama de los padres, sabandijas, ventilación, ¿cuántas personas en el dormitorio?)

9

- a) ¿Cómo se desenvuelve la vida matrimonial de los padres? (Armonía, riñas, golpes, separación).
- b) ¿Tiene padrastro? ¿Madrastra? ¿Hermanastros?
- c) ¿Toman parte los abuelos o tíos en su educación?
- d) ¿Se reza en casa? ¿Se va a la iglesia? ¿Se leen los Evangelios? (La Biblia).
- e) ¿Se jura o blasfema?
- f) ¿Salen padres e hijos de paseo juntos los domingos? ¿Adónde? (Terraza de cervecería, locales de baile, circo, parque de fieras, excursiones).
- g) ¿Qué piensa el niño sobre el casamiento?
- h) ¿Quiere llegar a casarse él algún día? (Motivos).
- i) ¿Cómo se conducirá con sus hijos?

10

- a) ¿Juega el niño con agrado? ¿Mucho?
- b) Juegos predilectos.
- c) ¿Tiene muchos juguetes?

- d) ¿Es ingenioso, de fantasía viva?
- e) ¿Perturba por su gusto el juego de los demás?
- f) Sus cuentos preferidos. Personajes y héroes predilectos.
- g) ¿Es de pensamientos serios y refractario a las fantasías?
- h) ¿Tiene habilidades prácticas?
- i) ¿Qué señales e indicios se desprenden del juego del niño respecto a su actitud hacia el trabajo y la vida?

11

- a) ¿Va el niño a la escuela de buena o mala gana? (Motivos).
- b) ¿Qué impresión hicieron las primeras vivencias escolares en su psique?
- c) ¿Cuál es su actitud hacia el maestro?, ¿hacia sus condiscípulos?
- d) ¿Estudia con gusto o a disgusto? ¿Tiene facilidad o dificultad para el estudio?
- e) ¿Es ambicioso? ¿Ganoso de triunfos? ¿Aplicado?
- f) ¿Cómo se porta en la escuela? ¿Llega tarde?
- g) ¿Le desespera ir a la escuela? ¿La odia?
- h) ¿Pierde sus libros, su cartera, sus cuadernos?
- i) ¿Se olvida de hacer los ejercicios? ¿Se niega?
- j) ¿Pierde el tiempo? ¿Es holgazán? ¿Indolente?
- k) ¿Necesita de la ayuda de los demás?
- l) ¿Tiene miedo a los exámenes?
- m) ¿Practica el deporte? ¿Está orgulloso de ello?
- n) ¿Lee mucho? ¿Qué lee? ¿Le interesan especialmente las narraciones de indios y las detectivescas?
- ñ) ¿Le han suspendido alguna vez? ¿Cómo reaccionó en ese caso?

12

- a) ¿Ha trabado camaradería con alguien?
- b) ¿Qué amigos tiene?

- c) ¿Es tratable, buen compañero, gustoso de sociedad?
- d) ¿Tiene inclinación a capitanear a los otros o se aísla?
- e) ¿Es coleccionista de algún objeto?
- f) ¿Le gusta atormentar a las personas y a los animales?
- g) ¿Es avaricioso?, ¿tacaño?, ¿tiene sentido de lucro?
- h) ¿Tiene que ayudar a sostener la casa?
- i) ¿Trabaja para ello, regular u ocasionalmente?
- j) ¿Obligado por los padres o por iniciativa propia?
- k) ¿Cómo emplea el dinero que gana?

13

- a) ¿Ha costado mucho trabajo su crianza a los padres?
- b) ¿Ha sido muy llorón? ¿De noche especialmente?
- c) ¿Orinaba la cama? ¿Sigue siendo incontinente de orina?
- d) ¿Ha mostrado alguna inclinación sorprendente a acostarse en la cama de los padres, del padre o de la madre?
- e) ¿Aprendió a andar y a hablar en la edad normal?
- f) ¿Ha sido normal también su desarrollo dentario?
- g) ¿Ha tenido alguna extraña dificultad para aprender a escribir? ¿A calcular? ¿A dibujar? ¿A cantar?
- h) ¿Sabe nadar? ¿Tiene miedo al agua?
- i) ¿Se ha aficionado de un modo especial a alguna persona? ¿A quién? ¿Por qué?
- j) ¿Sabe comer, vestirse, lavarse, acostarse por sí mismo?
- k) ¿Tiene horror a quedarse solo? ¿A la oscuridad?
- l) ¿Llama la atención alguna debilidad corporal o espiritual suya? ¿Cobardía? ¿Desidia? ¿Retraimiento? ¿Torpeza? ¿Envidia?

14

- a) ¿Está el niño enterado de su papel sexual?
- b) ¿Ha necesitado para conocerlo mayor período de tiempo que el corriente?

- c) Caracteres sexuales primarios, secundarios, terciarios que presenta.
- d) ¿Hasta dónde se extiende su ilustración sexual?
- e) ¿Le gustaría o le gusta ser hombre o mujer? (Razones).
- f) ¿Cómo considera al otro sexo?
- g) ¿Qué es lo que le agrada más del hombre, de la mujer?

15

- a) ¿Está el niño abatido por algún concepto?
- b) ¿Se siente postergado?
- c) ¿Reacciona favorablemente a la distinción y al elogio?
- d) ¿Tiene algún prejuicio?
- e) ¿Rehuye las dificultades?
- f) ¿Emprende cosas distintas para abandonarlas en seguida?
- g) ¿Está inseguro de su porvenir?
- h) ¿Cree en los efectos desfavorables de la herencia?
- i) ¿Le ha desalentado sistemáticamente cuanto le rodea?
- j) ¿Tiene un concepto pesimista del mundo?

16

- a) Sueños del niño. (Volar, caerse, tropezar, llegar tarde al tren, carrera de apuestas, estar preso, pesadillas terroríficas).
- b) ¿Cuáles son, particularmente, los sueños más impresionantes y repetidos con mayor frecuencia?
- c) ¿Qué fantasías hace el niño sobre la elección profesional? (Motivos).
- d) ¿Qué haría si tuviera mucho dinero, si ganara el premio mayor de la lotería?
- e) ¿Cuáles son sus más vivos deseos?

- a) ¿Cómo compensa el niño su sentimiento de menorvalía?
- b) ¿Prefiere la agresión directa o la indirecta? (Ejemplos).
- c) Actos de terquedad.
- d) Manifestaciones de obediencia.
- e) ¿Se muestran en su conducta tendencias al descarrío? (Evasiones, vagabundeo, perversión, delincuencia, pensamientos de suicidio).
- f) ¿Busca la compañía de otros niños, camaradas de edad pertenecientes al mismo sexo?
- g) ¿Forma parte de algún grupo infantil u organización de jóvenes?
- h) ¿Cómo se comporta en ellos?
- i) ¿Qué formas de conducta —sociales, insociales— se han observado en él dentro de los mismos?

Las anotadas precedentemente no son cuestiones a responder, punto por punto y en seguida, de una vez, sino que su contestación exige ser elaborada paulatinamente en el curso de observaciones muy prolongadas. Sin aspiraciones de perfección, ni agotamiento de la materia, preténdese sólo con ellas poner en manos del psicólogo los puntos de referencia más importantes para la investigación de la psique infantil.

Deberá prestarse singular atención siempre a las coincidencias o condicionamientos recíprocos de los fenómenos sociológicos y psicológicos. La imagen de la personalidad sólo se alcanzará como resultado de largos y fundamentales estudios.

El puntualizar y fijar las normas pedagógicas que hayan de derivarse de las conclusiones de la observación no podía ser objeto y contenido de este libro. Una pedagogía que tenga por base la psicología individual se encuentra aún en período de preparación y construcción previa.

BIBLIOGRAFIA

- OTTO RÜHLE: *Das Proletarische Kind*. (Verlag Albert Langen, Munich.)
- ALFRED ADLER: *Über den nervösen Charakter*. (Verlag Bergmann, Wiesbaden y Munich.)
- *Praxis und Theorie der Individual Psychologie*. (Verlag Bergmann, Wiesbaden y Munich.)
- A. ADLER y C. FURTMÜLLER: *Heilen und Bilden*. (Bergmann, Wiesbaden y Munich.)
- ALICE RÜHLE-GERSTEL: *Freud und Adler*. (Verlag Am andern Ufer, Dresden-Buchholz.)
- BRODA-DEUTSCH: *Das moderne Proletariat*. (Verlag G. Reimer, Berlin.)
- ADOLF LEVENSTEIN: *Aus der Tiefe, Arbeiterbriefe*. (Verlag Der Morgen, Berlin.)
- WERNER SOMBART: *Das Proletariat*. (Rütten & Loening, Frankfurt a. M.)
- GÜNTHER DEHN: *Die religiöse Gedankenwelt der Proletarierjugend*. (Verlag Die Furche, Berlin.)
- PAUL GOHRE: *Drei Monate Fabrikarbeiter*. (Leipzig, 1896).
- J. TEWS: *Grossstadtpädagogik*. (Teubner, Leipzig.)
- BRAUTIGAM: *Meinungen*. (Teutonia-Verlag, Leipzig.)
- F. FEHR: *Stimmen aus dem Schacht*. (Verlag Die Neue Gesellschaft, Berlin-Flichtenau.)
- F. GANSBERG: *Die Welt der Grossstadtkinder*. (Verlag Teubner, Leipzig.)
- H. WEIMER: *Haus und Leben als Erziehungsmächte*. (Verlag Beeck, Munich.)
- A. TESAREK: *Strafen in Schule und Haus*. (Die sozialistische Erziehung, núm. 12-1922.)

BIBLIOGRAFIA

- OTTO NAGELE: *Richter und Jugendlicher*. (Verlag Riegersche Buchhandlung, Munich.)
- OBSERVATOR: *Die Nervosität im deutschen Charakter*. (Der Neue Geist-Verlag, Leipzig.)
- P. LAZARSFELD: *Gemeinschaftserziehung durch Erziehungsgemeinschaften*. (Brüder Suschitzki, Viena.)
- V. ENGELHARDT: *Die deutsche Jugendbewegung*. (Arbeiterjugend-Verlag, Berlin.)
- KARL KORN: *Die bürgerliche Jugendbewegung*. (Worwärts-Verlag, Berlin.)
- ERNST LAU: *Beiträge zur Psychologie der Jugend*. (Beltz Langensalza.)
- EDWIN HOERNLE: *Die Arbeit in den kommunistischen Kindergruppen*. (Verlag Arbeiter-Buchhandlung, Viena.)

REVISTAS

- Am andern Ufer*: Flätter für sozialistische Erziehung. Editores: Otto y Alice Rühle. Dresde-Euchholz.
- Das proletarische Kind*: Mitteilungsblatt der kommunistischen Kindergruppen. Monatsschrift. Verlag der Jugend-internationale Berlin-Schöneberg.
- Die Aktion*: Wochenschrift. Verlag D. A., Franz Prefmfer, Berlin-Wilmersdorf.
- Die sozialistische Erziehung*.

INDICE

	Pág.
Introducción	9
CAPÍTULO I	
Inseguridad	17
CAPÍTULO II	
Defensa	67
CAPÍTULO III	
Error	99
CAPÍTULO IV	
Solución	131
Apéndice	177
Bibliografía	187

Este libro se terminó de
imprimir el 25 de septiem-
bre de 1955, en los talleres
EL GRÁFICO / IMPRESORES,
San Luis 3149, Bs. Aires



THE HISTORY OF THE
CITY OF NEW YORK
FROM 1609 TO 1898
BY JOHN E. BOWEN
AND JOHN W. COOPER

5A

007-09-005

De Nuestro Catálogo



GUSTAVE RICHARD

Psicoanálisis del Hombre Normal

JEAN PIAGET

Psicología de la Inteligencia

N. I. KRASNOGORSKY

El Cerebro Infantil

KAREN HORNEY

El Autoanálisis

Nuestros Conflictos Internos

La Neurosis y el Desarrollo
Humano

CHARLES BAUDOUIN

Psicoanálisis del Arte

Introducción al Análisis de los
Sueños

EDMUND BERGLER

El Escritor y el Psicoanálisis

SIMONE DE BEAUVOIR

El Segundo Sexo

A. D. SPERANSKY

Bases para una Nueva Teoría
de la Medicina

MARIANNA LEIBL

Psicología de la Mujer

GORDON W. ALLPORT

y LEO POSTMAN

Psicología del Rumor

ALBERTO L. MERANI

El Despertar de la Inteligencia

OTTO RÜHLE

El Alma del Niño Proletario